

EXPERTAS II
DIEZ VOCES EN
INVESTIGACIÓN Y CREACIÓN

Dirección de Igualdad de Género y Dirección de Investigación
Expertas II. Diez voces en investigación y creación
Osorno; Editorial Universidad de Los Lagos,
marzo de 2024.
144 P; 17 x 24 cm cerrado
RPI: xxxx-x-xxxx ISBN: 978-956-6043-xx-x
1. Biografías 2. Trayectorias de investigación 3. Prácticas
4. Arte y arquitectura 5. Ciencias de la Salud 6 Ciencias de la Educación

EXPERTAS II
DIEZ VOCES EN INVESTIGACIÓN Y CREACIÓN

Dirección de Igualdad de Género y Dirección de Investigación

© 2024 Universidad de Los Lagos
RPI: xxxx-x-xxxx
ISBN: 978-956-6043-xx-x

editorial@ulagos.cl
www.editorial.ulagos.cl
Cochrane 1070, Osorno

Edición: Gabriela Balbontín Steffen
Diseño y Maquetación: Alexis Hernández Escobar

Este libro ha sido posible gracias al proyecto INGE210006 de la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la Universidad de Los Lagos, financiado por la Agencia Nacional de Investigación de Chile (ANID).

Derechos reservados.
Prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio impreso,
electrónico y/o digital, sin la debida autorización escrita de
Editorial Ulagos.

Impreso en Andros
Santiago de Chile

**EXPERTAS II
DIEZ VOCES EN
INVESTIGACIÓN Y CREACIÓN**

DIRECCIÓN DE IGUALDAD DE GÉNERO, PRORRECTORÍA

DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN,
VICERRECTORÍA DE INVESTIGACIÓN Y POSTGRADO

UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS
EDITORIAL

ÍNDICE

Investigar y crear para enseñar 11

INVESTIGADORAS/CREADORAS

TDAH: otras posibilidades de llegar a lo importante 25

Por Francisca Rauch Gajardo

El viaje a través de los libros 35

Por Mita Valvassori

La memoria del trauma 45

Por Ximena Tocornal Montt

Aprender a aprender 55

Por Brenda Lara Subiabre

Miss Marple 65

Por Claudia González Castro

Pewmalege kümeamwaymi /

Que te vaya bien con tus sueños 75

Por Pilar Álvarez-Santullano

CREADORAS/INVESTIGADORAS

Saltar a lo desconocido 85

Por Daniela Vera Pérez

Observar es crear 99

Por María José Pagliero Caro

El espíritu absoluto del arte.....	113
Por Pía Schulze Uribe	
Explorar y resolver creativamente	121
Por Claudia Castillo Haeger	
No es posible concluir sino compartir una reflexión en curso.....	133

*Dedicado a la memoria de
Pilar Alvarez-Santullano (1957 - 2022),
académica y docente de nuestra universidad
desde 1982, quien nos legó una marca indeleble
en su dedicado trabajo de docencia y en la historia
de los estudios interculturales a través de
sus investigaciones sobre la fonética y la cultura
de nuestro pueblo mapuche willische.*

INVESTIGAR Y CREAR PARA ENSEÑAR

*«Enseñar siempre: en el patio y en la calle
como en la sala de clase. Enseñar con
la actitud, el gesto y la palabra».*

GABRIELA MISTRAL

¿Cómo se concibe la investigación y la creación hoy en día y desde una universidad del sur del mundo? ¿Cómo se cultiva el sentido pedagógico? ¿Cómo aprenden las personas? ¿Qué implica enseñar en tiempos de exacerbada virtualidad? ¿Qué es ser mujer investigadora? ¿Equivocarse en la elección de una carrera es el fin del mundo? ¿Es posible conjugar la vida académica con el impulso autodidacta? ¿Qué representa el viaje en términos creativos? ¿Retornar a una cosmovisión en consonancia con los elementos de la naturaleza es la vía? ¿Qué es el paisaje, el entorno, el territorio? ¿Es posible construir sin depredar? ¿Podemos pensar de manera optimista en el futuro de la humanidad en la Tierra?

A través de algunas interrogantes como estas y de las historias de vida de seis investigadoras/creadoras y cuatro creadoras/investigadoras de esta casa de estudios, esta segunda entrega de la serie *Expertas. Diez voces en investigación y creación* invita a reflexionar sobre la ética contemporánea en educación, investigación y creación, en un mundo que vive entre la paz y la guerra, entre las crisis ambientales y la posibilidad de seguir sosteniendo la vida.

En la introducción del primer volumen de *Expertas. Cinco voces femeninas en STEM* (2021), se revisaron estadísticas generales sobre la producción científica y específicas para las áreas de Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas (STEM por su sigla en inglés¹). La baja presencia

1. STEM: Science, Technology, Engineering and Mathematics

de mujeres en estas disciplinas fue posible ver una escasez de matrículas de mujeres, tanto a nivel país como al interior de la Universidad de Los Lagos (ULagos), también se observó las dificultades dentro del proceso formativo y se describió brevemente cómo los roles de género reproducen estereotipos y segregaciones. También se observó la presencia minoritaria de las mujeres en el área de la industria y la tecnología mediante la revisión de datos de diversas fuentes.

En este segundo volumen se constata que investigación y creación son áreas de trabajo y pensamiento que pueden dialogar y retroalimentarse permanentemente. Para ello, se revisan las trayectorias de mujeres vinculadas a la investigación/creación a través del cuidado y formación de otras personas, ya sea desde la terapia ocupacional, la psicología, la kinesiología o la pedagogía; así como aquellas mujeres que transitan desde la enseñanza de la arquitectura y artes visuales a la creación/investigación.

Al igual que en el primer volumen de la serie Expertas «Cinco Voces en STEM», en éste se proporcionan algunos datos sobre el panorama y los desafíos del mundo de la investigación y el desarrollo científico. Estos permiten contextualizar mejor las trayectorias que han recorrido las diferentes expertas de la ULagos.

A nivel mundial, la representación femenina en la investigación científica sigue siendo baja. Según datos de la UNESCO de 2019², solo el 29,3% de quienes investigan a nivel global son mujeres, y únicamente un 35% de quienes estudian en carreras STEM de educación superior son mujeres. Esta disparidad de género se acentúa en los niveles educativos más avanzados, lo que podría ayudar a entender por qué históricamente solo 22 mujeres han recibido un Premio Nobel en ciencias. En América Latina y el Caribe, la situación es similar puesto que menos del 30% de quienes hacen investigación científica son mujeres. El mismo estudio menciona que, en términos de matrícula en carreras STEM en educación superior, las cifras son igualmente bajas: 34% en Argentina, 25% en Chile, 30% en

2. ONU Mujeres (2020). Mujeres en STEM. ONU Mujeres. Mayo 2020. Realizado en el marco de una consultoría para ONU Mujeres. Recuperado de <https://lac.unwomen.org/sites/default/files/Field%20Office%20Americas/Documentos/Publicaciones/2020/09/Mujeres%20en%20STEM%20ONU%20Mujeres%20Unesco%20sp32922.pdf>

Brasil y 38% en México. Además, sondeos del Banco Mundial³ (2021) en empresas de América Latina indican que la brecha de género en las áreas STEM persiste en el ámbito laboral, ya que solo un tercio de las personas empleadas con títulos en estas especialidades son mujeres.

En Chile, la participación de las mujeres STEM presenta un panorama complejo y desafiante. Un punto crítico es la dificultad de equilibrar la vida familiar con el trabajo científico, un obstáculo que sobresale por encima de factores como las limitaciones económicas. Este desafío se refleja en la disminución progresiva de la participación femenina a medida que avanzan en su formación y especialización. En el ámbito de los postdoctorados de FONDECYT⁴, por ejemplo, el 30% de los proyectos en ingeniería y tecnología son liderados por mujeres, cifra que disminuye al 24% en convocatorias de Iniciación y al 15% en concursos Regulares⁵.

La percepción sobre el avance en la carrera académica también varía significativamente entre géneros. Mientras el 57,9% de los hombres consideran que la carrera académica avanza igualmente para ambos sexos, el 76,8% de las mujeres sienten que avanza más rápido que los hombres. Las académicas identifican principalmente la conciliación de la vida familiar (41%), la falta de recursos económicos (19%) y el escaso reconocimiento de sus pares (12%) como obstáculos en su desarrollo profesional⁶.

3. Banco Interamericano del Desarrollo (2021). América Latina en movimiento. Competencias y habilidades para la cuarta revolución industrial en el contexto de pandemia. Recuperado de <https://publications.iadb.org/es/america-latina-en-movimiento-competencias-y-habilidades-para-la-cuarta-revolucion-industrial-en-el>

4. El Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, Fondecyt, tiene por objetivo estimular y promover el desarrollo de investigación científica y tecnológica básica, y es el principal fondo de este tipo en el país. Creado en 1981, ha financiado más de 16 mil proyectos de investigación cuyos impactos han beneficiado tanto a la comunidad científica como a la sociedad en general.

5. Ministerio de Educación (2016). Realidad Nacional en Formación y Promoción de Mujeres Científicas en Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas. Recuperado de <https://www.conicyt.cl/wp-content/uploads/2016/12/Estudio-Realidad-Nacional-en-STEM.pdf>

6. Ministerio de Educación (2016). Realidad Nacional en Formación y Promoción de Mujeres Científicas en Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas. Recuperado de <https://www.conicyt.cl/wp-content/uploads/2016/12/Estudio-Realidad-Nacional-en-STEM.pdf>

Ante esta realidad, instituciones como Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación de Chile (CTCI) han tomado la iniciativa de comprender y abordar estas dificultades. Se han encargado estudios específicos y se buscan estrategias e iniciativas internacionales que promuevan la atracción, formación y promoción de investigadoras. Este esfuerzo implica transversalizar criterios afirmativos para combatir la discriminación y humanizar los entornos de investigación, para crear espacios más equitativos y accesibles para las mujeres.

De acuerdo a lo reportado en 2020 por el Ministerio de CTCI, la postulación a proyectos FONDECYT está masculinizada puesto que el 68% corresponde a hombres. Esta relación se mantiene en la distribución de adjudicaciones, ya que solo un 30% de mujeres se adjudica estos fondos de investigación individual, frente a un 70% de hombres. Complementando lo anterior, según datos institucionales de la Universidad de Los Lagos para el año 2020⁷, solo el 21,4% de académicas son investigadoras responsables en proyectos de investigación externa frente a un 78,6% de académicos en esta misma condición.

En cuanto a la creación artística, en el año 2018, postularon al FONDART Nacional⁸ 1.646 personas, de las cuales, un 53% fueron mujeres y un 47% fueron hombres. Sin embargo, al revisar los resultados de las postulaciones, la relación se invierte y es levemente mayor el porcentaje de hombres que resultan seleccionados, representando un 52% de los proyectos, frente a un 48% de mujeres.⁹

7. Universidad de Los Lagos (2020). Informe datos desagregados por sexo de la Universidad de Los Lagos. Osorno, Chile. Recuperado de <https://direccióndegenero.ulagos.cl/wp-content/uploads/2021/01/Informe-de-género-2020-7.1.2020.pdf>

8. El Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes, FONDART, fue creado el año 1992 con la aprobación de la ley N° 19.891. Su objetivo es apoyar el desarrollo de las artes, la difusión de la cultura y la conservación del patrimonio cultural de Chile.

9. Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio (2019). Estudio de mujeres artistas en la macroárea artes de la visualidad: brechas, barreras e inequidades de género en el campo artístico chileno. Santiago de Chile: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Recuperado de www.observatorio.cultura.gob.cl/

Además, según indica la Facultad de Artes de la Universidad Católica (2022) «8 de cada 10 obras de la colección del Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA) llevan la firma de un hombre. El resto se divide en obras de mujeres y autores no identificados... y si bien, menos del 5% de los artistas en las secciones de Arte Moderno son mujeres, un 85% de los desnudos sí son femeninos».¹⁰

En la publicación «Radiografía de género en ciencia, tecnología, conocimiento e innovación» (2020)¹¹ se observa la brecha en la presencia de mujeres en la academia: «solo cinco universidades en el país poseen mujeres en el cargo de rectora, (8% del total de personas en el cargo). Más aún en las instituciones que son parte del Consejo de Rectoras y Rectores de las Universidades Chilenas (CRUCH) solo 38% de las jornadas completas equivalentes (JCE) en cargos académicos son trabajadas por mujeres. En los cargos académicos en las universidades del CRUCH, se observa una marcada segregación vertical: el porcentaje de mujeres respecto al total de personas por cada cargo disminuye notoriamente a medida que se avanza en el nivel jerárquico. A nivel de profesoras titulares apenas un 22% son mujeres. Y de las universidades que respondieron la Encuesta de Equidad de Género del MINEDUC el año 2020, un 70% cuenta con una dirección, departamento o unidad dedicada a la igualdad o equidad de género.

Este conjunto de datos y observaciones revela un escenario en evolución, donde persisten desafíos significativos, pero también se evidencia un creciente reconocimiento y esfuerzo para mejorar la inclusión femenina en las disciplinas donde siguen siendo minoría. La necesidad de políticas públicas y acciones concretas que fomenten esta participación se hace

10. Facultad de Artes uc. Recuperado de <https://artes.uc.cl/noticias/brechas-barreras-e-in-equidades-de-genero-en-las-artes-de-la-visualidad-apuntes-recientes/>

11. Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación (2020). Radiografía de género en ciencia, tecnología, conocimiento e innovación. Santiago de Chile: División de estudios y estadísticas, Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación. Recuperado de <https://minmujeryeg.gob.cl/wp-content/uploads/2021/02/Radiograf%C3%ADA-de-G%C3%A9nero-CTCI.pdf>

cada vez más evidente y urgente en el camino hacia la igualdad de género en el campo científico y tecnológico.

En ese sentido, la Dirección de Igualdad de Género de la Universidad de Los Lagos se instala como una estrategia institucional en 2019 para acortar esta brecha de oportunidades e ingresos entre hombres y mujeres y como una manera de visibilizar las contundentes y necesarias voces femeninas presentes en la universidad.

Se suma a esta estrategia, la actual ejecución del proyecto *Más Mujeres, Más Ciencia e Innovación: Fortalecimiento de las Capacidades Institucionales con Enfoque de Género en I+D+i+e* en la Universidad de Los Lagos (INGE210006), por parte de la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la *ULagos*. Este proyecto, que se está implementando desde 2022, tiene por objetivo aumentar las capacidades institucionales que permitan transversalizar el enfoque de género en todos los ámbitos y procesos de la I+D+i+e, para disminuir las brechas en este ámbito y contribuir considerablemente en la transformación cultural de género de la institución.

Al alero de este proyecto, se encuentra la publicación de la serie de libros «*Expertas*» de la *ULagos* que, en concreto, busca visibilizar el quehacer de las mujeres en la institución, reconociendo sus talentos y capacidades a través de relatos autobiográficos sobre su trayectoria personal y académica. En este segundo volumen de la serie, las autoras, a su manera, señalan que, para investigar y crear es necesario un punto de partida centrado en lo personal. Junto con ello, hablan de la necesidad apremiante de indagar, dialogar y trabajar interdisciplinariamente. En definitiva, ellas muestran que cultivar una mirada crítica en relación a nuestra vida cotidiana y en nuestra condición de mujeres (con todas las dificultades que eso conlleva) muchas veces sirve como una herramienta que evoca objetos de estudio o de creación. Un ejemplo de ello es que algunas de las autoras escriben acerca de la experiencia de maternar durante el proceso formativo y cómo en ocasiones la falta de tiempo para dedicarse al estudio concentrado sin interrupciones también ha sido fuente de inspiración para sus procesos investigativos y creativos.

Fueron cinco las autoras que inauguraron la serie «*Expertas*» (Cinco voces en STEM). Este año la convocatoria al proyecto de escrituras en primera persona sobre el quehacer académico sumó diez voces que reflexionan sobre vida y obra, en un género referencial biográfico que no cabe en los artículos académicos, con recuerdos de infancia que de una u otra forma encuentran una conexión con el presente. A diferencia de la publicación anterior, en esta oportunidad se presentan una amplia diversidad de voces, conocimientos, experiencias y profesiones.

Esta segunda versión del taller de escritura que se desarrolló durante los meses de junio y diciembre del 2021, se instó a las convocadas a poner en diálogo su vida y obra, y los procesos creativos y/o de investigación, con la idea de animar a las académicas a reflexionar sobre sus profesiones a partir de la vida cotidiana y de la intimidad. El plan consistió en trabajar con cada una de ellas de manera remota y cercana a la vez. En la presentación del taller se dieron las pautas del trabajo a realizar, se presentaron las preguntas inspiradoras para la escritura y fue posible conocer a cada una de las participantes desde sus diversos campus y sedes universitarias. Luego hubo instancias de acompañamiento individual y virtual en los cuales se instó a potenciar los fragmentos donde hacía falta profundizar. Los textos que se relatan a continuación son el producto de este trabajo.

La primera parte del libro se inicia con las investigadoras/creadoras. Siguiendo un orden cronológicamente inverso en cuanto al año de nacimiento, el texto de la terapeuta ocupacional Francisca Rauch Gajardo (1992), la más joven y la única nacida después de la dictadura, habla desde la neurodiversidad y su diagnóstico a temprana edad de Trastorno de Déficit Atencional (TDAH), y cómo a partir de sus propias limitaciones ha construido las herramientas con las que ha conseguido plantarse y desarrollarse profesionalmente; sobre la elección de una carrera, que si bien en un principio no fue su primera opción, luego le ha servido para empoderarse como profesional del cerebro y de la conducta humana y, junto con ello, aportar a un desarrollo más libre y feliz de niños que como ella no han sido comprendidos en todas sus dimensiones y con el afecto que han requerido. Muchas de estas mujeres profesionales coinciden en la importancia del afecto, la emoción

y en asumir una postura ética a la hora de involucrarse en la elección de una carrera o de una tesis.

Mita Valvassori (1979) es la única extranjera de este volumen (en la entrega anterior también tuvimos la suerte de conocer a Yayné Beltrán, mujer cubana que vino a hacer su doctorado en Ciencias en la Universidad de Concepción, que luego se asentó junto a su familia en Puerto Montt y actualmente es académica de esta casa de estudios). Mita nació en Italia y su vida ha estado marcada por los viajes: el desplazamiento de un pueblo a una ciudad, el traspaso de fronteras nacionales, lingüísticas, mentales y literarias, la travesía temporal que permite la lectura de antiguos libros, y el cruce del Océano Atlántico que fue lo que la ha llevado hasta nuestro territorio sureño. Mita invita a recorrer estos espacios y muestra lo que significa la aventura de salir al mundo como un ejercicio de crecimiento personal obligatorio y la valentía de dejar muy joven el cobijo de la casa familiar.

Ximena Tocornal Montt (1972) nació un año antes del golpe de estado. Con una mirada lúcida se pregunta acerca de la supuesta objetividad del método científico aplicado en la investigación y, con humildad, muestra que tanto la vida misma como la vida académica exigen un estado de constante aprendizaje. Ella relata cómo la carrera de psicología —a medio camino entre la medicina y la filosofía— le ha servido, entre muchas otras cosas, para comprender los problemas de salud mental de su padre.

Con una perspectiva crítica de su profesión como docente, Brenda Lara Subiabre (1970) escribe sobre el valor de rescatar saberes familiares que van desde el hilado de la lana a la comprensión de los ciclos de la naturaleza para cultivar una huerta. Ella hace visible cómo el trabajo de la tierra y la comprensión de sus ciclos se repite en los recuerdos de las académicas nacidas en el sur de Chile y la importancia de volver a la raíces para pensar en formas más respetuosas de habitar. A partir de sus investigaciones sobre cómo aprenden las personas, cuestiona la práctica docente actual.

Tomando como hilo conductor a su heroína de infancia —Miss Marple, una detective de los libros de Agatha Christie—, Claudia González Castro muestra parte de su vida. Con honestidad y dolor, ella

relata una infancia traumática donde la violencia social y la violencia de Estado eran parte del cotidiano, donde el telón de fondo eran la oscuridad, el silencio y el miedo. En medio de ese escenario, el análisis del discurso, las reuniones políticas con sus pares, y el descubrimiento y la admiración por mujeres feministas chilenas como Julieta Kirkwood, le permitieron seguir adelante a pesar de los sinsabores de aquellos años difíciles. Claudia, al igual que Brenda, quiere reivindicar la denostada figura social del profesorado chileno.

La primera parte de este libro cierra con el texto de Pilar Alvarez-Santullano (Q.E.P.D), a quien se le dedica este segundo volumen de la serie «Expertas». Cuando se realizó el llamado a escribir sobre las experiencias de vida y obra, Pilar estaba con licencia médica a causa de un cáncer. A pesar de su estado de salud y de estar en los inicios de la pandemia, accedió a una entrevista en su casa, donde —mascarilla mediante— habló sobre su experiencia como la primera lingüista que fue a investigar la fonética del *chezugun*, variedad dialectal del idioma mapuche, en el territorio williche lafkenche de la comuna de San Juan de La Costa, provincia de Osorno.

A su lado se encontraba Amilcar Forno, compañero de docencia, investigación y escritura durante más de veinte años, quien nos comparte el legado de una trayectoria en común:

Para todos quienes tuvimos el privilegio de compartir y trabajar con ella, Pilar fue una mujer extraordinaria. Su trayectoria fue plasmada en un conjunto sólido y coherente de artículos científicos, capítulos de libros y libros especializados, que dan cuenta de su obra pionera, inteligente, redactada siempre en diálogo generoso y solidario con otras personas. Pilar abrió caminos señoseros en los ámbitos de la lingüística mapuche, la lengua *chezugun*, la educación intercultural y el análisis del discurso. Pero fue en el ámbito de la docencia universitaria donde sembró sus semillas más imperecederas. Por ello será recordada siempre como la querida y admirada Profe Pilar, cuyos estudiantes valoraron su forma de ser, de enseñar, de hacerlos crecer y de hacerlos sentir personas valiosas y especiales.

A más de un año de su partida, el poeta y oralitor mapuche¹² —Premio Nacional de Literatura 2020— Elicura Chihuailaf, la recuerda de la siguiente manera:

Con Pilar nos conocimos, y luego nos reconocimos, en encuentros en nuestra Wallmapu y en Santiago. La percibí como una persona atenta, afectuosa y comprometida con su quehacer. Entonces estudiaba la realidad profunda del denominado tema mapuche y la interculturalidad, asunto acerca del cual conversaba con pasión pero sin grandilocuencias; nunca exageró nada, me parece, por eso siempre era imprescindible escucharla.

La segunda parte de este volumen está escrita por cuatro creadoras/investigadoras: tres arquitectas y una artista visual. La más joven, Daniela Vera Pérez, escribe sobre una vívida infancia en un pueblo de Chiloé, sobre el valor del error y el acto perderse como elementos claves para la creación, y la importancia de aprender por una misma. Escribe sobre su paso por la Escuela de Amereida en Valparaíso, fundamental en su mirada poética de la arquitectura.

María José Pagliero Caro escribe sobre el gesto arquitectónico, la importancia del primer paso para construir: la observación de los detalles simples y el cuidado del entorno. De allí nacen también sus preocupaciones por el medioambiente en un mundo que vive una crisis climática sin precedentes, y ve una salida posible en el rescate de los oficios identitarios de la Región de Los Lagos.

Le sigue Pía Schulze Uribe, quien recientemente ha recibido el Premio Regional Artista Emergente 2021 del Ministerio de la Cultura y las Artes de Chile. En un texto breve pero preciso, escribe sobre el espíritu absoluto del arte, la observación del paisaje desde muy niña, el estado contemplativo,

^{12.} En 1994 se realizó el Primer Encuentro de Escritura Indígena en México. En la ocasión, Elicura Chihuailaf propuso el término *oralitura* para referirse a la importancia de la palabra en la cultura mapuche, como sustento de la comunidad y de la comunicación con el espíritu y el corazón del otro, asumiendo el modo de expresión poética a través de la escritura. El poeta se define como *oralitor* en la medida en que su escritura se ejerce al lado de sus fuentes: la oralidad de los mayores.

la herencia estética de sus ancestros alemanes y el impulso creativo que sostiene de sol a sombra.

Cierra el libro y el apartado dedicado a las creadoras/investigadoras Claudia Castillo Haeger, docente de la carrera de Arquitectura, y actual directora de Investigación de la ULAGOS, quien rememora los trabajos colaborativos de infancia donde participaba toda la familia, traspasando saberes histórico-práctico como parte de un importante engranaje o sistema conectado con la naturaleza. Escribe, entre otras cosas, sobre el dibujo como una forma gráfica de pensamiento abstracto y de comprensión temprana de las proporciones, la distancia, la escala y la forma.

Finalmente, se construyen estos relatos con el desafío universitario y colectivo de ampliar la cultura científica y creadora a través de las trayectorias de estas diez expertas; que desde sus diferentes aceras y experiencias de vida, promueven que la ciencia, el arte y la técnica no son elementos aislados. La generación de conocimiento se transforma en una oportunidad de vida, de pensamiento crítico y transversal, es un proceso dinámico con fisuras, reordenamientos conceptuales, teóricos, prácticos, simbólicos, artísticos y creativos; como parte de un ejercicio investigativo que no acaba y se sostiene en el ejercicio de re imaginarnos permanentemente como sujetos clave para el desarrollo de la comunidad universitaria.

EQUIPO INGE210006

INVESTIGADORAS/CREADORAS



TDAH: OTRAS POSIBILIDADES DE LLEGAR A LO IMPORTANTE

Por Francisca Rauch Gajardo (LINALES, 1992)

Terapeuta ocupacional, Universidad Austral, Chile.

Magíster en neurociencias de la educación, Universidad Mayor, Chile.

Candidata a doctora en neurociencia cognitiva aplicada, Universidad Maimónides, Argentina.

Académica del Departamento de Salud, Campus Castro-Chiloé, ULagos, Chile.

Un diagnóstico para la toda la vida

En mi infancia era una loquilla, varios me decían «monito», no me podía quedar quieta, y cada cosa que veía la quería hacer. En el colegio en que estudié tuve la oportunidad de tomar talleres de varias áreas: canto, música instrumental, banda, ciencias, teatro, algunos deportes, que en general era lo que abandonaba más rápido. Me gustaba leer novelas, jugar con mis perros, y aprender a hacer cosas nuevas. Cuando veía a mi mamá tejer o cocinar le pedía que me enseñara, y luego con la aparición de internet, recuerdo haber comenzado a

buscar y a aprender a tocar guitarra, a hacer macramé, a tejer con nuevas técnicas; luego conocí los juegos de video, me volví toda una gamer, pasaba muchas horas en eso. Si algo me caracteriza desde mi infancia es que necesito estar constantemente haciendo cosas nuevas. Siempre me ha costado persistir y he aprendido que a veces debo tomar distancia para avanzar. Mucho tiempo me definió como una persona cíclica, pues todos mis intereses duraban un año o a lo más dos, y luego cambio, aunque cada vez más hay más ciclos que he repetido.

En algún momento, desde el colegio les pidieron a mis padres que me llevaran al neurólogo. Me diagnosticaron Déficit Atencional. Mis padres no quisieron estigmatizarme y nunca me dieron medicaron, porque según ellos no tenía sentido hacerlo si a mí me iba bien en el colegio. El problema era que yo sacaba de quicio a mis profesores y a veces también a mis compañeros. Les molestaba que me moviera en clases, mi desorden en la mesa... todo el tiempo estaba haciendo cosas con las manos y captaba la materia a través del oído. De todas esas funciones de autorregulación, que son las que a mí más me afectaban por el TDAH, más que la atención en sí misma, lo que más me impactaba era que no controlaba mis impulsos, no pensaba mucho antes de hacer algo, y no evaluaba socialmente cómo podría repercutir lo que yo hacía: me daba cuenta después.

Me gustaba lo práctico y lo desafiante, recuerdo con cariño al profe Torito, gran profe de matemáticas, y aunque en casi todas las clases me llegaba un pedazo de tiza a la cabeza por no dejar de conversar (y pucha que tenía buena puntería el hombre), siempre me decía que esperaba más de mí, nos traía problemas entretenidos, y utilizaba sus instrumentos matemáticos gigantes que cautivaban mi atención. También tuve el privilegio de contar con un laboratorio de ciencias, hacer experimentos para mí era fascinante... Recuerdo algunas clases de lenguaje donde me entretenía cuando tenía que hacer obras de teatro, o en alguna ocasión que nos llevaron problemas de lógica, ¡para mí resolver un problema era muy motivador!

Atracción por lo desconocido

Siempre he tenido un gran gusto por lo desconocido: quería estudiar Astronomía o Biología Marina, el espacio o el océano. Me veía como un ratón de laboratorio haciendo miles de ejercicios matemáticos para entender aquello que no podía llegar a tocar. Antes de entrar a la universidad, mi padre me dijo: «En la ciudad hay una universidad con muchas carreras, elige una de aquí», y la verdad es que contradecirlo me producía cierta ansiedad, así que no dije nada y busqué una carrera de la ciudad.

Un día leí de Terapia Ocupacional y me fui caminando hasta la Universidad Austral. Llegué hasta la escuelita, una casita triangular escondida, bella y cerca del río Calle-Calle. Me recibieron muy bien y en pocos minutos estaba hablando con la Dani, una Terapeuta Ocupacional que más adelante fue mi profesora. Ella amaba su disciplina y me transmitió todo ese cariño por trabajar con la gente desde perspectivas holísticas, me comentó con quienes trabajaría, y pensé: yo he hecho varios voluntariados, se siente bien poder aportar a la gente, ¿por qué no?

Al ingresar a la carrera me di cuenta de que mi vida entera se relacionaba con la Terapia Ocupacional. Yo había sido una niña etiquetada con Trastorno por Déficit Atencional con Hiperactividad, cuya madre había tenido que asistir semana por medio al colegio porque no me podía quedar quieta. Me acerqué por primera vez a una perspectiva que me ayudaba a comprender la neurodiversidad de forma distinta, a comprender que mi ambiente era demasiado rígido, y a conocer nuevas formas de aportar al desarrollo de niños y niñas, y como me gustaba lo desconocido, mi pasión por el espacio y el océano se volcó al cerebro.

Desde la universidad, me llamó la atención la academia y comencé a buscar cursos por todos lados. Como mi memoria no es muy buena siempre tengo la idea de que no tengo los conocimientos y creo que he estudiado incluso más de lo que he necesitado para validarme frente a otros. Pensando en mi formación, creo que nunca tuve conciencia de lo que era tener TDAH y cómo me afectaba. Quizás por eso empecé a interesarme mucho en el estudio del cerebro y las funciones cognitivas, porque me servía para entender qué era lo que ocurría conmigo misma. Recuerdo un curso de innovación en el cual nos decían que para innovar

teníamos que lograr juntar nuestros talentos con las causas que son importantes para nosotros, y para mí, que durante gran tiempo de mi vida me sentí una estudiante no muy buena (en comparación con otras) era una gran motivación ayudar a gente como yo a entenderse y valorarse.

Admiración por las artistas

En el camino universitario tuve en su mayoría profesoras, porque Terapia Ocupacional es una carrera caracterizada por tener gran predominancia femenina. Una de ellas me recibió con mucho cariño, y por su conducta creo que también podría haber tenido TDAH; ella me hizo ver que las personas diferentes también podíamos lograrlo.

En mis últimos años de estudios de pregrado, empezaron a llegar mujeres doctoras a la escuela. Mis compañeras comentaban lo geniales y maravillosas que eran ellas y sus investigaciones. Recién ahí empecé a ver a mis profesoras como fuente de admiración e inspiración.

Fuera de mi área de investigación creo que a quienes más he admirado son a las mujeres artistas. Soy una persona muy inflexible y de ellas he aprendido a entender la vida desde la profundidad y la individualidad del ser, pero también desde una perspectiva social. Me invitaron a ser más flexible, y hoy lo incorporo en mi mirada de las funciones cognitivas, y cómo se relacionan con la emoción y lo social.

Admiro a mi hermana artista por su diferencia. Ella pinta, tatúa, trabaja artesanía, es profe de yoga, es música. Yo creo que también tengo ese bichito, ahora estoy metida en los tejidos, pero lo veo como algo secundario, no me logro empoderar. Yo creo que se debe a varios aspectos, pero sobre todo a la presión de que en nuestra sociedad el arte puede ser complementario, pero no puede ser el centro de tu ser. Dedicarse al arte es un acto de rebeldía, de una fortaleza enorme. Mi hermana tuvo muy poco apoyo de parte de nuestra familia para hacer lo que quería hacer. Ella es el reflejo de todos mis miedos: se dedica solo a lo que su corazón le dicta.

Cambios, cambios, cambios

Terapia Ocupacional es el cruce de muchas disciplinas: constantemente utilizo herramientas de la psicología, sociología y medicina para comprender lo que veo. En mi experiencia, la formación disciplinar (o deformación, como me gusta llamarle) te lleva casi inevitablemente a casarte con ciertas posturas de la verdad, y creo que poder cruzar ideas con otras disciplinas permite poner a prueba esos sesgos, ver más aristas a los problemas y encontrar mejores soluciones y más completas.

Una vez conocí a una psicóloga que me contaba que en Estados Unidos había gente que colocaba en el currículum que tenía TDAH porque son bien valorados. Yo no lo hice pero igual entré a un cargo directivo a los 25 años sin haberlo buscado, no es lo que más me encanta, prefiero hacer clases, pero en un cargo directivo hay que tomar muchas decisiones y muy distintas, todo el tiempo. Eso es muy bueno para mi cerebro porque así no me agoto porque es cambio, cambio, cambio.

Comprender la neurodiversidad

Vivir con déficit atencional me ha dado la posibilidad de desprenderme del ego. Se trata de un aprendizaje ambiental. Tantas veces me dijeron que mis desbalance eran porque quería llamar la atención, cuando yo sabía que no era así, que ahora trato de analizar a mis pacientes sin ese ego con el que yo veía que el mundo adulto me analizaba. Los niños y las niñas están desarrollando su sistema de atención, su sistema de impulsos.

Y la rigidez que nos impone el sistema educativo no tiene lógica. Mi trabajo como terapeuta ha sido repensar un tipo de educación más significativa, inclusiva, consciente, y que rescate las cosas buenas que tienen los niños y las niñas. Sigue que hay quienes no tienen la oportunidad de desarrollar sus habilidades porque no son valoradas. Por ejemplo, quienes son buenos para el deporte, pero que en todo lo demás les va mal.

Como terapeuta me ha ayudado muchísimo mi déficit atencional, para entender a la infancia, para ser más flexible. O sea, yo soy muy rígida, las improvisaciones me descompensan, me pueden desequilibrar el día. Pero

sé que soy muy flexible para encontrar soluciones frente a un problema, también puedo ver las cosas de manera distinta y ser crítica frente a las formas impuestas.

Acercarse a la esencia de un fenómeno

En la universidad me sirvió mucho aprender a hacer bases de datos científicas, pero también pensar de forma crítica, darme cuenta de que no en todas las áreas se piensa de la misma forma. Por ejemplo, en Terapia Ocupacional si busco un tema como las demencias, voy a encontrarme muchísima información en revistas de «alto nivel»; si quiero conocer sus bases neurofisiológicas o estudios de imagen me voy hacia allá; pero si quiero conocer sobre género, sexualidad, infracción de ley, la mirada cambia, y los lugares donde busco también, porque voy construyendo esquemas sobre cómo funciona o se organiza el conocimiento en distintas partes.

Para crear un proyecto creo que se requieren muchas habilidades blandas, saber trabajar en equipo, organización, muchas de las cosas que tuve que trabajar en el camino, y que me han servido en muchos contextos, no solo laborales sino también para ser mejor persona.

Para recolectar datos he utilizado principalmente entrevistas, encuestas, test psicométricos, pautas de evaluación específicas. Creo que mi disciplina fue un gran plus para desarrollar la investigación. Tener un enfoque sociosanitario, me permitió darle una relevancia tanto a la visión cuantitativa como cualitativa del conocimiento, desde un enfoque complejo, que reconoce que no puedo ver nunca un fenómeno en toda su complejidad, y que para acercarme más a su esencia necesito verlo de diferentes puntos de vista, desde allí que he tenido la oportunidad de participar en investigaciones con niños y niñas (desde mi área de intervención profesional), pero también en adultos mayores, adolescentes, etc.

En investigación creo que es importante tener muy claro tres enfoques (por lo menos desde mi disciplina): el enfoque de derechos, el enfoque de género y el enfoque de justicia. Esto me permiten tener siempre a la vista que la investigación no debe ser desde el ego o desde el morbo, no debemos potenciar la creación de estereotipos en nuestras poblaciones,

y por eso siempre debo cuestionarme qué tipo de estereotipos promuevo con mi investigación, y cuál es el beneficio para quienes participan y para la sociedad que yo haga una determinada investigación.

Un proyecto experimental

Uno de mis primeros trabajos fue realizar una estrategia de regulación con niños y niñas con problemas conductuales. Para ser aplicada requería que el profesional a cargo no tuviera ninguna reacción emocional más que de apoyo. Mis profes lo refutaban, pero yo estaba segura de que iba a funcionar. Si un estudiante tenía una pataleta había que estar tranquilo, y si no se lograba, era el adulto el que tenía que irse de la sala y pedirle ayuda a otra persona. Yo pensaba en lo que me pasaba a mí cuando era niña: si se enojaban conmigo, yo más me desregulaba.

El abrazo para mí siempre fue muy regulador, entonces empecé a usar eso mismo con los niños y las niñas. Al principio me pedían que los soltara, porque ellos le tienen miedo a un adulto que constantemente se desregula y te reta y te hace sentir mal, entonces no confían. Y luego del abrazo viene la contención verbal: «tranquilo, estás aprendiendo». Después de eso, mis pacientes empezaron a tener reacciones súper bonitas. A veces me los encontraba en el pasillo y decían: «Ahí va la tía que me ayuda a sentirme bien».

Trabajé mucho tiempo con infancia con problemas conductuales, que era lo que nadie quería hacer. A ellos les encontraba muchas habilidades, incluso al niño que le tira una goma a la profesora cuando se da vuelta porque, para hacerlo, tiene que planificarlo.

Yo intentaba que el profesora entendiera que también era parte del problema, porque los niños y las niñas reaccionan cuando no se los trata bien, entonces si un adulto deja de reaccionar, los niños y las niñas disminuyen bastante sus crisis.

En educación, no existe nada para regular a la infancia, salvo decirle que estén bien. Todos sabemos que cuando un niño se desregula puede ser muy agresivo y no hay nada que proteja al profesional. Yo desarrollé un protocolo, porque me di cuenta de que era un problema que no podía

quedar en el aire. Tenía que quedar establecido qué cosas podíamos hacer y qué cosas no. Para eso, quienes cuidan de los niños y las niñas tienen que estar de acuerdo con que la profesional a cargo los podamos tomar, que pueda haber contacto físico.

El Mati

Este proyecto lo realicé en el Departamento de Educación Municipal de Lago Ranco. Yo trabajaba allí en ocho escuelas, y el que gatilló esta idea en mí fue el Mati, un niño con autismo moderado. Él venía de una escuela especial, no le había ido muy bien, y yo trabajaba en colegios regulares. La madre se enteró que había un equipo profesional y nos preguntó si podíamos ayudarla. Cuando el Mati llegó fue caótico porque era muy loquillo. Pasaba de abrazarte a atacarte. Tenía como diez años. Nos reunimos con el equipo de profesionales y nos preguntamos qué podíamos hacer cuando nos escupiera, cuando nos agrediera.

Entonces desarrollé un protocolo para saber todo lo que había que hacer cuando el Mati se desregulara. Para escribirlo me basé en el protocolo de contención del adulto y lo llevé a la infancia, con la diferencia de que la contención física no era amarrar a la persona sino usar el propio cuerpo. Primero se recurrió a una contención ambiental, luego veíamos qué había gatillado el problema, sacábamos el estímulo del ambiente, después venía una contención más emocional que consistía en hablarle, en estar con él. La contención física, que comienza desde que tú tocas al otro, se utilizaba solo cuando el niño se auto-agredía. Pero lo más importante de todo era entender que cuando esto sucede esa persona no lo está pasando bien.

En los talleres al equipo profesional le decía que como adultos se tenían que poner en un escenario de película de terror para que reaccionaran como reacciona un niño con miedo, por lo desconocido y porque el niño sabe que la reacción que está teniendo va a aumentar las posibilidades de que la consecuencia sea negativa. Lo más importante era que la gente que desarrollaba este protocolo tenía que tener una buena regulación emocional o por lo menos intentarlo.

A mí por ejemplo, después de las contenciones me daban ganas de llorar, pero pedía ayuda. Cuando terminaba llamaba a una colega para que me reemplazara, entonces salía, lloraba, tomaba agua y me volvía a regular, porque es muy difícil. El Mati nos escupía en la cara, yo lo tomaba sin estar enojada, le hablaba, le decía «tranquilo, vas a estar bien». Al principio se molestaba, porque la contención emocional es una mezcla de acciones: desde lo conductual hay un castigo; si bien no lo estás retando, le estás quitando la libertad de movimiento; y por otra parte, por la manera en que le quitas la libertad de movimiento, le entregas estímulos al cuerpo cuando está desregulado, y uno de ellos es el estímulo propicio activo, que es el abrazo, que regula el sistema nervioso, lo baja, y luego está el estímulo vestibular, que es mecerlos. Al Mati lo abrazaba y lo mecía.

Cuando aprendí en la universidad que los y las bebés sienten tu tono muscular y de acuerdo a eso saben si estás estresada o no, pensé que con la niñez podía ocurrir algo similar, que pueden saber muy bien no desde lo consciente. Una niña sabe cuándo un adulto está enojado de verdad, se nota corporalmente. Entonces yo me trataba de regular y traspasarle mi respiración al otro. Respiraba fuerte. Todo mi cuerpo, todos mis esfuerzos, desde mi calma y mi voz, eran un esfuerzo por regular al otro.

A los tres meses conseguimos que Mati se sentara 45 minutos en la mesa a hacer la tarea. Avanzó maravillosamente. Logramos tenerlo en una clase de cocina con cuchillos gigantes. Podía aprender cosas para la vida diaria y para tener algún tipo de trabajo. Encontrar cierta autonomía y autoregulación que le permitiera ser más libre.

Después empezaron a llegar nuevos casos, y yo como terapeuta me convertí en sinónimo de niña desregulada. Me llamaban cada vez que ocurría alguna crisis. Empecé a hacerle talleres al personal docente, a la comunidad, desde el aspecto más conductual y les insistía en que si a alguien de nuestro establecimiento no cumplía con este protocolo se desbarataba el esfuerzo de todas las demás personas, por eso les instaba a coordinarnos en un mismo sentido.

Fue un trabajo bien lindo y creo que falta harto. De hecho, este protocolo era lo primero que quería sistematizar cuando entrara a la academia, y siempre tuve topes por el tema ético de los niños y las niñas, nadie quería trabajarla. Incluso en algún momento un seremi de educación me dijo

que era a ellos a quienes les correspondía hacerse cargo de esto. Yo les dije que tenía toda la disposición para trabajar en conjunto porque hasta el momento no había visto a nadie que se hiciera cargo. Pero igual tuve trabas. Tengo pendiente seguir haciendo algo, quizás acá en Chiloé se podrían sistematizar las prácticas de regulación en la infancia que sufre estas descompensaciones más fuertes. Quizás trabajarla hasta con las mismas personas cuidadoras. Al final es generar vínculos donde las niñas y niños sientan que no se los culpa y que van a estar bien.

De pensares y sentires

Para mí, la investigación es una herramienta más en el desarrollo social, y debe estar al servicio de las comunidades. Actualmente estoy enfocada en las neurociencias, pero desde una mirada más aplicada al diario vivir, creé hace poco un Instagram donde espero ir compartiendo cosas que leo con la comunidad (*depensaresysentires*). A veces la ciencia se encuentra muy alejada de la comunidad, y creo que eso es un error de quienes nos dedicamos a investigar, por eso espero poder acercarme a través del uso de redes sociales (de las que no soy muy fan), y también a través de proyectos de vinculación y el trabajo con comunidades.

Creo que para enseñar hay que trabajar con la emoción; lograr un espacio fraternal, de confianza y cariño con tus estudiantes es fundamental para poder motivar, así como trabajar la autoestima y confianza en los y las estudiantes; también trabajar con la novedad; ser docente es un trabajo demandante, cada generación es más y más inteligente, y a veces cautivar ya no es tan simple, es un desafío constante que hay que tomarse responsablemente; yo creo que es una de las cosas más difíciles, porque los desafíos dependen de cada persona y, como sabemos, el modelo educativo es generalista, y por eso muchos talentos no son desarrollados como deberían.



EL VIAJE A TRAVÉS DE LOS LIBROS

POR MITA VALVASSORI (1979, CODOGNO, LODI, ITALIA)

Licenciada en Filología Hispánica, Universidad de Alcalá, España.
Doctora en Literaturas Comparadas, Universidad de Alcalá, España.
Académica del Departamento de Humanidades y Artes, Campus Osorno,
ULagos, Chile.

De los cuentos de Andersen a las ideas de Feuerbach

La lectura para mí siempre fue una forma de viajar hacia lugares recónditos y exóticos, en mundos reales o ficticios, siempre mágicos, a veces siniestros y otras de ensueño. Los libros son mi pasión y mi profesión, me han permitido explorar lugares y culturas diferentes, y me han llevado -literalmente- hasta al otro lado del mundo... Pero también son los referentes imprescindibles para orientarme en el mapa de mi mundo interior, puesto que han estado presentes en los momentos más significativos de mi vida. Sin embargo, mi experiencia como lectora, investigadora y profesora de literatura, está llena de claroscuros, ya que tuve que desafiar a

menudo los límites que tácitamente me habían sido impuestos, primero como niña y después como mujer.

Nací, crecí y viví hasta los 19 años en un pueblito del norte de Italia, situado en el medio de la llanura Padana, entre campos de maíz, ganado y fábricas. Mi pueblo está lo suficientemente cerca de las grandes ciudades (Cremona, Milán, Bérgamo, etc.) para dar la sensación de que todo está a un paso de tu casa, pero lo suficientemente lejos para que no te abrume el bullicio y para que te dé pereza ir hasta allá si no es realmente necesario. En el colegio nos contaban que esas mismas calles en las que nosotras jugábamos al escondite habían sido forjadas mucho tiempo atrás por los celtas, luego reordenadas por los romanos en el siglo III a. C., y así en una galería con un sinfín de pueblos y personajes pintorescos que pasaron por el pueblo y que constitúan nuestra historia, desde Carlomagno hasta Stradivari (natural de Cremona, convirtió la ciudad en la cuna de los violines más famosos y en la capital de los lutieros).

Recuerdo sentirme tan pequeña por el peso de ese pasado glorioso que me contaban en la escuela, que me desanimaba porque no me reconocía en ello, pues nada tenía que ver con los anhelos y las disputas de mi vida cotidiana. Desde niña me replegaba en la lectura, especialmente en los libros de fantasía, y me pasaba horas recorriendo el País de las Maravillas con Alicia, vagando por los cuentos de Andersen y de los hermanos Grimm o riendo con las viñetas de Schulz. En esos mundos de ficción me sentía cómoda, acompañada, pues parecían hechos más a mi medida y hablaban de mí, de una forma que aún no estaba capacitada para comprender.

No era nada raro, ya que en mi casa siempre hubo libros, era una suerte de marca distintiva de mi familia paterna: tanto mi abuelo como sus hijos eran conocidos en el pueblo por ser extraordinarios panaderos y acérrimos lectores. El pasatiempo favorito de mi padre cuando llegaba a casa, después del trabajo, era sentarse en el sillón a leer en absoluta tranquilidad. Me llamaba la atención lo rápido que pasaba las páginas de esos grandes tomos (que a mí me parecían terriblemente aburridos) y lo absorto que estaba en la lectura; tanto así que a veces empezaba a menguar la luz del sol y ni siquiera se percataba... seguía leyendo con el ceño fruncido, pasando las páginas con ritmo constante. Leía cosas serias, cosas que yo no entendía porque era una niña. Los libros serios eran cosa

de hombres y no había que tomárselos a la ligera, porque decían cosas que podían ser peligrosas, podían meterte ideas extrañas en la cabeza y hasta podían volverte loco o loca.

Con el paso de los años, surgieron las grandes preguntas y las dudas existenciales propias de la adolescencia: ahora yo también necesitaba «libros serios». Me sumergí entonces en la lectura de temas filosóficos, religiosos o psicológicos que estuvieran a mi alcance y saqué a escondidas algunos de los títulos más rebuscados de la librería de mi padre. No fue hasta cuando me sorprendieron tratando de descifrar las bases del ateísmo de Feuerbach, que por fin me contaron la razón por la que en casa miraban con tanto recelo mi interés por ciertas lecturas. Recorriendo viejas cartas arrugadas y fotos amarillentas, me contaron que mi abuelo -que yo nunca conocí- en los años cuarenta tuvo que dejar la panadería, la mujer y los primeros dos hijos durante algunos años, porque lo reclutaron en las tropas del Duce. Casi nada sabemos de lo que le pasó en esos años de la Segunda Guerra Mundial, salvo que navegó hasta Estados Unidos y que esos tiempos lo cambiaron para siempre: además de vivir el horror de la guerra, conoció otro mundo: América. Cuando volvió se tornó taciturno, melancólico, extraño, como si ya no pudiera encajar en la vida de pueblo que había llevado antes. Pasaba las horas leyendo y releyendo los pocos libros que había en la biblioteca pública del pueblo, trabajando aquí y allá en lo que podía, mientras mi abuela luchaba por recuperar la panadería y pagar las deudas.

Cada vez más enajenado, buscó durante años en los libros una respuesta que nunca pudo hallar, un rumbo que terminó perdiendo definitivamente. La culpa del triste final de mi abuelo no era de las lecturas, obviamente, pero el peligro de perder el rumbo de la vida entre las páginas de un libro era algo latente en mi familia, no era solo cosa de don Quijote.

El binomio lectura-viajes que había marcado negativamente la historia de mis antepasados parecía haber quedado grabado en mi ADN, y no estaba dispuesta a ignorarlo. A los 14 años insistí en que me inscribieran en un liceo lingüístico experimental que estaba en una ciudad bastante lejos de casa, por lo que nadie más del pueblo se había atrevido a ir. Sin embargo, los viajes y la soledad valían la pena porque allí podía estudiar

varias lenguas (francés, inglés, alemán) y sus literaturas, aparte del italiano y de la latina.

Al descubrimiento de otras culturas y otras voces

Los años del liceo me sacaron de los estrechos límites de mi pueblo para conocer una gran ciudad, Lodi, donde -con una mezcla de prudencia y atrevimiento- debía valerme sola. Me abrió las puertas a una nueva forma de entender el mundo y me enfrentó a una serie de desafíos lingüísticos y culturales que fueron cruciales para determinar mi futuro profesional. El liceo estaba situado en una provincia separada de la mía por el paso del río Adda, una barrera natural que dificultó buena parte de los intercambios entre esas regiones y determinó la historia en algunos momentos claves, por ejemplo, al impedir el paso de los etruscos o de Napoleón de un lado al otro, o al permitir la huida en bote de los partisanos perseguidos por los fascistas. Esta separación, aunque cada vez menor, se hace aún palpable hoy en día en la gastronomía, en la religiosidad popular, en ciertas costumbres, pero sobre todo en el dialecto, que es la forma habitual de comunicarse en casa y con las amistades, en contraste con el italiano que es la lengua empleada puertas afuera.¹³ Sin entrar en detalles lingüísticos, para dimensionar la variedad lingüística en la que me vi inmersa en esos años, digamos que el dialecto de mi pueblo, el «cremasco», suena similar a una lengua germánica, mientras que el dialecto de Lodi, «lodigiano», suena parecido al francés.

13. Italia tiene 20 regiones, 93 provincias, unos 8000 municipios: cada provincia tiene (o tenía) su propio dialecto y un acento distinto. A veces encontramos dialectos muy diferentes entre pueblos vecinos, por diversas razones históricas. Con la Unidad de Italia, en 1861, se advierte la necesidad de una lengua común y se instaura el italiano. Poco a poco, los dialectos empiezan a ser percibidos como algo vergonzante, solo adecuados para hablar en familia, pero no entre desconocidos. Al menos hasta las décadas del 50 y 60 se sigue hablando dialecto en casa e italiano fuera y, en la actualidad, esa sigue siendo la realidad en buena parte de la península. Puesto que además el dialecto se habla, pero no se escribe, sigue siendo la forma más habitual de comunicarse en familia, la lengua de lo cotidiano y de lo íntimo.

Sin embargo, el hecho de ser la única «cremasca» de mi clase no supuso un obstáculo para mi integración, al contrario, fue algo sumamente enriquecedor. Además, el proyecto educativo experimental del liceo se centraba justamente en la formación de personas que pudieran fácilmente trascender las fronteras disciplinarias y culturales de sus conocimientos. En ese sentido, en mi liceo se ponía especial énfasis en los puntos de contacto de la historia artística, literaria y cultural de Italia, Francia, Reino Unido y Alemania. Recuerdo con especial cariño y admiración cómo nuestras docentes organizaban instancias de evaluaciones orales e interdisciplinarias en las que debíamos dar cuenta de un período de la literatura nacional, luego cambiar de idioma y relacionarlo con los hitos literarios de otro país en la misma época, teniendo en cuenta también la historia de la filosofía y del arte, buscando crear un diálogo con el mayor número de disciplinas.

Con la perspectiva del tiempo, lo que más valoro de mi paso por el liceo es la construcción de un saber intercultural e interdisciplinario, que se desprende de una mente necesariamente abierta, crítica e integradora. Al mismo tiempo, debo mucho a las profesoras que me acompañaron durante esos años, pues fueron para mí una fuente de inspiración de incalculable valor, que contrastaba con lo que había escuchado en casa. Había una frase de mi abuela que gravitaba especialmente en la vida de las (pocas) mujeres de la familia: *Il bel tacere non fu mai scritto*, que se podría traducir como «la belleza de callarse nunca fue escrita». Esa era la dura lección aprendida por una mujer que había sobrevivido a las dos guerras mundiales y que había encontrado en el silencio el único lugar seguro para protegerse y para proteger a sus seis hijos. Mis profesoras, sin embargo, tenían voz y eran dueñas de sus palabras, no solo en italiano, sino también en francés, en inglés o en alemán, y eso les abría las puertas a múltiples experiencias artísticas.

Con los referentes de las enseñanzas recibidas, fui creando mi propio camino a lo largo de esos años y fue surgiendo clara la decisión de seguir estudiando lenguas y literaturas en alguna de las universidades italianas que ofrecían esa carrera, en la que generalmente se podían combinar dos o más idiomas (y sus respectivas literaturas) a elección. Sin embargo, una de las evaluaciones interdisciplinares que tuve que rendir durante

el último año de liceo, cambió completamente el rumbo de mi vida. Se trataba de preparar una serie de contenidos relacionados con el tema del viaje en las literaturas estudiadas; para completar nuestra formación y probar nuestras habilidades como investigadoras en cierres, se nos asignaron al azar algunos de los títulos más importantes de los clásicos de otras literaturas para que las presentáramos de forma exhaustiva al resto de la clase. Fue entonces cuando leí por primera vez el *Quijote*... parecía que los hilos del destino habían estado confabulando durante años para juntarse en esos meses, pues descubrí que mi padre conservaba una rara edición bilingüe (italiano-español) de la obra capital de Cervantes, acompañada incluso por las maravillosas ilustraciones de Doré, que yo nunca había visto.

El libro fue un regalo de bodas que habían recibido de parte de una chica española que, en aquel tiempo, era la pareja de uno de los amigos de mi padre y con quien habían perdido todo contacto. No solo me cautivaron los viajes del caballero andante don Quijote y de su escudero Sancho, sino también la sonoridad de aquella lengua para mí exótica y magistralmente empleada por Cervantes. Surgió en mí una inquietud casi visceral, una necesidad insoslayable de conocer profundamente aquella lengua fascinante, su cultura y su literatura; y frente a esa urgencia, de nada servían los planes que había hecho para mi futuro académico.

A pesar de la proximidad geográfica con España, casi nada se sabía en Italia de nuestros vecinos hispanos, ya que la larga dictadura de Franco los había apartado durante casi medio siglo del panorama europeo; así, aparte de la estrecha relación cultural con Francia, se consolidó en Italia la fiebre por el inglés, que había entrado triunfalmente con los Aliados en el momento de la Liberación del Fascismo y que ha pervivido hasta la actualidad. Cabe recordar, además, que a finales de los años 90 la informática recién estaba entrando muy tímidamente en la educación italiana, que el primer navegador Internet Explorer fue lanzado en 1995 y que la conexión a la red se hacía ocupando -o sea, interrumpiendo- la línea telefónica, lo que limitaba de una forma hoy insospechable la cantidad, velocidad y calidad de información a la que se tenía acceso. Eso significó que, a la hora de buscar alguna alternativa para mi futuro, sin tener ningún referente, mi padre escribió (en correcto italiano) a cada

uno de los correos electrónicos de los pocos centros educativos españoles e hispanoamericanos que aparecían en la página Web del Ministero degli Esteri (Ministerio de Exteriores). El único centro que contestó fue la Universidad de Alcalá, para informarnos (en español y en inglés) que ofrecían unos cursos semestrales intensivos de lengua y cultura española para extranjeros, con la posibilidad de alojamiento en el campus universitario. Revisando las páginas amarillentas de la enciclopedia Garzanti que desde hacía años despejaba -casi- todas las dudas que surgían en mi casa, descubrimos que Alcalá de Henares era una ciudad cerca de Madrid, sede de una importante universidad. Recuerdo que, aparte de los datos geográficos, lo único que se señalaba acerca del lugar era que, en el siglo XVI, se había elaborado allí la primera edición políglota de una *Biblia* completa (conocida como la *Biblia políglota complutense*) y había sido la cuna de Miguel de Cervantes... Estaba decidido, ese sería la meta de mi próximo viaje.

Al encuentro del Quijote

Todavía recuerdo vívidamente aquella fría tarde de invierno en la que por primera vez subí al avión de Milán a Madrid: con la mirada decidida y las rodillas tambaleantes, sabía que ese vuelo me llevaría España para comenzar una nueva etapa y que eso implicaría dejar atrás lo que hasta entonces había sido mi mundo, mi familia, mi casa. Al evocar esa tarde crucial, vuelvo a sentir el escalofrío que me sacudió cuando sobrevolaba el Mediterráneo, al no entender nada de lo que me preguntaba, amable e insistentemente, la azafata en su correcto español. Apenas conocía un puñado de palabras en castellano y solo en ese momento fui de verdad consciente de que serían insuficientes para vivir sola en España; el desconcierto me bloqueó a tal punto que ni siquiera se me ocurrió hablar en inglés para salir al paso, y supe que esa situación se volvería a presentar muchas veces en los siguientes días y semanas, que debía encontrar el valor y la forma de sobreponerme.

Tenía entonces diecinueve años recién cumplidos, nunca había viajado ni vivido sola, y el idioma era solo uno de los innumerables desafíos que

tendría que enfrentar en esa nueva etapa de vida que había deseado tan ardientemente. En mi maleta llevaba una mini cafetera italiana, un diccionario bilingüe en edición de bolsillo y, como marca páginas, una hoja de cuaderno en la que había apuntado los pasos a seguir para prepararme un plato de spaghetti y un café, que es lo que en Italia se suele considerar lo esencial para sustentarse. Por sorprendente que pueda parecer eso en la era digital, en la que tenemos a un clic todas las recetas y tutoriales, ese papel realmente lo usé durante los primeros días de independencia. Lo recuerdo hoy con ternura y agradecimiento, como una increíble muestra de vulnerabilidad e ignorancia de la vida doméstica, de la cual hasta entonces me había despreocupado gracias al trabajo y la dedicación de mi madre; solo la aceptación de mi inexperiencia, demostrada por esas notas, hizo posible que poco a poco pudiera construir desde cero unas bases sólidas y sinceras. Ese papel también era el resultado de un gesto propio de otros tiempos, la muestra de una concepción de mundo que quedó relegada a la era predigital. En aquel tiempo, si dejabas la casa de tus padres para independizarte, la mayoría de tus problemas domésticos se resolvían de la siguiente manera: 1. preguntar a tu madre (o en su defecto a otro familiar, pero no era lo mismo); 2. apuntar su respuesta en un papel para que no se te olvidara, tratar de guardarlo en algún lugar seguro para no perderlo, pero no tan oculto para encontrarlo la siguiente vez que lo necesitaras. Eso significaba que la breve llamada telefónica semanal que hacía a mi casa desde un teléfono público (carísima y precedida de una serie de códigos y prefijos internacionales que hoy parecen impensables), se reducía a menudo en un montón de preguntas e instrucciones de cómo programar la lavadora para no estropear la ropa o cómo preparar tal o cual receta sin quemar las ollas... debo confesar que, aunque hayan pasado los años y la tecnología sea hoy diferente, hay conversaciones con mi madre que siguen siendo muy similares a las de aquellos años.

Pero la vida cotidiana no estaba hecha solo de problemas lingüísticos y domésticos. Los meses que transcurrió en el campus universitario de Alcalá de Henares, además de la inmersión en la cultura española, escondían muchos otros tesoros para mi insaciable curiosidad. El alojamiento en el campus universitario eran casas para siete o nueve estudiantes de pre y posgrado, españoles y extranjeros; debido a la gran movilidad internacional

y al entrelazarse de diversos tipos de estadía, llegué a perder la cuenta de las personas de diferente nacionalidad que conocí en esa época. Sí puedo asegurar que, recién llegada a Alcalá, la experiencia de convivir bajo el mismo techo con estudiantes que venían de Suecia, Turquía, China, Alemania, EE.UU., Panamá, Corea, además de España, derrumbó muchos de los prejuicios y hábitos que eran propios de la vida italianoísmica que había llevado hasta entonces.

La formación del liceo se reveló esencial para desenvolverme en ese entorno multicultural, tanto por las habilidades y conocimientos adquiridos, y sobre todo por haberme dado la capacidad de sumergirme totalmente en la cultura española sin dejar de ser permeable a otras voces, a otros mundos, y sin perder mis raíces. Mi aprendizaje del idioma fue avanzando muy rápidamente y a los pocos meses fue creciendo el deseo de atreverme a la lectura de algún libro completo en español, así que me lancé a la lectura de una de mis novelas favoritas (que ya había leído en italiano), *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Con paciencia y uso constante del diccionario, logré vencer también ese desafío y pude emprender otro viaje dentro del viaje, una experiencia que me abriría las puertas a un sinfín de aventuras en el futuro.

Una vez terminado el semestre de cursos de idioma y cultura española en Alcalá, debía regresar a Italia para reanudar mis proyectos allí; sin embargo, con más espíritu lúdico que esperanza, antes de volver a casa me presenté (como si fuera una estudiante española cualquiera) a la llamada «selectividad», un examen que todos estudiantes deben rendir para acceder a una carrera universitaria en España. La dificultad académica de la prueba era legendaria, según lo que había escuchado en el campus, y mis posibilidades de éxito eran realmente escasas, así que me fui a pasar el verano a mi pueblo tratando de sobreponerme a la nostalgia de la vida de extranjera que tanto me había enriquecido y que parecía haber terminado. Nada más lejos de la verdad... a finales de las vacaciones recibí una carta que comunicaba el resultado positivo de la prueba y el puntaje obtenido, que me daría acceso a la carrera de Filología hispánica en la Universidad de Alcalá.

Así, lo que partió como una breve estancia de seis meses para aprender español, terminó durando catorce años, una Licenciatura y un Doctorado

en Literatura, enlazando un viaje con otro, o quizás dentro de otro. Mi experiencia personal está intrínsecamente ligada a mi especialización, la literatura comparada, una disciplina que estudia el hecho literario desde una perspectiva transnacional, transcultural y translingüística. El foco principal de mis investigaciones ha sido la primera traducción en español de una de las obras capitales de la literatura italiana, el *Decameron* de Giovanni Boccaccio, y la relectura que se hizo del libro en la cultura castellana medieval. Al tratarse del estudio de un fenómeno literario que requiere cierto grado de bilingüismo, esa capacidad me ha ayudado a solucionar varios de los enigmas que han ido surgiendo a lo largo del camino, además de activar un equipaje de conocimientos y cuestionamientos que en muchos casos he vivido en primera persona al tratar de buscar un punto de comunicación entre diferentes culturas.

Hasta el paralelo 40 sur y más allá

El tesoro ganado con la lectura de *Cien años de soledad* se siguió revelando con el tiempo, puesto que me motivó a profundizar la formación en literatura hispanoamericana, lo que finalmente me instó superar también las fronteras de la península ibérica llevándome hasta Chile, hasta Osorno, literalmente al otro lado del mundo. Con el paso de los años han cambiado muchas cosas, pero las pasiones que me guían en lo personal como en lo profesional, son las mismas de cuando de niña robaba los libros a mi padre o cuando me atreví a salir del pueblo para ir a estudiar al liceo de Lodi. Al contrario de lo que se esperaba tácitamente de mí, siempre quise tener la libertad de viajar para conocer y para conocerme un poco más, y para ello estuve siempre dispuesta a enfrentar el miedo que suponía, cualquiera que fuese el viaje: a otra provincia, a otro país, a otro continente, o entre las páginas de un libro. Yo creo que lo conseguí, y no pienso parar de viajar.



Por XIMENA TOCORNAL MONTT (SANTIAGO, 1972)

Psicóloga, Universidad Diego Portales.

PhD en Psicología Social, Loughborough University, UK.

Académica del Departamento de Ciencias Sociales, Campus Osorno, ULagos, Chile.

Una psicóloga en la familia

Por generaciones y en ambos lados de mi familia, materna y paterna, ha habido una sensibilidad especial hacia la historia, el derecho y la política. Mi madre es profesora de filosofía, y trabajó haciendo clases a estudiantes de educación media en distintos colegios de Santiago. El padre de mi madre era abogado, profesión que se repite en mi tío materno, y hacia atrás en varias generaciones de abogados, entre los que se repite incluso el mismo nombre y apellido. Mi padre también era abogado, al igual que un tío y uno de los abuelos de mi abuela paterna, mientras que el otro lado, mi abuelo era historiador. Por la vía del padre de mi madre también hay varios abogados y políticos, inclusive hay por ahí uno que fue embajador

de Chile en Gran Bretaña. Tengo el recuerdo de que cuando se desarmó la casa de mi abuela paterna, luego de su muerte, hubo que determinar qué se hacía con muchos documentos históricos que, finalmente, se entregaron a la Biblioteca Nacional.

Durante mi infancia, luego de la separación de mis padres a los nueve años, yo estuve más bien consumida en sobrevivir a los vaivenes de las dinámicas familiares. Mi papá tenía problemas de salud mental, que fueron muy difíciles de comprender y asumir para su familia de origen y para mi mamá, y, por consiguiente, para mí y mis dos hermanas menores. Quedaba poco espacio para que yo me escuchara a mí misma en cuanto a cuáles eran mis intereses.

No obstante, sí recuerdo algunos episodios significativos. Más o menos en octavo básico, decidí que quería estudiar Arqueología. Tengo la imagen de estar conversando con mi mamá en la playa y con una amiga del colegio. Yo trataba de ponerle nombre a esa disciplina que se encargaba de reconstruir las costumbres de grupos humanos que habían vivido hace mucho tiempo y que solo nos habían dejado vestigios como restos funerarios y cacharros de greda. Desde ahí comencé a devorar los libros de antropología o arqueología que llegaban a mis manos. La hermana menor de mi papá compartió conmigo un libro en particular de Lucy, la australopiteca más antigua de quien se conservan sus huesos. ¡Quedé tan impresionada! Todo eso ocurría en África, que me parecía un territorio tan lejano.

Cuando en diciembre de 1989, rendí la bendita Prueba Aptitud Académica (PAA) por primera vez, no obtuve el puntaje necesario para ingresar a Arqueología-Antropología, que solo se daba en la Universidad de Chile. Las vueltas de la vida, me llevaron a vivir un año en Filadelfia, después de mi frustrado intento por estudiar Antropología en la Universidad Bolivariana (que no se dio por bajo número de interesados). Cuando regresé a Chile prepararé mejor la PAA y sí me alcanzaba para Arqueología-Antropología, pero yo ya había renunciado a esas ganas y opté por Psicología, «una carrera más estable y con mejor futuro económico», según decían mi mamá y mi abuela paterna, quien financiaba mis estudios.

Entré a estudiar Psicología el año 1992 en una universidad privada, la Universidad Diego Portales, pues mi puntaje no daba para las universidades

tradicionales (Universidad de Chile y Universidad Católica) con un dejo de frustración, ya que, en ese entonces, las universidades privadas no estaban del todo legitimadas.

Así es como —y así lo veo hoy día a mis casi 50 años— terminé estudiando psicología, posiblemente respondiendo de manera no consciente —aunque bastante evidente visto desde afuera y con la perspectiva que dan los años— a las necesidades de un sistema familiar que necesitaba de una psicóloga en la familia; o al menos, a las necesidades de comprensión y reparación de una lola un tanto perdida a sus 18 años.

Recuerdo haber tenido un excelente profesor de biología, que nos enseñaba por medio de experimentos y datos de los experimentos de otros. Tuve el privilegio de estudiar en la Alianza Francesa de Santiago, que tenía muy buena infraestructura y unos flamantes laboratorios para ciencias naturales, donde hacíamos experimentos con tubos de ensayo, mechero y distintos productos. Cuando los experimentos no resultaban o para complementarlos, este profe nos daba tablas con datos que teníamos que descifrar. Eso me encantaba, incluso, pensé en estudiar ecología y prepararé la prueba específica de biología con este profesor, pero en el fondo, tenía claro que lo mío eran y son las humanidades y ciencias sociales.

También recuerdo a otro profesor de biología que era geólogo y súper entretenido. Con él hacíamos salidas a terreno a la montaña y nos mostraba los distintos elementos de los cortes, nos hacía describirlos, olerlos, saborear la tierra (para distinguir qué tan salada era) y hacer unos gráficos.

Pensando en estos recuerdos, creo que lo más potente es aprender desde la propia experiencia. Primero vivenciar, luego, ponerle categorías explicativas, y hacia el final conceptualizar de acuerdo a modelos abstractos ya existentes, abriéndose a la posibilidad de cuestionar esos mismos modelos.

Investigación crítica

Yo entré a estudiar psicología un poco a regañadientes. Atrás había quedado la posibilidad de ser Arqueóloga o Antropóloga, pero pensaba que eso se podía arreglar en el camino en la medida en que como psicóloga

me dedicara a la investigación. Ahora bien, a poco andar a mediados del segundo año de estudios, me percaté de lo difícil que era hacer investigación en psicología o desde las ciencias sociales porque se podía decir muy poco con certeza o con objetividad segura. En los primeros ramos, ya nos hablaban acerca de las dificultades para considerar la psicología como una ciencia igual a las ciencias naturales, donde se podía ocupar el método científico sin tantas salvedades, a pesar de que, si una se tomara en serio las críticas epistemológicas radicales al cientificismo, ninguna ciencia supuestamente objetiva puede quedar bien parada. Pero eso lo he entendido con los años.

El asunto es que tomé un ramo electivo de Epistemología en el primer semestre del segundo año con un profesor que sigue sonando en mi casa con sus ejemplos y sus maneras de hablar. Él se llama Carlos Pérez Soto, profesor de Estado en Física —como le gusta presentarse— y epistemólogo, pero, ante todo, marxista. Él ha ejercido una influencia notable en generaciones de psicólogos y psicólogas en la Universidad Diego Portales, en la Universidad de Chile y en la Universidad ARCIS. Luego también en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile y en muchas otras partes. Él se esmeraba y sé que aún se esmera en ser un buen pedagogo: sistemático, muy metódico, paso a paso... lo que te permite aprender a pensar. Con él tomé luego un ramo de Dialéctica, donde comenzamos a leer la Fenomenología del Espíritu de Hegel y eso sí que fue todo un mundo por descubrir y recorrer. Así que mis ganas de hacer investigación científica desde la psicología o las ciencias sociales se transformaron en ganas de hacer investigación crítica, histórica, sin pretensiones de objetividad, pero que de todos modos aporta y mucho en la comprensión de los fenómenos sociales. Hasta el día de hoy me dan vueltas las mismas grandes preguntas que el profesor Carlos Pérez Soto planteaba en sus clases.

Al conocer de las perspectivas críticas tuve que reaprender qué implica investigar en ciencias sociales. Y sigo aprendiendo al respecto; me apasionan los temas epistemológicos y metodológicos. No creo que las metodologías de investigación social sean una mera técnica, sino que, por el contrario, construyen los objetos sobre los que se investiga. El peso de las metodologías investigativas sobre la construcción de la realidad es

gran tema, en el que he intentado desarrollar una postura coherente y responsable en mi trabajo y en la formación de futuros colegas.

Mi grupo de mujeres

Cuando estaba terminando mis estudios de pregrado, me encontré con una ONG llamada ILAS, Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos, cuya misión es ofrecer tratamiento psicoterapéutico a las víctimas de violaciones a los Derechos Humanos ocurridas durante la dictadura militar en nuestro país. Si bien hacia 1995 o 1996, participaban profesionales hombres y mujeres, lo cierto es que quienes la llevaban eran mujeres, las mismas que mantienen viva la ONG y su trabajo al día de hoy. Estoy pensando en un grupo de mujeres compuesto por una asistente social, por psicólogas y por una psiquiatra que lo han dado todo por su trabajo con las víctimas, que han tenido una constancia y una persistencia a toda prueba, más allá de la falta de financiamiento y los momentos de desconfirmación del contexto sociopolítico sobre la relevancia de su trabajo. Mi impresión es que lo que las ha mantenido juntas es la amistad que hay entre ellas y la convicción de lo muy necesaria que ha sido la laboral ejercida. Lo que más admiro de ellas ha sido su capacidad para adaptarse, aprender y mantenerse actualizadas en todo aquello que estuviera al servicio del tratamiento de sus pacientes. Así es como dos de ellas estudiaron un doctorado, ya mayores, y han continuado haciendo docencia universitaria y traspasando sus conocimientos y experiencias a formando a otros profesionales.

Admiro, por cierto, a algunas autoras feministas como Donna Haraway, Beatriz/Paul Preciado y Jessica Benjamin. Las admiro por ver las cosas desde otros ángulos, por desarrollar persistentemente otros puntos de vistas. Admiro a las chicas del colectivo LASTESIS. Yo no podría ser una de ellas, casi que tendría que nacer de nuevo... me gustan los efectos que ellas están teniendo entre las generaciones más jóvenes, aunque a mí se me haga todo un desafío pensar lo que ellas están movilizando.

Trayectoria interdisciplinaria

Como fui una estudiante de psicología descolocada o incómoda en la disciplina, desde un comienzo busqué dialogar con la historia, la sociología, la antropología. Mi primer tema de investigación fue la memoria colectiva de las violaciones a los Derechos Humanos ocurridas en nuestro país. Yo justificaba ese interés porque era un tema social, trans o interdisciplinario, buscando desmarcarme de una disciplina individualizante.

Más adelante, me dediqué a estudiar la violencia delictual, la violencia en barrios vulnerables y vulnerados por el narcotráfico y a hacerle seguimiento a las políticas públicas de prevención de la violencia y delincuencia. Este es un gran tema interdisciplinario donde trabajé por muchos años con abogados, sociólogas, arquitectos, economistas, científicas políticas y administradores públicos. La mayor parte de ellos eran hombres y mayores que yo. Ese trabajo fue muy enriquecedor, pero también desgastante. Es difícil trabajar con otros profesionales que tienen sus propias lógicas disciplinarias investigativas, donde no todos hemos tenido la misma formación en epistemología y metodologías de investigación. Además, en el sector público, las metodologías cuantitativas gozan de mucha más legitimidad que las metodologías cualitativas, mientras que mi especialidad va por el lado de las metodologías cualitativas. Por ello, tuve que aprender, al menos entender, qué son las regresiones lineales o múltiples, los odd ratios, y tantas otras técnicas de análisis cuantitativo que se me olvidaron a poco andar. Incluso, recuerdo haber hecho un curso para aprender a usar STATA, un programa computacional de análisis de datos, algo aprendí, pero me hizo salir humo de mi cabeza... Finalmente sigo pensando que las estadísticas son manipulables; solo que luego de pasar por eso entendí algo más de cómo se pueden presentar para que parezca más esto o lo otro. Es decir, las estadísticas también son un lenguaje retórico y persuasivo, y no podría ser de otro modo.

Observar el habla

El modo en que he investigado ha sido siempre buscando comprender cómo se generan y mantienen los fenómenos que me interesan, de la mano de una perspectiva cualitativa que da cuenta de los procesos históricos de construcción de significados, que a su vez no puede pasar por alto las disputas de intereses entre los grupos humanos, es decir, la dimensión del poder.

En mi formación fue súper importante encontrarme con el paradigma socioconstrucciónista cuando estaba comenzando mi tesis de pregrado el año 1996. En ese momento, leímos con entusiasmo acerca de la radicalidad que implica sostener que los objetos materiales e inmateriales con los que vivimos son construcciones sociales, reales y construidas, por ende, deconstruibles, al menos en términos de posibilidad. Vistas así las cosas, el investigar un fenómeno social se transforma en conocer su historia, y para ello es necesario revisar documentos, observar prácticas sociales, conversar con los protagonistas, todas actividades que involucran el lenguaje como materia prima de análisis y como herramienta analítica. Así fue como fue derivando a las perspectivas cualitativas, especialmente al análisis del discurso, tal como se utiliza en la Psicología Social Socioconstrucciónista, que consiste en analizar los efectos prácticos que tienen ciertas formas de hablar en las relaciones sociales, cómo las prácticas discursivas van ubicando a los sujetos en ciertos lugares y cómo los sujetos se posicionan o no, se resisten o no a ser ubicados en dichas posiciones. También aprendí a hacer análisis de la conversación que me entregó ciertas herramientas para escuchar y orientar mi manera de hacer análisis del discurso.

En cuanto a las técnicas que utilizo para recabar discursos, tengo cierta predilección por los grupos de discusión. Aunque puede ser difícil convocar a la gente, una vez que se inicia una conversación grupal salen espontáneamente muchas cosas interesantes. Hay que confiar en que el grupo hará el trabajo y aportará con una producción colectiva de explicaciones, justificaciones y sentidos comunes con respecto al tema que se le propone. Incluso he tenido la grata experiencia de haber vivido el momento del grupo como si allí no hubiese salido nada interesante,

pero al volver a él mediante una escucha especial, he logrado captar interacciones muy interesantes y significativas.

También he hecho investigación en base a entrevistas en profundidad. Disfruto mucho «sacándole el rollo a la gente», sacarlos de su lógica, de cómo se explica las cosas, de cómo hace inteligible su cotidianidad. Ahora, al momento de analizar entrevistas a veces me pregunto qué tanto de eso que transmite ese sujeto es pensable como una inteligibilidad social y pública o es idiosincrática propia del sujeto particular. En un grupo de discusión es más fácil reconocer argumentos que son lugares comunes de aquellos que son más singulares individuales. Pero como sea, este mundo está compuesto de singularidades individuales y colectivas y ambas tienen que tener espacio en la investigación social.

La memoria del trauma

El tema de la violencia me atrae mucho. Analizar y denunciar los efectos de la violencia entre los seres humanos. Me interesa porque la violencia es siempre un riesgo y una amenaza y sus efectos son nefastos para toda la humanidad y dolorosos para las personas que los viven en carne propia. Los efectos de la violencia tienen relación con deshumanizar a las personas, cosificarlas, intentar volverlas objetos, desconociendo e hiriendo libertades, voluntades y sentimientos. Inicialmente, me interesó la memoria del trauma de la violencia política de la dictadura militar, pero en el fondo, el interés era sobre la tramitación o elaboración colectiva de la violencia política. Memoria y trauma son otras maneras de hablar de violencia, sobre todo trauma. Luego, observé la violencia en barrios pobres, esas violencias cotidianas entre vecinos de sectores urbanos desaventajados y marginados que muchas veces son el terreno fértil para el tráfico y consumo de drogas. Utilicé todo lo que sabía de trauma y memoria para entender esas violencias instrumentales, expresivas y otras que se nos escapan.

Desde que me trasladé a Osorno, me he ido interesando sobre el pueblo mapuche, su historia de despojo y violencia, así como sus estrategias de sobrevivencia, resistencia y creatividad. Actualmente, estoy pensando,

aunque no he hecho aún trabajo empírico de campo, en dos temas: primero, los efectos de la recuperación de la lengua mapuche y, segundo, el trauma intergeneracional en familias mapuche. Así que estoy leyendo y pensando. La pandemia me ha impedido mantener y alimentar ciertos vínculos iniciales que había construido con amigas y amigos mapuches, que tuve que dejar de ver y de ir a visitar a sectores rurales. Espero poder retomarlos prontamente.

Memoriales

Durante el año 1998, el mismo año en que Pinochet cae detenido en Londres en octubre, tuve la suerte de participar en una investigación comparada de fechas y lugares de la memoria de la represión política en el Cono Sur. Éramos un grupo de investigadores jóvenes de Argentina, Uruguay y Paraguay y cada uno/a debía tomar una fecha o un lugar y analizar las conmemoraciones que se hacían en torno a ellos. Yo elegí dos lugares en Santiago de Chile: la llama de la libertad (que estuvo ubicada desde 1975 hasta 2004 frente a La Moneda en la explanada que hoy forma parte de la Plaza de la Ciudadanía por la vereda sur hacia el Paseo Bulnes, junto a la estatua y tumba de Bernardo O'Higgins) y el Memorial del Ejecutado Político y el Detenido Desaparecido (ubicado en el Cementerio General en Recoleta). Investigué la historia de cada lugar, cómo se fue construyendo y transformando, los planes originales y lo que la gente iba haciendo en los lugares. Ahí, practiqué la observación participante... me acercaba a la gente para preguntar qué sabían del lugar, recuerdo que me daba mucha vergüenza y pudor. Me sentía muy insegura al comienzo, pero luego fui agarrando confianza y siendo más espontánea y genuina al conversar con la gente. Aprendí a ver los memoriales como objetos vivos de disputas y como materialidades que transmiten y construyen sentidos sobre el pasado.

El aura investigativa

Yo deseaba, en mis comienzos, ser una investigadora. Con la experiencia me fui dando cuenta de lo difícil que es hacer investigación cumpliendo con todos los estándares, de cómo la investigación en ciencias sociales se ha vuelto una industria y una institución con sus propios códigos de legitimidad, algunos de los cuales me parecen razonables, pero otros son muy arbitrarios y van excluyendo a quienes no estamos en el carril de producción. Pero más allá de todo aquello, la investigación para mí es una actitud de querer saber, un afán de curiosidad por comprender, que es inherente al ser humano. El punto es que hay quienes lo han explotado para hacer de esta actitud natural una práctica productiva un tanto explotadora de quienes están sometidos a ella como trabajadores y como sujetos de exploración.

La investigación como actitud de querer comprender los fenómenos actuales que nos afectan como sociedad es necesaria para enseñar a otro y otras que se están formando, y por ello es muy complementaria la investigación y la docencia universitaria. Investigar no es necesariamente realizar investigación formal con proyectos, basta con observar el medio circundante y mantenerse leyendo y pensando, haciéndose preguntas e intentando buscar respuestas, siempre transitorias y parciales, por lo demás.



APRENDER A APRENDER

POR BRENDA LARA SUBIABRE (PUNTA ARENAS, 1970)

Psicopedagoga en Universidad de Los Lagos.
Magíster Ciencias de la Educación Universidad de Los Lagos.
Doctoranda en Psicología educativa.
Académica del Departamento Ciencias de la Actividad Física,
Campus Puerto Montt, ULAGOS, Chile.

Saberes familiares

Mi primer referente es mi padre: yo lo veía estudiar y revisar revistas de electrónica, su especialidad técnica, buscaba soluciones a los problemas que se le presentaban para reparar los artefactos electrónicos. De la misma forma, indagaba en libros y revistas para informarse cuando quería aprender sobre diferentes temas, como criar caraloles, codornices, conejos, entre muchas de sus iniciativas. Siempre estaba emprendiendo una nueva inquietud, más allá de su trabajo en electrónica.

Hace varios años me di cuenta de que mi padre y su permanente interés por aprender y emprender había sido una gran inspiración para ser quien soy hoy.

Creo que lo que más me caracterizaba cuando era pequeña y que se relaciona con quien soy es mi interés por el orden y el método en mi diario vivir. Me gustaba ayudar a mi mamá a cocinar, tejer y cultivar, porque eso me permitía estar aprendiendo. Ella me ha dicho que yo la agotaba, porque no la dejaba avanzar con mi insistencia en involucrarme en sus tareas. Hoy se da una situación similar (pero no se queja, todo lo contrario). Ahora mi interés es rescatar la mayor cantidad de saberes familiares que no quiero que se pierdan. Cuando uno va creciendo, va poniendo en valor cosas diferentes. En mi caso tiene que ver con saberes que mi madre adquirió de mi abuelita, como por ejemplo la producción de lana, que no es otra cosa que sacar el vellón de la oveja, teñirla y luego tejer. Yo sé tejer, pero me he saltado algunas partes como saber hilado y la producción del mismo, o transformarlo en un telar. Me di cuenta de que si no lo cuidaba y no trataba de adquirir esos conocimientos de mi mamá y de ver cómo se lo transmiso a mi hija y a mis nietas, se van a perder. Es valioso que cuidemos y cultivemos estos saberes ancestrales.

Hace no muchos años comencé a trabajar con semillas. Aprendí las fechas de siembra, los efectos de la luna. Creo hay una responsabilidad en valorar, cuidar y no perder estos saberes, con empezar a poner en valor la riqueza que tiene comer algo que tú misma has producido. Tiene que ver con un movimiento reflexivo que se da en mí, que es el aprendizaje a partir de las propias prácticas. Estos saberes yo los puedo traspasar a la educación, porque la profesión de ser docente muchas veces convierte la práctica pedagógica en rutinas, y no hay oportunidad de poner en valor lo que hacemos, reflexionar, tomar conciencia de nuestras decisiones y gestionar transformaciones.

Mi madre vivió en un sector rural de Los Muermos, a 50 kilómetros de Puerto Montt, camino a la costa. Allí adquirió todos los conocimientos con su mamá. Hoy en día, mis padres viven en el mismo lugar porque mis abuelos murieron y ellos heredaron una pequeña parte de esas tierras. Allí mi madre pudo construirse una casa y es donde ha estado refugiada todo este tiempo de pandemia.

Una búsqueda inacabable

Cuando estaba en la enseñanza media me gustaban las asignaturas de Biología e Historia. Pero mi interés por esas asignaturas no estaba asociado a las formas de trabajo de los profesores, sino a los contenidos en sí. La biología me interesaba porque describe y explica cómo diferentes sistemas se integran y sintonizan para lograr el funcionamiento del cuerpo humano. Especial pasión tuve por el cerebro. Por otra parte, el ramo de Historia me permitía comprender lo que había sucedido en Chile y las circunstancias que habían motivado diferentes eventos. Una de las situaciones más significativas fue cuando me di cuenta de que existían diferentes versiones de un momento histórico, solo debía cambiar a los autores de los libros.

Si tuviera que considerar solo mi experiencia para decir qué puede motivar a niños y niñas a aprender, diría que es aquello que les genera curiosidad. En este caso el desafío de la enseñanza estaría en despertar o promover el interés por querer aprender y buscar lo que les hace sentido.

Cuando finalicé la enseñanza secundaria ingresé a estudiar la carrera de Técnico en Asistente Social, porque entonces creía que con esa profesión podría ayudar a superar la pobreza. En menos de un año de estudio me di cuenta de que desde esa formación no aportaría a hacer cambios significativos. En cambio, producto de las lecturas realizadas entendí que uno de los elementos claves para hacer transformaciones sociales y culturales estaba en la educación.

Este nuevo enfoque en mi vida sintonizó muy bien con mi curiosidad por cómo aprenden las personas. Ello me llevó posteriormente a estudiar la carrera de Psicopedagogía en busca de respuestas. En un par de años, me percaté de que en esa formación tampoco encontraba lo que sentía que necesitaba. Al igual que la experiencia anterior, desarrollé nuevas competencias académicas, en especial el gusto por analizar. Además, visualicé que obteniendo el título profesional podía escalar en mi búsqueda. Años después realicé un magíster y la sensación de necesitar algo más para resolver mis interrogantes permanecía.

Hoy puedo mirar hacia atrás y ver cómo se fueron conectando mis decisiones e intereses (epistemológicos, políticos, sociales y familiares)

como un sistema de engranajes. A la vez, que me doy cuenta de que cuando nuestra vida se mueve en función de necesidades de comprender y transformar nuestro mundo, la tarea puede ser inacabable.

Ser mujer investigadora

Quizás las mujeres investigadoras nos replanteamos y generamos más preguntas, trabajamos desde un sentido de lo inacabado y lo trascendente.

En mi área de investigación recurro a literatura producida por mujeres, aunque debo reconocer que históricamente no he tomado conciencia del género de los autores que utilizo. Siempre he hecho referencia a un apellido sin distinguir quién es. Creo que debo estar más atenta a ello para dar fuerza y hacer justicia por la invisibilización en que nosotras mismas colaboramos.

Para enmendar en algo mi error por omisión, puedo agregar que el trabajo de Barbara Larrivee ha sido de un enorme valor en mi comprensión de las dimensiones de la reflexión pedagógica. Por otra parte, Sanne Akkerman, Äli Leijen, Katrin Kullasepp, Paulien Meijer y Maarit Arvaja me han aportado en clarificar cómo se manifiesta la identidad docente. En tanto, Diana Papalia y la chilena Neva Milicic me han acompañado durante más de quince años para comprender la psicología.

He tenido pocas oportunidades de cruzar mi investigación con otras disciplinas, principalmente con profesionales que al igual que yo se encuentran en las ciencias sociales. Sin embargo, he trabajado de manera colaborativa con profesionales de otras áreas en diferentes circunstancias y he participado en la elaboración de proyectos de innovación e investigación con especialidades muy diversas entre sí. Estas experiencias me han permitido valorar el trabajo multidisciplinario para enfrentar la resolución de problemáticas y reconocer la riqueza de formas diferentes que podemos utilizar.

Creo que tenemos un desafío en las universidades para generar estrategias donde los futuros profesionales vivencien durante su formación este tipo de experiencias. En los últimos años en ULAGOS hemos intentado avanzar con el programa de Semilleros de Investigación, que incentiva

a los estudiantes a desarrollar investigación, donde se trabajaba en grupos, de manera que ese proceso les sirva para la escritura de la tesis de titulación. La idea ha sido trabajar de manera interdisciplinaria, incluso inter-carrera.

En el meollo del asunto

Me acomoda mucho un enfoque de investigación cualitativo, porque las preguntas que busco responder no son verdades absolutas, sino relativas. Eso quiere decir que las explico desde mi análisis y siempre está presente mi subjetividad y la de los demás. Una de las metodologías que me ha agradado utilizar ha sido la teoría fundamentada. Aplicarla fue un desafío a la vez que buscaba aprenderla. La usé porque sentía la necesidad de entender cómo reflexionaba el profesorado en formación sobre su práctica docente. Quería ser libre para interpretar, y no escuchar las voces de teorías que han surgido en otras partes del mundo, con otras personas y usando otras metodologías.

No me niego a los estudios de tipo cuantitativos. En mi trayectoria he necesitado de la colaboración de investigadores para que me ayuden en el análisis estadístico de los datos que he recolectado. Esto ha sido necesario por diferentes razones: a) demostrar la validez y confiabilidad de un instrumento para evaluar y promover reflexión pedagógica; b) garantizar la confiabilidad de mis análisis de contenido; c) identificar perfiles de personas; y por último, necesite de los números para d) hacer un trabajo de cienciometría que requería de un estudio longitudinal retrospectivo de tendencias.¹⁴

Actualmente, he finalizado un estudio mixto donde se han integrado ambas formas de investigar (cuantitativa y cualitativa). En este trabajo buscaba responder a la pregunta: ¿Qué identidad asume una persona

14. Para explicarlo en palabras sencillas, se trata de un grupo de personas, que de acuerdo a un análisis estadístico comparten un perfil de características comunes en formas de vida y de pensar. En este caso, el estudio cienciométrico consistió en tomar un rango de 10 años en la población chilena y evaluar el desarrollo científico sobre Tecnologías de la Información y la Comunicación, en la formación de estudiantes de pedagogía.

cuando se enfrenta a la tarea de reflexionar? Nuestro Yo adopta diversas posiciones, eso se debe en parte porque participamos en diferentes esferas de actividad (podemos ser madres, docentes, amantes y deportistas a la vez), y así nos posicionamos de diferentes maneras dependiendo de la situación y el contexto. Esta información fue tomada en cuatro momentos diferentes para ver un proceso completo. Una vez que obtuve los datos comencé el trabajo de análisis cualitativo y busqué categorías de tipo inductivas (forma cualitativa de clasificar la información). Posteriormente, utilizamos esas categorías para regresar a los datos originales y hacer otro análisis de contenidos al cual aplicar análisis estadístico. Con este trabajo se obtuvieron perfiles o grupos de personas que tenían las mismas formas de posicionarse en determinados momentos. El primer análisis cualitativo debió ser sometido a evaluación de pares y obtener grados de concordancia inter evaluadores, en este caso calcular índice de Kappa.

Mi desarrollo profesional

En los últimos diez años me he enfocado en investigar sobre desarrollo profesional docente de profesorado en formación inicial, es decir, de estudiantes de carreras de pedagogías. En una primera instancia dediqué muchos esfuerzos en desarrollar iniciativas de innovación e indagar sobre la integración de tecnologías de la información y la comunicación en procesos educativos. Los avances y hallazgos obtenidos en estos trabajos me ayudaron a ver lo complejo que es que las personas cambien sus creencias y prácticas en el ámbito educativo. Es muy difícil cambiar la forma de pensar y la comprensión que una persona tiene de las cosas. Un estudiante de pedagogía pasa cinco años en una universidad y nosotros no logramos intervenir en la creencia que tienen respecto de la educación, el desarrollo de su docencia y el proceso de enseñanza y aprendizaje. Todavía muchos siguen creyendo en la antigua idea de que se aprende producto de una transferencia. Las personas, cuando son estudiantes, pasan doce años dentro de un sistema aprendiendo y viviendo lo que es enseñar. Y eso no lo modifica la carrera de Pedagogía en la universidad. Incluso aquello que criticó siendo estudiante de lo que

hacían sus profesores, lo va a reproducir porque obedece a lo que lo hace sentir seguro. Ya saben que si alguien se porta mal está el libro de clases para hacer las anotaciones, y de esa forma va a tener el control para que el alumno se discipline de nuevo.

Después de años de trabajar para integrar TIC en la formación inicial del profesorado, comencé a explorar en la reflexión sobre la práctica pedagógica. Buscaba, a través de la reflexión, detonar o abrir oportunidades para cambiar creencias y prácticas que se reproducían sin mediar procesos de cuestionamiento. Logré avanzar en clarificar el fenómeno de la reflexión, realizar proyectos de innovación en colaboración con otros colegas, hacer varias publicaciones, participar en congresos... Sin embargo no obtenía progresos en las reflexiones que elaboraban mis estudiantes.

Esto significó un nuevo replanteamiento en mi objeto de investigación y comencé a enfocarme en cómo construyen la identidad profesional docente los estudiantes de pedagogía. Este trabajo consiste en clarificar las formas de posicionamiento del Yo al reflexionar frente a problemas educativos. En específico, se indaga sobre las formas de posicionamiento que puede asumir el Yo expresado en los modos de sentir, pensar y hacer frente a una situación o eventos puntuales, y qué voces están presentes en esa posición. Algunas preguntas que orientan este tipo de investigación son: ¿Quién estoy siendo en esta situación?, y ¿qué voces están en mí en esta situación?

Actualmente, estoy trabajando en visibilizar cómo la identidad reflexiva docente está asociada a situaciones de injusticia social, especialmente dentro de las aulas. Es parte de un llamado a prestar atención a los aspectos políticos, sociales y morales que forman parte de la construcción y reconstrucción de identidades de los docentes. Al asumir que la identidad se va forjando en la interacción social y cultural, surgen preguntas, por ejemplo: ¿Cómo se posiciona el Yo del profesorado ante las situaciones de micro-política en su aula? ¿Cómo las formas de vida dentro de la escuela promueven identidades reflexivas en su comunidad? ¿Qué voces están presentes en las reflexiones del profesorado sobre las injusticias sociales que se dan en educación? ¿Cómo podemos aportar a identidades reflexivas, sensibles y comprometidas con las transformaciones socio-educativas desde la formación del nuevo profesorado?

Investigación para la comunidad

Investigar permite buscar respuestas a lo que nos inquieta o produce incertidumbre. En la historia de la humanidad las ciencias han avanzado en muchos aspectos y en los últimos diez años se produce una enorme cantidad de publicaciones científicas cada día. No obstante, eso no significa que hemos agotado la posibilidad de seguir buscando respuestas y formas de mejorar lo que hacemos. Nuestra realidad social y cultural tiene sus propias particularidades y debemos investigar conscientes de ellas. No siempre nos será útil una investigación realizada en Holanda o Canadá, por más que sean un referente mundial en educación, porque los contextos son disímiles. Además, nuestro pueblo necesita que aportemos con el conocimiento que producimos para ir transformando Chile en un lugar más justo y equitativo donde todos podamos convivir dignamente.

Hacer investigación científica es una actividad muy desafiante y estimulante. Ser investigadora te hace sentir muy orgullosa de ti misma aunque fracases, porque de esos fracasos aprendes. No obtener éxito lo podemos interpretar como un aviso de la necesidad de replantearnos para hacer un cambio de perspectiva o de enfoque.

Me preocupa ser disciplinada y cuidadosa cuando utilizo el método científico. Lo que no debe traducirse en negar otras formas, entre ellas destaco: la resiliencia, la apertura a la experiencia, la sensibilidad, el pensamiento crítico y creativo, y la colaboración y tolerancia a la frustración.

Parte del trabajo de ser investigadora está muy asociado a la escritura científica y la publicación en revistas especializadas. Esta tarea no es menos relevante, porque debemos asumir la responsabilidad de compartir los hallazgos que obtenemos y también porque otros deben validar la calidad de nuestro trabajo. En la misma línea, también debemos hacer esfuerzos por llegar más allá de una élite de científicos y académicos. Tenemos que buscar formas de compartir nuestros trabajos con la comunidad a la cual nos debemos, en especial aquella que convive con los temas que estudiamos y que sobre todo se ve afectada por esos problemas.

Aprender a aprender

Durante la pandemia, hemos tenido la necesidad de hacer clases que no sean muy extensas porque la conectividad a internet que tienen las personas a veces no es tan buena, lo cual genera desamparo: ya no está el profesor en frente durante horas hablando y explicando, y entregado totalmente a sus estudiantes. También se ha perdido la posibilidad de que los estudiantes interactúen con sus pares.

Yo vengo trabajando en temas de virtualidad hace muchos años porque una de las cosas que comencé haciendo en la universidad fue un programa de educación a distancia. Por el año 2000 mi tarea fue pensar en cómo comenzamos a virtualizar y a incorporar el uso de plataformas. Durante un tiempo para mí fue una cruzada convencer a mis colegas para aceptar estos cambios, y hoy los compañeros que más rechazaban la tecnología, dan clases de cómo trabajar desde la virtualidad. Por mi parte, lo que más me ha costado es encontrar la forma para generar grupos de discusión a través de google meet.

Este año comencé a trabajar con la escritura de autobiografías, para promover la narración y visibilización de las experiencias más significativas en el ámbito educativo. Nunca lo había pasado tan bien revisando una evaluación. Desde la virtualidad, estas narraciones me permitieron conocer a mis estudiantes, darle un valor diferente. Antes era solo nombre (que ni siquiera podía memorizar) el conocimiento de sus historias me sirvió para cambiar la mirada de ellos y ellas.

Creo que indistintamente de lo que hacemos, podemos ver en nuestro diario vivir desafíos para investigar. Solo debemos tener la sensibilidad para observar lo que pasa con nosotras mismas y nuestra comunidad.



POR CLAUDIA GONZÁLEZ CASTRO (SANTIAGO, 1969)

Profesora General Básica, Universidad de Los Lagos, Chile.
Magíster en Educación, Universidad ARCIS.
Doctora en Cultura y Educación Latinoamericana,
Universidad ARCIS, Chile.
Doctora en Ciencias Humanas, Universidad Austral de Chile.
Académica de la Escuela de Pedagogía, Campus Osorno, ULAGOS, Chile.

Una infancia bajo sospecha

Nací en una casa de adobe en el centro de Santiago. Como era habitual en aquella época, mi mamá se encargaba de todas las cosas de la casa, pero además tenía la habilidad de transformar cualquier trozo de tela en una obra del arte de la moda. Tenía también la habilidad de encontrar siempre un libro nuevo para mí: *Corazón*, *Mujercitas*, *El niño que enloqueció de amor...* pero a mí, secretamente me gustaban los libros de mi papá.

Recuerdo que él tenía un enorme estante prohibido ubicado en el comedor (seguro hoy lo vería bastante más pequeño) donde había solo

novelas policíacas y escondía sus cigarros Hilton. Agatha Christie, Arthur Conan Doyle, entre los que recuerdo, eran los autores de su biblioteca prohibida. Y aunque mi papá siempre elogiaba las habilidades de Sherlock Holmes, yo, en silencio y culpable de leer los libros que no me permitían, pensaba que no había otra como Miss Marple. Miss Marple era uno de los tantos personajes de las novelas de Agatha Christie. La imaginaba elegante, distinguida, inteligente. Curiosamente, en aquella época, nunca reparé que Miss Marple era una anciana. Siempre la imaginé joven, con la habilidad de descifrar hasta los más complejos enigmas. Buscaba la verdad y la encontraba solo con su capacidad para leer los detalles. Creo que fue lo más cerca de la investigación que estuve cuando era niña.

Mi infancia transcurrió en los peores años de la dictadura militar chilena, no fue fácil. Recuerdo esa especie de olor a miedo que se respiraba en las calles. Los cortes de luz, los allanamientos militares a vecinos, ¿podrían venir a allanar mi casa? Mi mamá me decía que no, pues buscaban cosas que nosotros no teníamos. Un día fuimos a calle Ahumada, en búsqueda de retazos de telas, de esos que mi mamá convertía en vestidos, blusas, faldas, cortinas, fundas... Se nos pasó el tiempo, aún era de día, pero se aproximaba el toque de queda. Mi mamá no decía nada, pero sus manos estaban húmedas, transpiraba, respiraba agitada, la calle comenzó a quedar vacía, se veían camiones militares deambulando, mi mamá me tomó de la mano y corrimos. No recuerdo cómo, pero llegamos a la casa y se largó a llorar. ¿Por qué tenía miedo si nosotros no teníamos nada de lo que ellos buscaban? Me respondió que a veces se equivocaban... Con el paso del tiempo, comencé a sospechar que se equivocaban demasiado seguido.

Terminé sexto básico en la escuela del barrio y era tiempo de emigrar a un liceo. Con un certificado de residencia falso, ingresé al Liceo de niñas nº7 de Providencia. Todo iba bien hasta que la recesión económica de los ochenta nos golpeó fuerte. Entonces todo comenzó a ser un problema: el dinero para el pasaje en metro, para el uniforme, para los cuadernos... Hasta la enorme biblioteca de policiales de mi papá dejó de crecer y a mí ya no me encontraban libros nuevos. Me dejaron de llevar a las clases de ballet a las que asistía desde que tenía memoria.

Un día de invierno, en el liceo, en horario de salida por la tarde, estaba oscuro, mi amiga del curso debía esperar a su hermana mayor para

venirnos juntas en el metro. Su hermana estaba reunida con otras de sus compañeras. Hacía frío, así que nos hicieron pasar a la sala en la que estaban reunidas. Hablaban de injusticias, de pobreza, de miedos, terror y equivocaciones... Fue la primera vez que escuché hablar abiertamente de política.

Entonces me di cuenta de que era hora de relevar a Miss Marple del altar de mi admiración para dejar entrar a estas niñas de educación media, cuyos nombres nunca supe o tal vez no recuerdo, pero las palabras apasionadas con las que explicaban el mundo me harían ver la vida de otra forma. Escuchándolas me enteré de que existía el abuso, la injusticia, que no todas las personas eran iguales, que algunas tenían privilegios... Comprendí también que mi familia y yo no éramos parte de ese grupo y por eso mi mamá corría tanto el día del toque de queda. Esta conciencia repentina sería fundamental al decidir estudiar educación al salir de cuarto medio.

Una mirada volcada a lo social

El liceo transcurrió entre secretos. Nada se podía contar. Nadie podía saber. Comencé a desinteresarme en las clases del día, prefería aprender de las niñas de educación media, que se reunían en la salita del centro de alumnas. Dejé de leer los libros de la biblioteca prohibida de mi papá, para comenzar a leer otros libros igualmente prohibidos, pero más viejos y sucios, itinerantes entre las compañeras del grupo. Mis notas comenzaron a bajar, al mismo tiempo que mi interés por asistir al liceo se circunscribía a las reuniones de los martes por la tarde. Poco a poco comencé a opinar en el grupo, y a pesar de que nunca lideré un debate o una propuesta, a veces me escuchaban, y asentían con la cabeza. Eso era suficiente para mí y compensaba las bajas calificaciones que comencé a recibir y que eran motivo de grandes conflictos en mi casa.

Un día en que estaba de cumpleaños, mis compañeras de curso me saludaron efusivamente. Tanto así, que en un abrazo agitado, pasamos a llevar los cuadernos sobre el mesón y cayeron desde la ventana del segundo piso del que estábamos. Días después me expulsaron del liceo...

No entendí por qué consideraban grave un incidente tan insignificante. A los días me enteré que todas las niñas de educación media que se reunían los martes en la sala del centro de alumnas habían cometido similares errores imperdonables. Todas fuimos expulsadas.

Emigré a un colegio del barrio Quinta Normal. Ese año el ingreso a la escuela se atrasó por el terremoto de la zona centro. Ingresamos semanas más tardes de lo previsto. Iba a ser la nueva del curso, me angustiaba un poco la idea, el colegio era pequeño, probablemente notarían mi presencia. Sin embargo pasé inadvertida, pues no se hablaba de otra cosa que de los profesores que habían aparecido degollados cerca del aeropuerto Pudahuel. El colegio estaba de luto. Ahí me di cuenta de que el nuevo colegio era un mundo diferente.

El estudiantado no utilizaba uniforme, fumar estaba permitido; tener un libro de Marx, Mounier o Sartre en la mochila era normal; teníamos clase de filosofía; los profesores llevaban las revistas *Apesi* y *Análisis* para leerlas en la sala; se adherían a los paros nacionales, realizaban jornadas de reflexión; no había que hablar en secreto y no debíamos formarnos ni cantar la canción nacional. Pero de todo, lo que más me gustaba, era que las clases de profesoras y profesores eran mucho más que sus asignaturas. Recuerdo que, desde un video VHS proyectado en una televisión de no más de 21 pulgadas, nos hacían ver comerciales de televisión y reflexionar sobre cómo intentaban engañarnos con el incipiente mercado nacional. Las y los docentes nos invitaban a debatir sobre temas propuestos por el curso. Como curso teníamos opinión y podíamos tomar decisiones sobre qué queríamos aprender. Comencé a participar en las clases. Las profesoras y profesores vestían de lana, usaban pelo largo y bolsos cruzados similares a los nuestros. La admiración a Miss Marple que había conseguido heredarle a las niñas de educación media del Liceo 7, ahora pertenecía a las profesoras y profesores de mi colegio nuevo. Otra forma de hacer escuela era posible.

Nunca tuve especial apego con una o uno de ellos, sin embargo, fueron determinantes, no solo de mi elección profesional, sino también, en mi interés en el cuestionamiento a las jerarquías opresivas y al modelo económico, a través del análisis crítico del discurso.

En los jardines del Pedagógico

Ingresé a estudiar Pedagogía en Música en el Instituto Pedagógico. Los primeros años transcurrieron entre la violencia política, la muerte de mis padres y los trabajos esporádicos para sobrevivir. Pronto asumí que mi interés lo atraían las clases de filosofía, historia y psicología, por sobre el piano, la guitarra y el solfeo. Las asignaturas de filosofía, historia y psicología las rendía con facilidad leyendo y escribiendo. Las de piano, guitarra y solfeo solo era posible rendirlas practicando y repitiendo infinitamente ejercicios, que después de unas horas comenzaban a incomodar sin siquiera aproximarme a dominarlos. Reconozco que no tenía talento para la música o nunca me logró encantar lo suficiente como para dedicarle la mayor parte de mi tiempo. Además, toda mi atención la atraían los conflictos de la época.

En aquellos días, en los jardines del pedagógico, entre estudiantes, se hablaba mucho de Julieta Kirkwood. Nunca tuve un libro de ella. Pasaron por mis manos algunas ajadas hojas impresas en papel roneo con parte de sus textos, pero fueron los debates estudiantiles sobre la Kirkwood los que despertaron mi admiración por ella. Era mujer, era chilena, había reflexionado y escrito sobre todo aquello que a mí me interesaba: la democracia, la mujer, la lucha política. Había compañeros de cursos superiores que aseguraban haberla conocido en alguna supuesta visita de ella al pedagógico. Con el tiempo me di cuenta de que Julieta Kirkwood era mucho más que el par de hojas de roneo que pasaron por mis manos. Sin embargo, el principal aporte a mi vida profesional fue saber que, entre Marx, Sartre, y otros tantos que habían escrito sobre luchas políticas, había una perspectiva de mujer para analizar los conflictos de poder.

La docencia, la política y la mujer

Llegó la democracia en el año noventa y mi inesperada maternidad. Era tiempo de reinventarme. Debo reconocer que el fin del gobierno militar nos dejó una sensación de quedar cesantes de la lucha política. Una

sensación extraña, de no tener un enemigo visible contra quien dirigir nuestra energía revolucionaria. Fue como empezar de nuevo.

Decidí alejarme de la música y quedarme con la pedagogía. Estudié Educación Básica al mismo tiempo que trabajaba como profesora. Mis años en aulas escolares me enseñaron a ver las escuelas como sociedades a escala, con sus mismos vicios y conflictos: problemas de autoritarismo, jerarquías y discriminación entre docentes; conflictos de clase, de género, de etnias, entre estudiantes. Sentía que las herramientas que tenía no eran suficientes para enfrentar todo ello y debía seguir aprendiendo.

En el Instituto Pedagógico Latinoamericano de La Habana conocí a la maestra Elvira Caballero. Mujer negra, profesora de primaria, doctorada en educación. Elvira inició su carrera pedagógica a los quince años, cuando su compromiso político la llevó a alfabetizar en Sierra Maestra. Admiraba el pensamiento de José Martí, y para cada cuestionamiento o duda, siempre tenía una referencia a la obra del escritor para dar respuesta. Hicimos una gran amistad, en la que compartimos veladas armando y desarmando el mundo al calor del ron y el clima habanero. Me habló de su infancia de pobreza, de su abuela esclava negra, de la educación en su país, de su negritud, de su trabajo en el ministerio de educación cubano y de cómo habían enfocado el esfuerzo ministerial en la formación de profesores para el desarrollo del país. Desde entonces, Elvira siempre busca un pretexto para venir a Chile, y yo uno para viajar a La Habana. Se convirtió en mi referente profesional y académico hasta el día de hoy. Cuando me he sentido decepcionada de la profesión que elegí, de la vida que llevé o del lugar que me tocó, conversar con ella siempre me devuelve la pasión por ser parte de este mundo.

Pensar la genealogía

Mi vida profesional transcurría en un aula rural de la zona centro y mis primeros acercamientos a la investigación surgieron de manera fortuita, apoyando a otros investigadores a desarrollar su trabajo. Entonces investigar no era mi prioridad, pero seguir estudiando fue una manera de garantizarme un espacio para aprender algo nuevo, escuchar reflexiones sobre algún

tema inspirador, desarrollar una idea nueva o recibir la sugerencia de un buen libro, y así llevar de mejor forma la rutina laboral. El azar, a veces, conjuga acontecimientos para que se abran determinados caminos, entonces comencé a trabajar en la universidad formando profesores y también llegué a la labor investigativa.

La primera investigación que publiqué, hace varios años, surgió en medio de una búsqueda identitaria personal y el reencuentro con mi ascendencia. Mis padres murieron cuando yo era muy joven. No tuve tiempo de conocerlos mejor y saber quiénes eran. Mi mamá contaba que había nacido en una comunidad de la octava región, que su padre era mapuche y que había emigrado tempranamente a Santiago. Fue entonces que me interesó conocer si existía algo propio en el ser-mapuche que me uniera a mi madre, y en mi primer trabajo de investigación me propuse abordar la posibilidad de existencia de una identidad étnica y sus significados. En el trayecto de mi búsqueda, extensas conversaciones con mi amiga e historiadora Lorena Liewald le dieron un matiz histórico al trabajo. Las conversaciones habaneras con Elvira Caballero me hicieron comprender la identidad desde el lenguaje. Las opiniones recibidas de mi profesor Carlos Ossa, me conectaron con una antigua experiencia escolar: analizar el discurso de la televisión. Ossa fue mi profesor de postgrado. En sus clases sobre narrativas mediáticas lo escuché exponer, con admirable pasión sobre la relación entre medios de comunicación y cultura.

De sus clases y lecturas sugeridas abracé la pasión de analizar la programación televisiva como una forma de interpretar el sentido común en el que estamos insertos. Muchas amigables conversaciones, muchos libros prestados y otros tantos comprados, fueron tejiendo una forma de hacer investigación que ha determinado, la mayoría de mis proyectos: estudios sobre identidades con una perspectiva histórica, análisis del discurso, interpretación desde los medios masivos.

Cada experiencia de vida, las conversaciones entre amigas y amigos, con profesoras y profesores, van instalando una idea a desarrollar, una perspectiva para abordar un tema, un problema de investigación pendiente... cada experiencia va dejando una marca que se traduce en una forma de problematizar la realidad, para luego analizarla con mirada crítica e inquisitiva, así como lo hacía Miss Marple cada vez que revisaba un nuevo caso.

El arte de aplicar metodologías

Nunca fui buena para hablar en público, pero siempre me ha gustado escuchar a otras personas hablar cuando lo hacen con pasión y argumentos. Me fijo en cosas que tal vez otros no se fijan: en el volumen de la voz, los gestos, las actitudes... las palabras que eligen, las muletillas, lo que creo que quieren decir y lo que no dicen. En esos detalles se conoce mucho más a una persona, que por sus mismas palabras. Puede ser por eso que me interesó el análisis crítico del discurso. Las primeras experiencias en esa área fueron desastrosas. Más de algún profesor me dijo que yo sobre interpretaba los textos; que mis conclusiones eran elucubraciones sin fundamentos y ni comentar quisiera acerca de las evaluaciones que recibí de algunos artículos, que tímidamente envié a alguna revista académica. Pero al contrario de lo que hice con el piano y la guitarra (abandonarlos por aburrimiento) me dediqué a profundizar en metodologías. Desde entonces creo que la metodología de la investigación es algo así como un arte que permite demostrar a otras y otros lo que uno identifica en la realidad. Se percibe un problema, algo que ocurre en la vida cotidiana, y de tanto observarlo, pensarlo y analizarlo, se hipotetiza sobre el porqué de las cosas que se dan de tal o cual manera. La metodología es la fórmula que permite probar que lo que uno identifica tiene fundamentos.

Después de adquirir algunas herramientas para analizar el discurso, necesitaba discursos que analizar. Algunos aparecieron en la televisión, a partir de las apasionadas clases de mi profesor de posgrado y mis recuerdos de actividades de colegio con VHS. Varios aparecieron en diálogos con la gente, otros seguirán apareciendo en la prensa escrita, en los discursos políticos, en las paredes rayadas y muchos soportes más. Espero tener el tiempo de vida suficiente para analizarlos todos, aunque no siempre de ellos emerja un artículo o un libro. Tal vez basta con que inspiren un café compartido y una conversación amena.

Mujer mapuche, docencia y opresión

Hay temas de investigación que surgen de una necesidad y una urgencia personal de profundizar y comunicar algo de lo cual estoy convencida y deseo hacer visible. Hay otras investigaciones que realizo como parte del deber y de compromisos adquiridos. No significa que una sea mejor que la otra, ni que prefiera una, ni que deje más esfuerzo en otra. Solo emergen de lugares distintos. En la primera, me represento a mí misma y los temas de investigación nacen de mi necesidad personal de cuestionar mi experiencia. En la otra, represento la voz de un grupo de trabajo o una perspectiva institucional que describe o analiza temas de educación contingente.

Reconozco en mí la experiencia identitaria que me ha movilizado en diferentes momentos de mi vida. Soy mujer, tengo ascendencia mapuche, soy profesora, y si simplificamos el mundo, hasta el punto de dividirlo entre opresores y oprimidos, pertenezco al grupo de los oprimidos.

Como mujer, y en mis años de profesora en escuela rural, me interesó el rol de las mujeres en la pobreza. A través del diálogo con las madres de la comunidad reconocí en ellas conductas de colaboración y solidaridad que eran el pilar de la sobrevivencia en medio del aislamiento y la desprotección de los sistemas de salud gubernamentales. Como descendiente mapuche, analicé qué significaba ser mapuche según los discursos oficiales anclados en la televisión chilena. Como profesora, he intentado profundizar en la identidad profesional docente a lo largo de la historia, y cada vez que asumo un tema de investigación, lo hago desde mi condición de opresión, de haber nacido en una familia que corría con desesperación cuando se acercaba el toque de queda, de haber sido expulsada del liceo sin explicaciones, de haber leído más libros usados que nuevos, de llevar los colores mapuches en la piel.

Hoy me motiva, por sobre todo, la identidad profesional docente. La experiencia de ser profesora o profesor en Chile puede ser analizada de muchas perspectivas. Desde la historia, hemos sido activas protagonistas de movimientos sociales; desde lo político, hemos llevado adelante reformas educacionales importantes; desde lo social, hemos construido nación, a la vez que generamos cambios en la comunidad cercana. Quiero, con

mi trabajo, relevar el rol del profesorado chileno y reivindicar su figura social, que tan denostada ha sido socialmente en los últimos años.

La investigación es una forma de conocerme mejor. De saber qué pienso respecto a determinado problema y cuál es mi postura frente a él. Es una manera de hablar en público, ya que la oralidad no se me da muy bien. Es una forma de mantener en mí el deseo de jugar a ser Miss Marple. Es mi deseo de comunicar, después de muchos años en los que no se podía decir ni contar nada. Es la convicción de que, a pesar del paso de los años, y las obligaciones cotidianas, sigo cuestionando mi entorno con un tinte de rebeldía.



**PEWMALEGE
KÜMEAMWAYMI /
QUE TE VAYA BIEN
CON TUS SUEÑOS**

POR PILAR ÁLVAREZ-SANTULLANO (OSORNO 1957 - SANTIAGO 2022)

Profesora de Español, Universidad de Concepción.
Magíster en Artes, mención Lingüística, Universidad de Concepción.
Académica del Departamento de Humanidades y Arte, Campus Osorno,
ULagos, Chile.

Sensibilidad a la injusticia

Yo fui el bicho raro de la familia que se metió a estudiar Letras en vez de Derecho, apoyada por mi madre que era pintora y entendía otros mundos. Mi padre era más categórico y quería para mí otra carrera. Finalmente, ellos aceptaron que yo estudiara pedagogía siempre y cuando no lo terminara allí. O sea, debía tomar un posgrado. Y eso es muy genial porque ellos no habían ido a la universidad.

Una vez la niña Viviana Lemuy me preguntó por qué tenía tanto interés en los mapuches y yo no supe qué responder, más allá de una respuesta académica. Esa pregunta me quedó dando vueltas mucho tiempo, y creo que desde chica, por el colegio en el que estudié, el Santa Marta de Osorno,

desarrollé una sensibilidad a la injusticia muy particular. Recuerdo una vez que mi mamá se enojó conmigo porque me encontré en la calle con una niña pobre que no conocía. Ella me preguntó si le podía prestar un libro que tenía en mi bolsón y yo se lo presté. Yo funcionaba de una manera un poco distinta. No tenía un sentido de pertenencia muy grande. Después las cosas se van juntando: me gustaba mucho leer, me arrancaba a leer.

Cuando era niña íbamos al mar con mi familia, como íbamos muchos en Osorno: Maicolpué, Pucatrihue... Pero pasaba por alto las comunidades, porque la población mapuche más importante está en la precordillera. A mi mamá le encantaba el paisaje de Maicolpué. Y como es el clima acá, te podían tocar lluvias los cinco o diez días de vacaciones, y podíamos pasar en la casa arrendada jugando naipes y leyendo. Leíamos mucho en esa época. Cuando nos íbamos a la playa de vacaciones, con mi mamá teníamos un ritual, que era primero pasar a la librería que estaba frente a la plaza. En esa librería que era chiquitita estábamos horas y nos llevábamos una ruma de libros.

Adentrarse en territorio williche

Curiosamente, cuando tomé mi posgrado en Lingüística en la Universidad de Concepción, a fines de los 70 y comienzos de los 80, me hizo clases el profe Adalberto Salas, quien ha sido uno de los indigenistas más importantes de Chile, me vine a enterar de que existían los mapuches y los mapuche-williches. A la gente de Temuco todos los identificábamos como araucanos, y acá en Osorno yo escuchaba los apellidos campesinos, pero nunca lo relacioné con que eran mapuches ni mucho menos con que podían tener otras formas de vida. De eso recién me enteré en la universidad leyendo que el dialecto del que no se sabía nada dentro del idioma mapuche era el de la zona williche.

En 1982 volví a Osorno, empecé a trabajar acá en mi tesis, y me dediqué a eso el resto de mi vida. Tenía puntos ganados desde el comienzo, porque de alguna manera era un tema que todos estaban esperando. La bibliografía señalaba que este era el grupo de hablantes cuya habla era la más diferente respecto de los otros grupos mapuches. Así que empecé a

averiguar hasta dar con unas personas muy especiales, Ponciano Rumián, Raúl Rupailaf, quienes me miraron con ojos extraños. ¿Qué hacía esta winka? En ese tiempo nadie hablaba de esto. No era tema. Había un desconocimiento desde el centro, desde la ciudad, hacia allá. Ponciano me acompañó a terreno, y yo empecé a trabajar con los fonemas, que son los sonidos de la lengua. Y en eso hice mi tesis.

Visitamos a mucha gente, en ese tiempo todo era caminos de barro, de tierra. La gente me recibía muy bien, eran muy agradables, hasta el día de hoy. Ellos son muy cariñosos en su hogar. Pasaron cosas bien especiales. Por ejemplo, una vez llegué donde Anselmo Nuyado, que es muy conocido. Y años después él me contó que se había esforzado más en estudiar su idioma. Se dijo que cómo una winka andaba preocupada del idioma y ellos no. Y eso para mí es importante, porque de alguna manera siento que iba reuniendo algo en esa zona.

Mientras estudiaba los fonemas, los fonos y los alófonos, iba escuchando historias, y me fui dando cuenta de que había un mundo completamente desconocido, que celebraban ceremonias, el nguillatún, que había relatos que no conocíamos acá. El relato Huentellao era conocido en esa época solo por los mapuches. Me acuerdo que había una persona mayor con quien trabajaba, don Jacinto Aucapán, que se murió hace años, creo que fue el primero que me contó el relato de Huentellao con más detalle, pero me hizo prometer que no me iba a reír. Y junto con eso me contaba cosas sobre las cuales yo no puse tanta atención. Por ejemplo, que le había tocado viajar a Santiago a entrevistarse con el ministro por los problemas de tierra. Pero yo estaba haciendo lo que tenía que hacer, y los relatos sí me interesaban, por mis estudios en Literatura. No me focalicé en el tema territorial, no lo entendí muy bien, porque se salía mucho de mi área de investigación. Tendría que haber tenido las herramientas para saber investigar históricamente, y no las tenía.

Después, en el noventa, junto con la democracia, aparece CONADI y tienen que desarrollar la educación intercultural y nadie sabía de eso. Y desde CONADI nos pidieron a mi colega Amilcar Forno (antropólogo) y a mí si podíamos ayudar. Yo les dije: «Yo soy lingüista, no soy educadora, no es mi línea». Pero no había nadie. Entonces empezamos a leer, a trabajar en eso, hicimos unos proyectos piloto y nos fuimos metiendo mucho más

en el tema. De allí saltamos a la educación crítica. Después me dediqué al análisis del discurso. Tuvimos mucho contacto con los argentinos, los invitábamos. Y desarrollamos una serie de proyectos distintos entre lingüística y educación.

El primer grafemario mapuche más conocido vino de la Sociedad Chilena de Lingüística, donde estaba María Catrileo, Adalberto Salas, en fin. Era una propuesta muy cercana a lo pedagógico para que los niños no se confundieran con la pronunciación de los sonidos. En esa comisión estaba el profesor Ranguileo, quien se opuso a la creación de este grafemario argumentando que se iba a castellanizar el idioma. Y él creó su propio grafemario que fue muy distinto, y a partir de entonces han salido muchos más. Esto demuestra que una propuesta tan técnica al final siempre es política. Estos signos igual llevan una posición. Si tú escribes TR, TX o X, estás parado en un lugar distinto. Por eso la discusión ha sido larga, pero creo también que hoy en día se está entendiendo que va a decantarse solo, de a poco, en los mismos escribientes. Van a ir usando un grafemario u otro de mayor preferencia.

La lengua mapuche estaba en decadencia, cada vez había menos hablantes y eran todos mayores. Me acuerdo que hicimos un proyecto Fondecyt sobre actitudes lingüísticas y vimos que había una tremenda diferencia de actitud positiva hacia la lengua entre los mapuches mayores, hombres y mujeres, y los jóvenes de 18 a 30 años, que no querían hablar la lengua porque encontraban que no servía para nada. Y yo creo que eso ha cambiado totalmente. Los jóvenes han asociado la lengua al tema político, comprenden que allí hay una diferencia, la están reivindicando y han tomado el tema en sus manos. Ellos son sus propios investigadores y son los que más saben.

Lo que yo hice fue dar cuenta de la gramática y de la fonología. No me dediqué a aprender a hablar la lengua completamente, sino una comunicación mínima porque no eran muchos los hablantes y estaban lejos. No había oportunidad de hablar con ellos. Ellos me mostraban su lengua y yo analizaba los elementos gramaticales, que contrastaba con el mapuzungun.

Sin embargo, yo no hablo chezugun: una cosa es ser capaz de describir una gramática y otra es la habilidad para hablar el idioma. Lo que estaba

quedando acá en ese momento era una comunicación básica. Y eso ha cambiado mucho.

La memoria dolida

Los padres trataron de proteger a sus hijos, porque ellos antes vivieron mucha discriminación. Hay un capítulo que publicamos en la Universidad Católica de Temuco años atrás, donde hablábamos de la memoria dolida, porque encontramos en algún momento que las educadoras mapuches en las escuelas tenían como objetivo que a esos niños no les pasara lo que a ellas les había pasado: castigos físicos, castigos muy dolorosos de discriminación. Por un lado, una generación deja de hablar para que los chicos no sufran eso, porque las marcas con las que los niños llegaban a la escuela eran de lenguaje, de fenotipo, y obviamente costumbres, tipos de comida, tipos de ropa...

Por ejemplo, una chica me contaba que tenían calzones de carro, como les dicen ellos, que son tejidos a telar, y se tapaban entre ellas para que no las vieran... Hay otro relato que me impresionó mucho, de una educadora que me contó que no tenía tanto dolor por lo que ella había vivido, sino porque no alcanzó a prevenir a su hermanito que cuando llegó a la escuela la profesora lo hostigaba diciéndole: «Y tú, que comes esa porquería», cosas de ese tipo. Ella vio con dolor sufrir a su hermano más pequeño. Y hay relatos muy dramáticos, con mucha injusticia.

Cuando escribimos ese artículo sobre la memoria dolida, fuimos a hablar con la gente a San Juan de la Costa. Yo me llevaba muy bien con las mujeres, conversábamos horas. Una de las cosas que quiero hacer es volver, pero no como investigadora. Yo he creado fuertes lazos. La lingüística dentro de las humanidades es la disciplina más científica. Pero cuando vas al campo de terreno, tú afectas al campo y el campo te afecta a ti. Algo cambia en tu vida. Y a mí claramente me pasó eso. Descubrí un mundo que no sabía que existía, que era ignorado, desacreditado, y todo lo que sabemos. Y vi cómo ellos luchaban por mantener sus tierras y por ser ellos mismos.

Hortensia Aucapán es una viejita con la que caminábamos. Yo sé que ella quiere verme y yo quiero verla a ella. Las caminatas también te entregan y yo creo que eso forma parte de una investigación más humana y recíproca. Tú me conoces, yo te conozco y nos encontramos como mujeres con muchas cosas en común. Yo creo que eso transforma el modo de la científicidad.

Eso entra más en un lenguaje de ensayo que en un lenguaje académico. Yo orienté mi escritura de la lingüística mucho más hacia el ensayo. Empecé a escribir en primera persona y a enfocarme en las emociones de los encuentros.

Proyectos y escrituras

No hay una respuesta única para pensar hoy en día la educación intercultural. El primer proyecto en el trabajamos fue porque todos hablaban de la educación intercultural bilingüe, pero sentíamos que hablaban de cosas distintas al referirse a un mismo concepto. Entonces partimos por averiguar qué era para los maestros la educación intercultural. Me acuerdo que tuvimos muchas respuestas. Con una profesora hablábamos de la escuela como maquillaje. Había quienes decían: «Aquí a los niños nosotros los vestimos bien bonitos y cantan canciones como caballito blanco en mapuche», con muy buena intención, con la idea de colaborar para que no sean discriminados, pero arreglándolo, maquillándolo para que se vieran presentables.

También todavía está la idea de ver la escuela como una institución que se autosustenta económicamente con subsidios. Entonces muchos proyectos que se hicieron en escuelas eran para conseguir dinero. Lo que no aparecía en esa época o aparecía poco era el concepto de lo político. Entonces con los argentinos empezamos a trabajar en esa línea: entender que cuando educas no hay neutralidad. Eso ha ido cambiando, porque en las últimas investigaciones que alcancé a ir de un proyecto con la Católica conocí a unas educadoras con un discurso claro, y respiré tranquila. Es decir, saben para qué están educando.

Ahora esto varía dependiendo de cada escuela. Estaba escribiendo un texto con unas colegas sobre la pedagogía de la interculturalidad acá en la Región de Los Lagos, y cuentan cosas muy diversas. Por ejemplo, en Puerto Montt el profesor tiene que decir que los mapuches existen, y tiene que comprobarlo. Mientras que en otras zonas los chicos hacen nguillatun, que es una reunión que permite la cohesión y la solidaridad del grupo, así como el idioma, van conformando el sentido de nación, de pueblo, ya no de etnia.

Y eso parece que ya está sucediendo, con mi amiga Elisa Loncón. Por ahí tengo una frase de despedida que ella me escribió en la cocina, que se puede traducir como: «Que te vaya bien con tus sueños». Está hace años y no la he borrado. Estábamos conversando en la cocina un día y lo escribió.

Entrar al aula

En aportes de educación, Katherine Walsh ha sido mi referente de todas maneras, y también el contacto con investigadoras argentinas como Ana Alves, que no son tan conocidas, no son las jefas, pero hacen ese trabajo diario. No tienen grandes puestos. No es esa su búsqueda. Y ese tipo de investigadoras me interesan mucho.

En todo caso, siempre he trabajado más con hombres que con mujeres, porque en mi época había más hombres que mujeres. Se nos hacía más difícil la pega. Esperábamos que los niños se durmieran para trabajar.

Hay una mujer brasileña que me gusta mucho, Sandra Corazza. Su estilo tiene que ver con romper los límites clásicos de la escritura científica. Y sin embargo acarrea un enorme conocimiento. Porque uno tiende a pensar que conocer solo se puede dar a través de este método científico clásico. A veces tengo que leer sus artículos muchas veces para entenderlos. Son complejos. Tiene frases que se me quedaron grabadas y que influyeron mucho en mis posturas, por ejemplo, que la profesora no entra aséptica al aula. No se desliga en el aula de su mochila, de su historia, de sus vivencias, y ella sabe y se conoce a sí misma, es consciente de ello y provoca discusiones, lo cual va en contra de esta educación de la maestra

que enseña valores que son de ella pero no tienen por qué ser los del otro u otra. Cada uno forma sus valores y las situaciones son distintas. Entonces hacen de la clase ciertas discusiones donde el fin es entender ciertos temas. Por ejemplo, hay una unidad sobre el amor. ¿Qué es el amor? Entonces ven telenovelas, leen poemas, preguntan en sus casas, investigan sobre el amor. Se preguntan a sí mismos y los mismos niños y niñas se responden a sí mismos cómo ven el amor, y luego eso lo discuten.

Con estos ejemplos de clases, siento que la educación tiene un para qué, entonces sí: aprendes a leer, aprendes a pintar, aprendes a hacer cosas, pero todo eso es una herramienta para expresar, decir, comprender y vivir en el mundo. Y yo creo que la escuela es para eso. Sacar la idea principal es una técnica, no es una comprensión lectora real. El fin no es identificar las ideas principales y las ideas secundarias de un texto, sino entender qué te dice ese texto. Porque el texto te habla y tú le hablas al texto. Tiene muchos interlocutores.

CREADORAS/INVESTIGADORAS



Por DANIELA VERA PÉREZ (AUCAR, CHILOÉ, 1989)

Arquitecta, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.
Magíster en Arquitectura y Diseño mención Ciudad y Territorio,
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.
Académica del Departamento de Arquitectura, Campus Puerto Montt,
ULagos, Chile.

Cuestión de perspectiva

Crecí en una pequeña localidad rural de la comuna de Quemchi en el Archipiélago de Chiloé, razón por la cual tuve la fortuna de ser educada en casa durante mi primera infancia. Los aprendizajes que más atesoro están vinculados a esa experiencia de vida en la ruralidad, muy lejos de la educación tradicional. Cuando veo a mi infancia pienso en esa libertad que se tiene cuando se crece lejos del sistema, cuando jugar, imaginar aventuras y descubrir nuevas fronteras era parte de la vida cotidiana en ese campo que me parecía interminable.

Explorar fue siempre parte de ser niña, actividad que compartía con mi hermana, que además era mi única amiga. Educada en casa y viviendo en medio del campo, si peleaba con ella, me quedaba sin amigos. Ponerse botas de goma y traje de agua para salir en medio de la lluvia o la nieve para recorrer la pampa, hacer excursiones a la isla, la arboleda, la toma, la cabaña, el estanque o estar con las ovejas, implicaba una gran aventura que, sumada a la noción distorsionada del tiempo y el espacio propias de la infancia, parecía eterna. Lo mismo ocurría con los frutos de la tierra que crecían en la huerta de nuestra casa: me costaba dimensionar que la naturaleza tuviese ciclos tan largos, cuando la vida en el campo está marcada por esta medida del tiempo, tan distinta de la que se tiene en las ciudades.

Esta forma de vida hizo que desde muy pequeña aprendiera a observar, a mirar con atención, con todos los sentidos, más allá de lo que es posible ver con los ojos. Recuerdo que tenía una obsesión con recolectar hojas, piedras, conchitas, crustáceos, insectos. Imaginaba que eso era lo que hacían los grandes científicos, que también eran aventureros y recorrían el mundo buscando cosas. Y yo quería hacer eso: recorrer el mundo buscando cosas.

Mi casa siempre ha estado llena de libros de ciencias, y con ellos fui creando mi noción de mundo. Recuerdo hojear una y otra vez *Biología* de Claude Villee y *Evolución* de Jay M. Savage, no por las materias que por supuesto no entendía, sino por las fantásticas ilustraciones de animales raros. También había libros y enciclopedias para niños, muchos de los cuales conservo hasta el día de hoy y me siguen fascinando con sus historias e ilustraciones, como *Los Cuentos de los Bambalinos* de Anne-Marie Chapouton y Gerda Muller, y los escenarios loquísimos e improbables de Martin Handfore en *¿Dónde está Wally?*

Otro elemento que atesoro de mi infancia es el juego. Juegos para armar y desarmar, como mi primera casa de palo con todas sus piezas (tornillos y tablas de madera), y más tarde los set de Lego, con sus planos y piezas de todos los tamaños en brillantes colores, que me sirvieron para impulsar mi creatividad, pues no se trataba solo de armar algo, sino de una multiplicidad de posibilidades para crear cosas diferentes en un juego que ya no tenía reglas. Descubrí que crear era un juego sin instrucciones

donde podías combinar piezas, modificar e intercambiar elementos, y de lo dado crear algo nuevo.

Otra fascinación que tuve fue un microscopio. Sí, un microscopio de verdad, con tubos de ensayo y placas de vidrio para observar las muestras. Era fascinante lo que podía verse a través de ese lente, descubrir un mundo infinitamente más pequeño. Es curioso, pues siempre pensamos que la idea del mundo tiene que ver con lo que está afuera y es más grande de lo que conocemos, pero también hay un microcosmos camuflados dentro de lo que conocemos. Entendí que solo se trata de una cuestión de perspectiva, o como habría dicho en ese entonces, del lente con el que se mire.

Dar cabida al error

Yo tenía muchas habilidades manuales, pero tener eso no necesariamente implica tener creatividad. Ser creativa es una condición que te pone en una postura de pregunta ante el mundo, implica ser curiosa, imaginar respuestas a cosas que desconoces.

El pasatiempo de mi papá hasta el día de hoy es la construcción en madera, y yo desde chica tuve acceso a su taller y a todas las herramientas para construir. Y mi mamá creció en el campo con mis abuelos españoles que llegaron en el Winnipeg. De parte de mi mamá hay una herencia que tiene que ver con las labores de las mujeres del hogar, entonces desde chica aprendí a bordar, a tejer y son cosas que hago hasta el día de hoy. El dibujo y la pintura estuvieron desde siempre. En mi infancia siempre me sentí protagonista del proceso de aprendizaje, sin esperar que apareciera otra persona a enseñarme.

En mi caso, las clases de arte no fueron particularmente constructoras de este ser creativo, pues en gran medida se trataban de reproducción de técnicas, lo cual no constituía un desafío, no eran particularmente interesantes. En ese sentido, a mí siempre me costó la biología, y pude entrar en ella una vez que hice el cruce con mis habilidades gráficas. En vez de tomar apuntes empecé a dibujar mis materias para lograr entender cosas que eran más complejas: ahí operaba el desafío porque había una traducción de un lenguaje a otro.

En la enseñanza media, conocí a una profesora que sigue siendo una buena amiga hasta el día de hoy. Ella me hizo ver que el arte no se trata de reproducir técnicas o ejercicios, sino de desaprender y de dar cabida al error y a sus posibilidades. Con ella realicé mi primer encargo de croquis, que poco tenía que ver con la noción de dibujo que yo conocía, sino con algo que estaba allí oculto. Esto fue clave para poder abordar los muchísimos encargos de croquis y observación que más adelante tuve en la Escuela de Arquitectura.

Aún conservo mis primeras croqueras de aquella época, y de hecho desde ese momento dejé de usar cuadernos con líneas y cuadros, para reemplazarlos por cuadernos en blanco, descubriendo que mi lenguaje era la visualidad. Y así, buscando comunicar mi ser creativo, descubrí la fotografía con la cámara analógica que había sido de mi papá cuando era joven. De manera muy intuitiva y autodidacta, comencé a hacer mis primeros ensayos fotográficos. Y entonces lo autodidacta se transformó en mi forma de aproximarme a las artes en general, desde la curiosidad, la experimentación y por supuesto el error.

Uno de los mayores descubrimientos que he realizado mirando mi propia historia, que intento transmitir en cada oportunidad que tengo de enseñar a otros, particularmente a niños y niñas, es que no hay aprendizaje más valioso que aquel que descubres por ti misma. Esa experiencia se aloja profundamente en la memoria y se vuelve significativa.

Los procesos de creación y de investigación tienen mucho de experimentación y de cometer errores, que son los que te llevan a descubrir algo significativo. Creo que una de las cosas fundamentales en todas las edades y contextos educativos es valorar el proceso más allá del resultado: la exploración, la experimentación, el juego y la comunicación, pues todo ello te conduce a desarrollar una perspectiva propia de apreciación de las cosas.

Nuestra historia personal es la fuente de toda creatividad, porque en ella están contenidos todos nuestros errores y aprendizajes, y eso es lo que nos hace ser seres creativos, originales, únicos e irrepetibles.

Amereida, el primer salto de muchos

Salir ahí afuera es un impulso que he sentido de niña, y saltar a lo desconocido un acto de determinación, donde equivocarse es una posibilidad que asusta, pero le temo aún más a una vida estática. Cultivar la creatividad implica tener inquietudes y estar en constante búsqueda de nuevos horizontes, lenguajes y desafíos, no por nada se acuñó el concepto del pensamiento *out-of-the-box* como una cualidad de quienes piensan creativamente o innovadoramente.

Valparaíso fue y sigue siendo para mí una ciudad fantástica, donde cada esquina y recoveco es diferente del anterior: dinámica, bohemia y nostálgica, como la describen poetas y cantores. A los 17 años ya habían sido varios los profesores que me habían comentado que el único lugar donde alguien como yo podría estudiar era en la Escuela de Valparaíso también conocida como La Escuela de Amereida.¹⁵

Sin duda mi paso por allí marcó no solo mi formación profesional, sino también mi vocación social y mis inquietudes artísticas, al ser parte de una experiencia universitaria muy particular que entendía el hacer escuela como un acto colectivo que se extendía más allá de las paredes físicas de la casona y que implicaba mucho más que asistir a clases, pues se trataba de construir una identidad común.

Estudiar arquitectura dejó instalada en mí una herencia donde reconozco tres dimensiones que han sido fundamentales en mi quehacer como creadora, gestora, académica e investigadora. La primera es la capacidad de observar, entendiendo en simples palabras que se trata de un acto sensible de apreciación de las cosas, necesario para poder comprender los fenómenos que nos rodean en su real magnitud, belleza y complejidad. Fueron miles los dibujos que realicé mientras estaba en la escuela, y otros miles los que he realizado fuera de ella. Sin embargo, hasta el día de hoy mi mejor herramienta para la comprensión de las cosas, es tal y

15. Estos nombres hacen alusión a la Escuela de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, que se caracteriza por una aproximación poética y artística en la formación del oficio de la arquitectura y el diseño, siendo Amereida un poema que relata la aparición del territorio americano y que forma parte de los textos fundamentales de la Escuela.

como dejó por escrito uno de mis profesores: la observación se trata de un estado contemplativo que se alimenta del contexto y que permite el paso del conocer al reconocer.¹⁶

La travesía como acto poético radical

Una segunda dimensión tiene que ver con esta experiencia del viaje¹⁷ como otro tiempo-lugar que es posible habitar y que tuvo especial influencia en mi formación creativa, donde atravesar el continente americano era un acto profundamente poético, fundamental en el discurso arquitectónico de la escuela. Las travesías eran más que meros viajes de estudio, eran experiencias de aprendizaje significativo, donde se entraba en contacto con territorios y comunidades desconocidas, a veces incluso con otras lenguas, para establecer un vínculo de colaboración y aprendizaje que culminaba con la entrega de una obra construida por los estudiantes, cuyo proceso debía ser registrado en una bitácora o en un cuaderno de viaje.¹⁸

Con todos mis compañeros coincidimos en que estos viajes cambiaron nuestras perspectivas del mundo. El primer año fuimos en barco a Villa O'Higgins, que es el último punto de la Carretera Austral. El barco Aquiles zarpó de Valparaíso y fueron cuatro días de navegación para llegar al puerto de Cochrane. Desde allí nos fuimos en buses a Villa O'Higgins donde estuvimos 22 días con mis ochenta compañeros de escuela. El segundo,

16. Puentes, M. (2013). *La Observación Arquitectónica de Valparaíso: su periferia efímera*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, Chile. Pág. 30.

17. En la escuela de arquitectura se hacían travesías, y la primera que se hizo por América fue en los años setenta, cuando se refundó la escuela. Ahí se reunió un grupo de arquitectos, diseñadores, poetas y artistas, y esa fue la refundación poética de la escuela. Estas travesías ponen su foco en América Latina como un espacio que hay que reivindicar y redescubrir. Entonces en esta primera travesía se planteó atravesar América en auto desde el corazón de Tierra del Fuego hasta el corazón del Amazonas. La idea era ir parando y haciendo distintos actos poéticos.

18. Aún conservo como uno de mis mayores tesoros los cuadernos de viaje de mis años en la escuela, y a la fecha sigo llevando bitácoras de registro de todos los viajes que he realizado a los diversos rincones del continente.

fue a São João de Mísiões, en el interior del sur de Brasil. Allí fuimos a una de las ruinas de las misiones de los jesuitas, dentro de las zonas de los indígenas guaraníes. El tercero, fue la travesía más urbana que tuvimos porque fuimos a Río de Janeiro, donde nos quedamos en Lapa, el barrio histórico. Allí una escuela nos recibió a todos y nos alojaron en el colegio. Esa vez no hicimos obra pero nuestro fin era presentarnos a un concurso de arquitectura, desarrollamos varias propuestas y mi equipo fue seleccionado. Fue la travesía más turística, visitamos muchas obras, vimos los originales de Oscar Niemeyer, de Lina Bo Bardi, pudimos encontrarnos con ese aspecto monumental de la arquitectura que en Chile no tenemos tanto. En cuarto año, fuimos a Las Lástimas, que es un punto de reunión donde los arrieros celebran el día de San Sebastián, que está justo en el cruce de las Cordillera de Los Andes a la altura de Linares. Fue una travesía de cien caballos. Y como era muy rural e inaccesible, teníamos que llevar todos los materiales con mulas. Y en quinto año, volvimos a Brasil, a San Francisco del Sur, una comunidad pequeñita de la costa del Estado de Santa Catalina, nos quedamos en un camping y la sensación térmica era como de cuarenta grados. En un terreno baldío hicimos un escenario para celebrar fiestas comunitarias, justo al frente había una escuela básica y un jardín infantil, y fue muy lindo porque cuando le entregamos la obra a la gente, hicieron una fiesta con música en vivo.

Pensamiento proyectual

La tercera dimensión, que por cierto abarca a las anteriores y que he venido a valorar con mucha más distancia, es el pensamiento proyectual como forma intuitiva de abordar el proceso de creación, ya sea dentro de la disciplina o en cualquier otro campo, entendiendo con esto que nunca se deja de ser arquitecta, pues se trata de una forma de pensar y crear más que una de una profesión, y reconoce en su ejercicio un proceso de crecimiento que no se detiene y que se alimenta de nuestras experiencias.

Amereida es un discurso que no se agota, porque no está fundado en lo técnico, sino en una dimensión poética y simbólica, que con el tiempo adquiere nuevas lecturas. Esa es la gran herencia que recibí de la escuela.

Mis estudiantes son mis referentes

De mis amigas arquitectas aprendí que no hay que tener miedo de tomar decisiones para abrirnos el camino hacia lo que nos propongamos, y que pedir ayuda nunca está de más.

A su vez, al ser yo misma parte del proceso de formación de otras arquitectas, me veo constantemente reflejada en mis propias estudiantes, pues soy testigo de sus anhelos y expectativas, y también de sus temores y dificultades. Son mujeres que me inspiran día a día y de quienes he aprendido lo emotivo y maravilloso que resulta ver a una joven recorrer el camino para transformarse en arquitecta, creciendo en ellas la seguridad, la creatividad y la fortaleza para alcanzar sus objetivos.

Aunque a veces puede ser frustrante, porque para lograr ver el mundo de manera sensible hay que haber vivido ciertas experiencias, y hay tanta gente que no las ha tenido. Entonces ahí es cuando me pregunto qué se puede hacer para ayudar a desarrollar esas habilidades blandas que te permiten tener libertad de creación. Eso es lo que veo muchas veces, que los estudiantes están tan asustados con respecto a la nota, al error. He conversado en muchas ocasiones con amigos cercanos que se dedican al ámbito creativo y a la educación sobre cómo vivimos en una cultura donde el error se castiga, se ridiculiza y se minimiza. Y para mí el error es parte fundamental.

En los límites de la disciplina

Nunca he estado muy interesada en ejercer la arquitectura de forma tradicional, de hecho en la actualidad me resulta incómodo presentarme como una arquitecta, ya que constantemente estoy creando e investigando en los límites de la disciplina, donde he tenido la fortuna de colaborar con otras áreas que también son de mi interés. Tempranamente me aproximé a la investigación de los fenómenos urbanos más que en el diseño urbano en sí, como lo es el territorio y más recientemente el paisaje.

La necesidad de comprender la relación que estos temas tenían con las personas como sujetos activos y transformadores me condujeron a

trabajar en proyectos y procesos participativos donde tuve la fortuna de colaborar con profesionales de las ciencias sociales, pero también con diversos actores ciudadanos.

El trabajo con comunidades me llevó a reafirmar mi vocación social y a reconocer una habilidad para la gestión de proyectos, que combinado con las iniciativas culturales y el patrimonio me hicieron incursionar y desarrollarme como gestora cultural, generando proyectos en el ámbito de la educación patrimonial, las artes visuales y la arquitectura vernácula. En este ámbito aprendí a colaborar no solo con otros arquitectos y diseñadores, sino también con historiadores, antropólogos, conocedores populares, artistas, gestores, educadores, colectivos y representantes de organizaciones.

Por otra parte, en el ámbito de las artes mi interés está puesto en los nuevos medios de representación digital, el arte colaborativo, la editorial, la investigación y la educación artística, pues considero que son nuevas formas de producción de conocimiento y experiencias significativas basadas en la colaboración y cruce entre las artes y las ciencias.

El sueño del dragón

Mi afición de infancia por recolectar cosas con los años se transformó en una disciplina de hacer registro de los lugares donde he estado y las experiencias que he vivido. Mi archivo personal se compone mayoritariamente de dibujos, fotografías, grabaciones de audio, apuntes y diversos objetos que siempre reviso para hacer nuevas lecturas como herramienta de creación.

Si bien nunca me he considerado una artista como tal, sí me reconozco como gestora y facilitadora de procesos creativos. En este sentido, para mí el proyecto cultural es una herramienta fundamental, que por cierto tiene muchas formas de llevarse a cabo, y para ello combino varias técnicas, incluidas algunas enseñanzas que me dejó la metodología Dragon Dreaming para el diseño de proyectos colaborativos. En estricto rigor tiene que ver con invertir la pirámide tradicional que existe para formular los proyectos, que parten definiendo la misión, la visión, el objetivo general,

los objetivos específicos, las actividades y los resultados esperados. Lo que busca esta metodología es que todas las personas que participan de la formulación del proyecto sientan que sus sueños se cumplen. Es muy interesante porque lo que cambia es el paradigma de cómo se formula un proyecto.

Yo los aplico de la siguiente forma: en primer lugar, es importante idear de forma colaborativa, para lo cual es fundamental verbalizar la idea, comunicarla, compartirla, discutirla con otros, y tener humildad para recibir e integrar las observaciones y aportes, visibilizando también los roles o formas de participación. Luego para planificar resulta importante tener clara la problemática o necesidad del entorno al cual se quiere aportar. Para que los proyectos sean de retribución deben contemplar prácticas que conduzcan a la sustentabilidad. Aquí es fundamental identificar la red de actores y colaboradores, así como también los recursos y capacidades ya instaladas, integrándolos en la planificación. Al momento de ejecutar el proyecto, es necesario tener flexibilidad para poder adaptar o ajustar las actividades dependiendo de las circunstancias, aceptando que este es un proceso dinámico que nunca resulta como lo hemos planificado. En última instancia, pero no menos importante, siempre es necesario celebrar, disfrutar del proceso creativo, de la ejecución del proyecto con todas sus modificaciones, y atesorarlo como una experiencia transformadora para otros y también para una misma.

Algunos proyectos

Una de las experiencias que más atesoro fue haber sido parte de la puesta en marcha Pangea Fundación¹⁹, un colectivo de arquitectos radicado en diferentes zonas del norte de Chile, que buscaba poner en valor el patrimonio arquitectónico construido en tierra, así como también el conocimiento intangible asociado a las técnicas de construcción y conocimiento del territorio. Es así como entre 2015 y 2018 trabajé en diferentes proyectos

19. Ver portafolio de Pangea Fundación: Patrimonio y Hábitat vernáculo, en el siguiente enlace: https://issuu.com/danielaignaciavera/docs/dossier_pangea

de actividades formativas, a través de talleres prácticos de construcción patrimonial y de creación de murales participativa con revoques finos de tierra, una técnica de construcción tradicional que enseñábamos a diferentes grupos para desarrollar una intervención en espacios públicos gestionados por la comunidad. Este último proyecto fue replicado en diversas localidades rurales de la zona centro y norte de Chile así como también en el extranjero, y me trajo de vuelta a Chiloé donde inicié el colectivo Madero Mural²⁰, enfocado en las experiencias lúdicas y de creación con niños y niñas para la transferencia de valor patrimonial local.

Otra experiencia relevante en mi proceso profesional fue haber sido parte del programa de Centros de Creación, CECREA, del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, donde me desempeñé por algunos años como facilitadora de laboratorios creativos²¹ en el área de tecnología. Allí tuve la oportunidad de acercarme a la gestión y diseño de experiencias lúdicas basadas en una metodología que tenía como eje central la experimentación y la creación, aprendiendo con ello que muchas veces el proceso es más valioso que el producto, pues la experiencia de aprendizaje es el objetivo de la actividad.

Cuadernos del quehacer

He estado desarrollando en equipo, el proyecto expositivo MuestrARQ (Muestra Anual de Proyectos de Arquitectura ULAGOS)²² y el proyecto editorial *Cuadernos del quehacer*, con el que hemos adjudicado recientemente el Fondo Nacional de Libro y la Lectura. Se trata de una iniciativa que contó con el apoyo de varios académicos del Departamento de Arquitectura.

20. Ver portafolio del colectivo Madero Mural en el siguiente enlace: https://issuu.com/danielaignaciavera/docs/dossier_madero_mural

21. Ver portafolio de selección de proyectos realizados en CECREA en el siguiente enlace: https://issuu.com/danielaignaciavera/docs/dossier_cecrea_2018

22. Ver VI Muestra Anual de Proyectos de Arquitectura ULAGOS, MuestrARQ 2021 en: <https://arquitectura.ulagos.cl/>

Se produce tanto material en la Escuela de Arquitectura que no queda en ninguna parte. Entonces este proyecto nace del interés de tener un registro del proceso creativo de los estudiantes, y la idea es que cada año se puedan editar algunos volúmenes. Cada cuaderno tiene una temática, por ejemplo, el Cuaderno 1 es el catálogo de la *MuestrARQ*, el Cuaderno 2 es el Dossier del taller profesional de quinto año, el Cuaderno 3 son todos los proyectos de título que se han finalizado desde que la Escuela de Arquitectura se trasladó al Campus de Puerto Montt.

De forma paralela, uno de los temas que ronda mi interés actualmente es el paisaje cultural, los intersticios y espacios de encuentro entre diferentes tipos de información tangible e intangible, y las realidades subjetivas como espacios para el relato o la creación. En esta línea, me encuentro desarrollando un proyecto de investigación y creación artística que explora las representaciones multimediales, donde he colaborado en investigaciones breves sobre patrimonio cultural con el arquitecto Edward Rojas (Premio Nacional de Arquitectura 2016). También dicto anualmente el módulo «Paisaje cultural y Desarrollo sostenible» en el Diplomado de Comunicación, Territorio y Gestión Cultural²³ orientado a agentes culturales de la región de Los Lagos, y he generado una colección de registro de cerca de una veintena de bitácoras de mis travesías por América en torno al viaje como experiencia estética.

Creación autodidacta

Quizás para muchos el arte y la creación son campos que les competen únicamente a los artistas. Pero ¿quiénes son los artistas? Para mí, artista es quien piensa creativamente, y creación es un campo de experimentación y posibilidades que contribuyen de manera importante al desarrollo del conocimiento, donde además hay muchos actores involucrados. Por ello no me es posible visibilizar al artista como un genio creador apartado

23. Programa de formación continua desarrollado desde 2019 gracias a una alianza entre la Universidad de Los Lagos, el Instituto de Imagen de la Universidad de Chile, y la Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de la región de Los Lagos.

de su contexto y encerrado en su proceso individual. Creo que estamos viviendo global y localmente procesos de transformación y de cambio donde los lenguajes artísticos no pueden estar desvinculados del acontecer circundante, y para responder a ello, quienes nos desenvolvemos en las áreas creativas deberemos considerar algunos parámetros éticos generales.

En primer lugar, me parece fundamental contribuir a que distintos sectores comprendan que la educación artística no está relacionada únicamente a las clases de artes visuales. La educación artística como método centrado en la experimentación, la creación y el aprendizaje por descubrimiento, lleva a la comprensión profunda de aspectos complejos del conocimiento que difícilmente pueden ser abarcados por medio de métodos más tradicionales.

Junto con ello, me parece muy relevante contribuir a la democratización del acceso a la cultura y las artes por parte de todos los sectores de la sociedad. Disminuir la brecha cultural implica flexibilizar los lenguajes y desarrollar estrategias y métodos de mediación para que quienes se sienten ajenos comiencen a sentirse incluidos. Por otra parte, es necesario comprender que las áreas creativas no solo contribuyen al desarrollo social desde un ámbito simbólico, sino también desde un aspecto económico, donde el sector creativo puede contribuir al desarrollo de los territorios.

Finalmente, no es posible desconocer que el quehacer artístico y creativo dan cuenta de un parámetro político, sobre todo en el actual contexto de crisis social, que se suma a la crisis económica y ambiental, donde resulta necesario hacer arte y abrir procesos creativos para contribuir en alguna medida a avanzar en soluciones democráticas y sostenibles. Esta es quizás también una de las características que más valoro en los creadores, gestores y facilitadores culturales, que sienten una responsabilidad con la sociedad y con las comunidades, haciendo ver que el arte y la creación no son espacios de privilegio, sino un medio para la transformación y la equidad social.



POR MARÍA JOSÉ PAGLIERO CARO (CONCEPCIÓN, 1979)

Arquitecta, Universidad del Bío-Bío, Chile.

Magíster en Hábitat Sustentable y Eficiencia Energética,
Universidad del Bío-Bío, Chile.

Académica del Departamento de Arquitectura, Campus Puerto Montt,
ULagos, Chile.

Diversidad de influencias

Crecí en Concepción, en una familia de ingenieros, matemáticos y súper mateos. Teníamos mucha cercanía a la familia de mi madre, por un tema de proximidad (la familia de mi padre vive en Santiago) y también porque son una familia inmensa, de muchos hermanos, tíos y primos, todos muy achocados. La familia de mi abuela materna es —o era, ya que ahora estamos todos dispersos— muy unida, pero también muy exigente en lo que se refiere a las reuniones familiares, vacaciones y celebraciones. No podías faltar a ningún evento porque te miraban feo. Incluso cuando los

de nuestra generación empezamos a pololear o a carretear debíamos llevar a nuestros invitados a las celebraciones.

Menciono lo anterior, para contar que tenía como referentes cercanos a todos mis tíos, mi mamá y mi papá también, que venían del mundo de las matemáticas y la ingeniería. Sin embargo, a mi abuela, de profesión contadora y ocupación dueña de casa, le encantaba cantar y bailar, tenía una voz grave y muy bonita, y los juegos con ella siempre incluían cantos. Mi tía Karen, también canta y tiene una tremenda voz, y era la que animaba todas nuestras vacaciones familiares con su guitarra. Ella estudió Arte en la Universidad de Concepción, y cuando tenía veinte y yo ocho años, y la veía llegar de la universidad y realizar todos sus trabajos de arte. Tenía todo tipo de materiales: reglas y moldes de distintos tipos, pinturas, tintas, pinceles, greda, libros de arte y diferentes tipos de papeles. Me encantaba todo lo que hacía. Siempre admiré su enorme talento para lo artístico. Ella además es muy sabia y con una mente muy racional. Mi abuela y mi tía también tejían y hacían todo tipo de manualidades. Mi hermana y mi papá son ingenieros. Pero mi papá fue siempre un poco como Giro Sintornillos, arregla todo a medias, de forma súper creativa y también dibuja muy bien. Y mi hermana es metódica y responsable, así que los trabajos de arte del colegio, siempre eran muy buenos. Ella es más ordenada y tiene mejor caligrafía que yo, así que siempre me cooperó en las láminas y presentaciones gráficas tanto del colegio como de la universidad. Creo que mi papá también aportó en que me gustaran tanto las plantas y la naturaleza, y eso tiene un gran vínculo con mis estudios de postgrado y especialización.

Una artista matemática

De chica descubrí la danza y aún la practico, y cuando ingresé a la carrera de Arquitectura me sirvió bastante para la comprensión del espacio y sus relaciones. Al final la arquitectura también se basa en gestos que pueden ser similares a los gestos corporales, posturas, movimiento y proyección.

Desde niña siempre me interesó todo lo referente al arte: la música, la pintura, la cerámica, la danza, la naturaleza y la representación que

puede hacerse de ella. Y de todos mis hermanos y de todos mis primos maternos, siempre he sido la que tiene mayor diversidad de intereses y actividades. Siempre estoy haciendo algo, metida en algún proyecto. Eso está muy vinculado a los procesos creativos, pero al menos en mi caso, como mis intereses son muchos y muy variados, siempre me ha costado concretar. En relación a la danza he pasado por todas, ballet, flamenco, árabe, contemporánea y moderna, que es la que practico hoy en día. También quise estudiar piano, pero no había recursos para eso.

Además creo que es importante destacar que somos una familia muy lectora, todos leemos mucho desde pequeños. A mi mamá siempre se le ve con un libro en la mano, incluso cuando cocina (no sé cómo no se accidenta), así que la parte de investigación tan necesaria para cualquier proceso creativo se justifica por ahí.

Cuando llegué a tercero medio, ya tenía más o menos definido que quería estudiar Arquitectura, porque era la carrera que integraba de forma perfecta las matemáticas y el arte. Aunque también rondaba la idea de ser bailarina, quizás para eso me faltó valentía, porque tenía que irme a Santiago y nunca me lo planteé de forma seria. Creo que la parte intelectual y universitaria tuvo un peso grande en mi infancia, no se mencionaba ni se exigía a nadie (cada uno era responsable de sus actos y de sus estudios de manera individual) pero estaba implícito. Mi mamá y mi papá trabajaban en una universidad y frecuentemente había invitados universitarios a comer: profesores chilenos y extranjeros. Mi papá se ganó una beca para estudiar un doctorado en Francia, así que cuando estaban recién casados, mis padres se fueron a vivir a Grenoble y estuvieron cuatro años allá; por lo tanto estos invitados casi siempre hablaban en francés.

Al significar la carrera de arquitectura como arte y matemáticas, creo que no estaba tan equivocada, porque la arquitectura es justamente eso: la creación a partir de la técnica. No tenía una idea exacta de cómo era, pero cuando entré me fui enamorando de todas mis clases y de todo lo que me enseñaban y obviamente de la vida universitaria que es una muy buena etapa: eres lo suficientemente grande como para hacer lo que se te ocurra, conducir tu vida y tus días, pero no tan grande como para tener responsabilidades serias. Aunque debo señalar que hay que tener

claridad y hertas ganas para entrar a estudiar a Arquitectura, porque es una carrera muy exigente, de mucho trabajo, que la mayoría de las veces involucra procesos creativos y como no hay períodos de tiempo programados, representa un desgaste físico y emocional fuerte.

A mitad de carrera, me vi tentada por cambiarme a Diseño Industrial, que se dictaba en la misma universidad, pero después lo pensé mejor y buscando un poco descubrí que hay arquitectos-mueblistas, arquitectos-que-hacen-lámparas, arquitectos-pintores. La verdad es que la carrera de Arquitectura es muy completa y versátil, te enseña de todo un poco: arte, ingeniería, cultura, historia; te da herramientas para desarrollarte en diversos ámbitos.

Aportes a la sociedad

Creo que ahora, como profesional, he tenido la suerte de vincular bastantes intereses: la forma, el diseño, lo social y la naturaleza. Y actualmente también puedo compartir mis intereses con mis alumnos, aprendiendo de ellos, además de investigar soluciones para un mejor habitar a partir de la naturaleza y el territorio; ya que luego de arquitectura me especialicé en temas relacionados con el medioambiente y energías limpias.

Uno de los problemas más contingentes e internacionales es que estamos alterando los ciclos naturales, biológicos y climáticos. Debemos preocuparnos por comprender las diferencias, las cualidades y oportunidades de nuestro territorio, para vivir mejor, para ser menos dañinos, para alterar de la menor manera posible nuestro ambiente, que es donde nos desenvolvemos. En la Región de Los Lagos tenemos una gran oportunidad porque es muy extensa territorialmente y tiene bastantes recursos medioambientales que se pueden aprovechar. Tenemos agua, tenemos bosque, tenemos sistemas de biodiversidad que podemos trabajar para conservarlos, tenemos personas que todavía se dedican a los oficios, y eso es algo que hay que preservar para que no se acaben los conocimientos ancestrales relacionados con la naturaleza. Como Universidad de Los Lagos también tenemos una gran oportunidad porque la mayoría de nuestros estudiantes son hijos de personas que trabajan en oficios territoriales: hijos

de pescadores, de buzos, y es algo que podemos aprovechar y potenciar, más que para crear más que mejores, para formar a mejores ciudadanos.

A pesar de que la mayor parte de mi trayectoria está relacionada con la arquitectura social (es decir, en barrios vulnerables) y el servicio público, mientras estudiaba mi magister una profesora mencionó que ella misma se había preguntado: ¿cuál es mi aporte?, ¿cómo le devuelvo la mano a la buena vida que me ha tocado? Esto me hizo mucho sentido, ya que es cierto, a veces es más fácil entender el aporte de un profesional de la salud o de un profesor rural que se saca la mugre yendo a su escuela, que del resto de las profesiones u ocupaciones, por lo tanto yo me hice la misma pregunta: ¿Cuál será mi línea de aporte real a la sociedad?

Antes, cuando diseñaba para los barrios vulnerables, siempre traté de dar lo mejor de mí, y de darles a las personas lugares bellos y de calidad, donde se sintieran orgullosos; creo que en varias oportunidades lo logré, aunque siempre me tocó luchar contra prejuicios de que a las personas de bajos recursos hay que darles lugares antivandálicos y durables, por sobre lo bello, priorizando materiales como el acero y pavimentos duros en vez de los materiales nobles e identitarios como la madera. No es así. Los arquitectos también tenemos que ser un poco asistentes sociales.

Mientras cursaba mi magister, al momento de realizar mi tesis, fui mamá y eso me hizo descubrir el mundo increíble de los niños, su vulnerabilidad y extrema capacidad para desarrollarse y aprender. Entonces pensé: ¿Cómo a través de la arquitectura sostenible puedo ayudar a los niños, que son nuestro futuro? Esta pregunta me hizo conducir mi tesis hacia el tema de la iluminación natural en la arquitectura, relacionada con el desarrollo cognitivo y el bienestar de los niños. El sol también es un recurso natural de nuestro ambiente. Y nosotros como humanos naturales, al igual que todos los seres vivos, nos regimos por sus ciclos. Tenemos ciclos diurnos y nocturnos. Nos despertamos y nos dormimos en relación al ciclo de la rotación de la Tierra. Nuestra activación cerebral y hormonal también se rige por la luz del sol, por lo tanto este parámetro no debiese estar nunca ajeno a nosotros como humanos porque, además de culturales, somos naturales, somos organismos vivos. Nuestro desarrollo cognitivo se rige por los ciclos circadianos que dependen de la luz del sol. La depresión y el estrés también tienen que ver con la falta de luz. Ahora

con la pandemia y el encierro la gente que no ha tomado luz del sol tiene déficit de vitamina D y eso conduce al mal funcionamiento de hormonas como el cortisol y la melatonina. Y en relación a los niños hay estudios que dicen que la luz del sol ayuda al aprendizaje, que descubren a partir de la observación, y además los niños como humanos son mucho más cercanos a estos ciclos naturales, por lo tanto ellos debiesen funcionar únicamente con luz natural y no artificial como sucede ahora. Cuando comencé este trabajo, las parvularias me decían: «cuando está nublado o va a llover los niños andan muy inquietos». Los niños presienten mucho más que nosotros los cambios climáticos, por la luz y por la presión atmosférica, y eso comprueba que están mucho más vinculados a estos ciclos naturales, que los adultos que nos vamos alejando cada vez más. Hay muchos estudios de educación y arquitectura sostenible desde básica, pero no hay pocos de la etapa preescolar. La luz natural es la única que te permite reconocer todos los objetos y los colores realmente como son. No hay ninguna luz artificial que reemplace la realidad.

Se dio la sincronía de que la universidad donde hice mi magister tenía mucha experiencia en edad escolar, mi hija en ese entonces tenía un año y yo estaba leyendo un libro de María Montessori, además de siempre estar vinculada al tema social, enfoqué mi estudio en jardines de la JUNJI, que es educación pre-escolar.

Nuestro entorno es arte

Las clases de arte en mi colegio las hacía una profe de apellido Rodríguez. A mí me gustaban mucho, porque nos enseñó distintas técnicas de arte, desde el puntillismo, collage, perspectiva, máscaras de papel couché y grafito. La verdad es que nunca cuestioné si era la mejor manera de enseñar el arte, quizás a ella le faltó un poco de creatividad en la aplicación de técnicas. También tenía otro profesor de pintura al óleo, que era bastante talentoso en lo que enseñaba. Él se encargaba de graficar las revistas, afiches y publicaciones del colegio. La verdad es que también pasé por todos los talleres extraprogramáticos de arte que ofrecía el colegio: pintura al óleo, cerámica en frío, arcilla, ballet; y de forma particular, desde los siete

años, comencé a tomar clases de danza, las que dejé mientras estudiaba arquitectura, porque lamentablemente no me daba el tiempo. En el colegio intenté también con deportes, pero era muy, muy flaca y poco aguerrida: claramente no iban por ahí mis talentos. Me fui quedando con lo artístico.

Creo que hoy además de la técnica, el arte o cualquiera de sus manifestaciones deberían enseñarse a través de la observación. Todo nuestro entorno es arte, nuestro territorio, la naturaleza, las plantas, el viento, la luz, nuestro barrio, los sonidos y olores, todo puede ser pensado como arte y de creación. Incluso nuestras vivencias, ilusiones o recuerdos, nuestras alegrías y dolores podemos plasmarlas o manifestarlas a través del arte. Cualquier proceso creativo involucra la esencia de uno mismo, es por eso que duele tanto cuando no nos va bien en esto. Las personas aprendemos mejor si lo que estamos haciendo surge de nosotros mismos o de nuestro entorno. El arte o una obra de arquitectura es capaz de transmitir y comunicar, es un lenguaje. La carrera de Arquitectura se basa mucho en la observación y el entendimiento de lo que nos rodea. Un buen arquitecto debe ser un buen observador y debe entender para dónde será su diseño de arquitectura (lugar y territorio), para quienes (usuario e historia) y para qué (uso).

Algo importante de mi formación como arquitecta y que es parte de mi proceso creativo en otras áreas fue la enorme importancia que mis profesores de carrera le daban a la observación, al entendimiento del entorno, de las personas, y al estudio del tema que estábamos diseñando (escuela, aeropuerto, parque, vivienda, edad del usuario).

Exigían mucho tiempo y dedicación a la comprensión del entorno a través de la observación; de ahí salen las ideas y conceptos de los diseños de arquitectura. Todos mis diseños y proyectos de otras áreas del arte y la investigación siempre consideran un periodo previo de observación y estudio. En general los arquitectos nos pasamos la vida mirando, observando y descubriendo. Esta observación también se basa en sensaciones: ¿Qué sentimos en un determinado lugar? ¿Qué nos dice? Afortunadamente en mi escuela de arquitectura se viajaba todos los años a distintas localidades, dentro y fuera del país, lo que nos permitió a mis compañeros y a mí, adquirir la capacidad de observar distintas realidades y formas de habitabilidad urbana y social.

La carrera de arquitectura es bastante versátil. Al formarte como de arquitecta puedes desarrollarte en distintas áreas: historia y patrimonio; medioambiente; servicio público; diseño de arquitectura; urbanismo; educación; innovación y tecnología; construcción; creación; arte. Por lo tanto como arquitectas siempre nos toca cruzarnos con otras disciplinas. En mi caso, como he estado por bastante tiempo vinculada al servicio público, me ha tocado trabajar con asistentes sociales y geógrafos, y obviamente con ingenieros civiles (que calculan nuestras ideas) y constructores (que junto a sus trabajadores, las construyen). Y como el servicio público necesariamente es muy farandulero también me ha tocado trabajar con periodistas, diseñadores gráficos y gente encargada de difusión y eventos. Ahora como docente en el mundo académico me toca vincularme con otros docentes e investigadores de distintas áreas formativas. Lo interesante de esto es cómo vincular distintas profesiones en función de una investigación de pertinencia local y de actualidad.

La verdad que el trabajo interdisciplinario es sumamente estimulante, nutritivo y necesario para la formación profesional, pero por sobre todo para la formación de seres humanos éticos, empáticos y sociales.

No renunciar

Creo que las mujeres somos muy poderosas y talentosas, somos capaces de hacer cualquier cosa que nos propongamos, en forma simultánea, creativa y compasiva y en diversas áreas, no solo en la que elegimos desarrollarnos profesionalmente.

Siempre he admirado a las mujeres decididas y fuertes, que eligen seguir lo que las apasiona, se quedan ahí y no las mueve nadie. Supongo que es porque a mí me falta eso, ser más impetuosa, aunque estoy tranquila porque aunque es lento mi avance en la vida, siempre voy hacia adelante. Eso es lo importante.

Si pienso en nombres, claro que se vienen a mi mente mujeres destacadas en el ámbito creativo: mujeres pintoras como Frida Khalo, mujeres bailarinas como Isadora Duncan o Martha Graham, mujeres arquitectas como Zaha Hadid, mujeres cantantes como Anita Tijoux y Violeta Parra,

mujeres escritoras como Isabel Allende o Almudena Grandes; en el fondo mujeres que han desarrollado su arte y talento y no han renunciado. También admiro a las mujeres guerreras, las invisibles, las que solas sacan adelante a sus hijos, las madres y profesoras y las profesoras madres; y a las otras que están en la lucha por nuestros derechos, como las mujeres jóvenes que hoy y siempre han salido a la calle a evidenciar lo que ha sido callado y normalizado por demasiados años; ahí caben mujeres como Michelle Bachelet, Gabriela Mistral y Greta Thunberg, que se destacan en su lucha por los derechos humanos, femeninos, de educación y medio ambiente, cuya lucha política casi siempre es en un mundo de hombres que sin notarlo se ponen nerviosos cuando les mueven el piso.

Respetar los lugares

Al momento de iniciar un proceso de creación de proyectos de arquitectura es importante visitar los lugares y sentirlos. Mirarlos, recorrerlos, sacar fotografías y croquis; estudiar su orientación, para ver cómo se comportará con respecto al sol, al viento y la lluvia. Graficar la presencia de árboles, arbustos, cursos de agua o cualquier manifestación de la naturaleza que deba considerarse en el proyecto. El segundo paso, al llegar a mi casa u oficina, es mirar las fotos, estudiar la imagen aérea que nos entrega google-earth, cotejar los elementos naturales con el levantamiento hecho in situ y empezar los primeros trazos de lo que se llama el «estudio de cabida», en el fondo, ¿cuál es la real y mejor área que tengo para emplazar mi diseño? Respetando la naturaleza, mejor orientación y senderos naturales existentes, considerando también lo que nos dice la Ordenanza General de Urbanismo y Construcciones en relación al lugar.

Las visitas previas a los lugares son muy importantes, tanto para proyectos públicos o particulares. Es importante comprender los sitios públicos desde sus habitantes: cómo usan el lugar, por dónde lo recorren, dónde se detienen a descansar, dónde se encuentran o dónde hay alguna vista importante; cómo es la arquitectura vecina; cuál es la identidad e historia del lugar; cuál es la edad predominante de los posibles usuarios; a qué se dedican. Con los sitios privados, pasa un poco lo mismo, pero como

usualmente no son terrenos que se usen públicamente, sino lotes privados, es importante recorrerlos de forma individual o con los propietarios y observar lo mismo: ¿cómo los recorro?, ¿dónde me detengo?, ¿qué vistas importantes tiene como oportunidad? Como seres humanos somos muy intuitivos: hay senderos, pausas y movimiento o vistas que elegimos la mayoría de nosotros sin darnos cuenta, pero que pasan por algo.

El próximo paso, que se da generalmente en forma simultánea a lo anterior es el estudio e investigación del diseño. No es lo mismo diseñar una escuela, una vivienda, un hospital o un espacio público. Una buena arquitecta entiende el tema con el que está trabajando además del usuario: no es lo mismo diseñar arquitectura para la tercera edad, para adultos en general o para niños de distintas edades. Por ejemplo, si proyectamos ventanas y vistas a una misma altura, independiente del usuario o tema de proyecto, los niños que son más bajitos nunca podrán observar el paisaje exterior, o el usuario de una biblioteca o restaurante que la mayoría del tiempo está sentado quizás tampoco lo haga. ¿Cuántas veces nos ha pasado que vamos a un lindo restaurante, con un hermoso entorno y al sentarnos en nuestra mesa, justo nos tapa la vista una franja de muro o baranda? ¿O visitamos una plaza y el ruido del entorno no nos deja relajarnos?, ¿o los asientos no están pensados para el encuentro o para el control de los niños en los juegos infantiles? ¿O que nos llega el viento y la lluvia de frente y esto hace muy hostil el espacio para utilizarlo? En el caso del diseño de una vivienda, es lo mismo, ¿acaso todas las familias somos y vivimos de la misma manera?

Luego de toda la investigación, recién comienza el trazado, que aglomerará lo anterior además de la mejor orientación con respecto al sol y las vistas, junto con ello las relaciones espaciales interiores. Cómo se relacionan los espacios, cómo se comunican, dónde se encuentran los usuarios, cómo recorrerán los edificios o lugares que les estamos entregando. La arquitectura debe ser una perfecta simbiosis entre el interior y el entorno, entre el tema y el usuario.

Creo que mis diseños se caracterizan por la sensibilidad que te entregan los lugares y por el uso de materiales nobles e identitarios. Junto a eso, viene la intención de entender y respetar los lugares y sus condiciones:

vistas, identidad, lluvia, humedad, sol, viento, árboles, tierra. Al menos eso intento.

Detenerse en los detalles

Para procesos de creación de arquitectura la investigación y el entendimiento deben estar presentes; aunque suene repetido, no siempre se hace. Los detalles simples que se captan mirando son los más importantes. Por ejemplo, dependiendo de para qué lado crece la vegetación de un lugar se puede determinar cómo se manifiesta el viento; las huellas de las personas te indican cómo eligen los mejores senderos, quizás allí hay menos viento, o menos lluvia, o llega un poquito más el sol.

Para procesos creativos de otras áreas como la danza y el movimiento o el tejido de lana y cestería soy bastante desordenada. Los elementos que compondrán los trabajos resultantes se me vienen solos a la cabeza. Voy combinando lo poquito que sé de cada oficio y observo los resultados. A veces no me gusta y vuelvo al inicio, todo el rato para delante y para atrás. Debo aprender a ser más metodológica en esto.

La inspiración puede salir de cualquier parte, todo puede ser transformado en arte y arquitectura, lo que se siente, lo que se imagina o lo que se oye o ve diariamente. La arquitectura puede salir también de formas de la naturaleza o de manifestaciones de ella.

Algunos proyectos

Algunos proyectos ya realizados de los que me siento orgullosa es por ejemplo un pequeño espacio público en Puerto Montt, que es un mirador que se construyó sobre un lugar olvidado, pero que para los vecinos tenía mucho significado y despertaba recuerdos. Cuando me encargaron ese proyecto, el lugar era un basural con algunos senderos naturales que usaban los vecinos para llegar a sus casas y con una tremenda vista al mar y a los volcanes. Los vecinos mencionaban que en ese cerro ellos antiguamente celebraban fechas importantes, por lo tanto le tenían cariño. El lugar

tenía algunas pendientes muy barroosas con unas escaleras hechizas, por donde los habitantes llegaban a sus casas, casi colgados. Ese proyecto para mí fue una lucha, ya que los cambios siempre generan resistencia. Los vecinos desconfiados no deseaban renunciar a espacios de estacionamiento o de carga de leña ni tampoco a mejorar el lugar para que no llegaran demasiados visitantes y los invadieran. Además de eso siempre está la resistencia de las entidades técnicas y sus profesionales de escritorio que juzgan los lugares y a sus habitantes sin realmente conocerlos. Decían: ¿Por qué invertir en ese lugar tan feo y peligroso donde se van a robar todo para usarlo de combustible para sus estufas, donde se usará cualquier elemento para fabricar escopetas, donde en dos segundos va a estar todo lleno de basura?

Finalmente alguien se cansó de rebatir mis argumentos y el espacio mirador se construyó con materiales hermosos, sureños y nobles; respetando y valorizando el uso cotidiano que le daban los habitantes del sector. El resultado fue lo bastante bueno como para que hoy, después de cuatro años, el lugar se conserve en perfectas condiciones, sin ninguna raya o destrucción, no se preste para usos dudosos y también para que haya salido en una revista y haya sido premiado en un concurso de aporte urbano y lo más importante es que los vecinos se sienten orgullosos y responsables del uso y cuidado de su espacio público, se empoderan, como dicen las colegas sociales.

Otro proyecto que me gusta y en el cual también nos tocó argumentar con mi equipo de trabajo, fue la renovación y restauración del Monte Calvario de Puerto Varas. Ese cerro también estaba medio olvidado, oscuro y poco reconocido por los ciudadanos. Como el terreno pertenece a la iglesia, a las áreas diseñadas tuvimos que ponerles nombres que fuesen aceptados por el arzobispado. No pusimos juegos infantiles, ni áreas de niños, sino restos de troncos para que ellos pudieran saltar y la familia seguir con su introspección, su aprendizaje de la religión y de las estaciones de Cristo. Ese proyecto lo empezó un colega y lo terminé yo, con mucho respeto a la naturaleza y sus árboles. Por más que me lo pidieron, no se cortó ningún árbol, solo se limpiaron de malas enredaderas y en algunas partes se acordó la poda de levante para poder ver la iglesia de

Puerto Varas desde el cerro. Las agrupaciones sociales religiosas son fuertes en sus luchas también.

Actualmente estoy ideando —porque aún no comienzo con el diseño, ninguna raya todavía, solo diseños mentales (la mente nunca se detiene)— una simple parcelación del terreno de una amiga, en la ciudad de Lebu, Región del Bío-Bío. Este trabajo podría sonar aburrido, rígido y comercial, pero mi idea es preservar todo lo valioso y endémico, trazarlo según recorridos que inviten a un paseo protegido del gran viento presente en el lugar y puedan aprovecharse las vistas. He sido bien catete con el topógrafo que contratamos: márqueme todas las ramitas lindas que encuentre, todos los cursos de agua, le dije. Me he demorado harto en esto, menos mal que mi amiga confía en mí y me espera. En el mismo proyecto nuestra idea es generar tres tipos de diseño de viviendas que sean sustentables y ahorrativas; incentivando a las futuras familias a un habitar más acorde y relacionado con la naturaleza y su territorio: volver a la tierra y ser más felices.

Como siempre, tengo otros proyectos de creación, pero no me he podido dar el tiempo para realizarlos. Este año pandémico ha sido duro. Tengo ganas de retomar mi aprendizaje de acuarelas, cestas de manila, grabado en madera, combinando técnicas. También tengo ganas de formalizar algún proyecto de danza, para enseñar o interpretar. En algún momento tuve alumnas de la Universidad de Los Lagos que se interesaron en hacer algo de esto conmigo, también hijas pequeñas de mis amigas. Quizás en algún momento resulte.

Sentir el proceso

Para mí hay arte cuando se producen sensaciones en el observador. Si una pintura, una escultura, un poema, una película, un tema musical, y también una obra de arquitectura no te produce nada, no es arte, no está bien logrado. No solo debe funcionar. Ahora bien no todo nos debe gustar, no todo debe ser de nuestro agrado, pero siempre, creo yo, que debe hacernos sentir algo. Por ejemplo, a mí no me gusta el rock pesado, no lo entiendo, pero no por eso no reconozco el complejo talento musical de

sus intérpretes; tampoco entiendo el Edificio Municipal de Fresia (quizás Superman sí lo entienda y con eso debiese bastar). El arte también te puede hacer sentir rabia, enojo o pena, o ponerte los pelos de punta. No todo es armonía.

Es muy difícil llegar a ser un verdadero artista, no es solo el talento y la técnica lo que vale, creo que uno nunca termina de aprender y desarrollarse. Y también creo que nuestras creaciones resultan distintas según lo que estemos pasando. Si no sientes tus procesos no puedes hacer arte. Por esto los procesos creativos no siempre representan momentos felices para sus creadores, son parte de nuestro sentir. Es muy difícil expresar de forma armoniosa, artística y además comercial... por eso los resultados no siempre son virtuosos y a veces nos producen un gran desgaste emocional; todas las creaciones son una parte íntima del creador, si alguien las critica también sentimos que nos están criticando a nosotros mismos. En la danza sucede algo similar, cuando nos frustramos porque no nos resultan los ejercicios o cuando estamos apenados por otras cosas de la vida, los maestros nos dicen: «Baila desde la pena», «utiliza tu rabia», y ahí mágicamente salen todas las piruetas.

En la arquitectura es lo mismo, hay lugares que inspiran y te hacen respirar profundo, relajarte y sonreír, y otros de los que quieres huir lo más rápidamente posible y no tiene que ver con el tamaño o el valor comercial que tenga, tiene que ver con la manifestación y el logro de su creador. No siempre resulta.



EL ESPÍRITU ABSOLUTO DEL ARTE

Por Pía Schulze Uribe (Osorno, 1978)

Licenciada en Artes con mención Artes Plásticas de la Universidad de Chile.
Magíster en Educación y Tecnologías del Aprendizaje,
Universidad de Los Lagos, Chile.
Académica del Departamento de Humanidades y Artes,
Campus Puerto Montt, ULagos, Chile.

El oficio del arte y la observación del paisaje

Mi abuela, la mamá de mi papá, llegó al sur de Chile junto a su familia a mediados del siglo XIX en el barco de los hermanos Phillipi. Olga, la hermana de mi abuela, pintaba al óleo, y el padre de ellas fue guardia suizo en el Vaticano, donde aprendió oficios de pintura y de alta artesanía. Cuando llegaron a Chile él trajo esos talentos y realizó varias construcciones. Por ejemplo, hizo unos frisos²⁴ que están en la capilla del Cementerio Alemán. Ellos fueron colonos inmigrantes. El abuelo de mi Omi trajo unos molinos

24. Libro de genealogía de los Hott de Lily Fuchslocher.

para trabajar. Los Hott eran una familia bastante liberal, las mujeres fueron educadas en las artes y les permitieron trabajar a nivel artístico.

En la rama materna eran campesinos. Mi tata era muy trabajador. Se levantaba a las cuatro de la mañana. De ahí viene mi observación del paisaje. La familia Schulze tenía una fábrica de arados, trabajaban en la fundición del acero, de ahí puede venir cierta influencia en la escultura, que es una rama de las artes más ruda. Cuando mi abuelo murió, dejó un montón de metales a la intemperie, que ya estaban oxidados en el momento que llegó mi papá a hacerse cargo.

Yo desde chica pinté, en cuarto básico hice mi primera exposición en Puerto Varas y gané unos premios regionales. Siempre me ganaba los concursos de pintura y los premios eran materiales así que nunca me faltaban. Tuve una profesora valdiviana de artes desde cuarto básico, y a través de ella hicimos las exposiciones. En esos años, existía un concurso que se llamaba «Color del sur», entonces había todo un contexto artístico. Representaba lo que tenía en mi entorno, los paisajes, las iglesias.

Mis primeros años escolares fueron en Puyehue, estudiaba en la Escuela de Entrelagos, y vivía con mi mamá, que era profesora de matemáticas. Como mi mamá tenía mucho trabajo nos metía en todas las actividades. Y del único taller que logré que me echaran fue de guitarra, porque me dolían mucho los dedos. Entonces empecé a ir con guantes hasta que el profesor no aguantó más y me dijo que no volviera.

Cuando estaba en sexto básico, mi mamá ganó una beca para hacer un posgrado y se fue a vivir a Santiago. Entonces con mi hermana nos vinimos a vivir a Osorno y a partir de entonces fuimos criadas por nanas, a quienes les hice algunos retratos. Nos quedamos en la casa de mi abuela, una mujer muy culta que hablaba varios idiomas, había viajado por el mundo y tocaba piano. Era nocturna. Leía, fumaba, tomaba mate, y se levantaba al mediodía cuando nosotras ya estábamos en el colegio. A partir de entonces la responsabilidad de ir al colegio, de levantarse, era de una. Fue otra realidad, mi abuela me pasó una pieza de pintura, mi papá me hizo un atril, mi tante Gisella me pasó la colección de los *Grandes artistas*. A Rubens lo empecé a copiar, me acuerdo.

Cuando era chica solo pintaba al óleo y con lápices acuarelables. En Puyehue recuerdo que teníamos óleo, pero nos inventábamos los otros materiales, porque no había acceso a las telas, entonces usábamos trupán, cholguanes preparados con latex y cola fría o entelados. Nos hacíamos un médium de los pobres para diluir el óleo, que era bencina blanca con aceite de comer. Eran mis inicios en el informalismo, que trata de la transformación del espíritu de la materia. Si le pegas tierra, ella te transmite su mensaje. Estábamos aprendiendo, íbamos a pintar in situ, al lago cuando había buen tiempo.

Cuando me vine a vivir a Osorno, nuestros papás nos daban una buena mesada, y yo me la gastaba en la Librería Artes de la calle Lynch. Me acuerdo una vez que tenía muchos pinceles que estaban sucios y quería limpiarlos. Entonces se me ocurrió remojarlos en cloro de un día para otro, y los perdí todos. Así aprendí que el cloro no era para limpiar pinceles. La señora de la Librería Artes, me pasó un folletito donde se aprendía de la trementina, de los usos que se le podía dar a cada pincel y con qué se limpiaban. Yo siempre me iba feliz de esa librería, era mi lugar de consumismo. Ella se convirtió en mi amiga, conversábamos, incluso después me auspiciaron para una exposición.

Mis años universitarios

Yo de chica quería ser constructora. Primero entré a Arquitectura en la Universidad de Los lagos, donde estuve dos años. Esa decisión tenía que ver con hacer algo útil con mis conocimientos en el arte, porque también era matemática. En Arquitectura me iba bien en física, pero para pensar, para comprender la arquitectura misma, creo que estaba bastante inmadura en esa época. El segundo año estuve trasnochando muchos días y no alcancé a llegar con mi proyecto. Me frustré y pensé: necesito comprender el espacio. Lo que me preguntaba mi profe era qué color, qué textura, qué aroma, hay en el espacio. Mi respuesta a eso fue: me voy a estudiar Artes para comprender esto y después vuelvo. Y no volví más. Aunque igual tengo el bicho de la arquitectura. De hecho me gusta construir, por ejemplo, mi casa la diseñé yo.

En cuanto a mis referentes, en Estética, lo es la profesora Margarita Schultz, que fue la primera epistemóloga en América Latina. Después hice un diplomado en Puerto Montt, donde la invitó. Le escribo todavía. Cuando estuve haciendo la tesis del magister me envió un material. Ella es argentina, fue profe de la Universidad de Chile. Fue la que creó el magister de Artes mediales. Ya jubilada viajó a Japón para hacerle una entrevista a Iroshi Ishiguro, el creador de los android, para hablar sobre los pro y los contra de las tecnologías de la información, y me mandó la entrevista completa. Tengo un valioso material de la profe. Cuando estuve en la universidad tuvimos varias conversaciones. Y después vinieron al sur con la Lea Kleiner.

En la universidad rayamos harto con el arte conceptual de Joseph Beuys, con la filosofía de Steiner, quien a su vez había hecho la tesis doctoral en Goethe.

Otra referente es la Nelly Woolf, quien me contó que cuando hizo su catálogo le pidió al diseñador que no se viera femenino. Están los estereotipos de lo femenino y lo masculino, pero yo no creo que estas categorías se tengan que reflejar en el arte. Para mí, se tiene que reflejar el espíritu, y como creo en la reencarnación, se puede pasar de lo femenino a lo masculino. En pintura lo importante es que se refleje el paisaje, y que uno quede afuera. Yo simplemente soy una portadora. Si una es femenina o masculina da lo mismo. Una porta esa imagen, y es responsabilidad de una sacarla. En definitiva, creo en la conciencia universal.

Después en el año 2005, fui a Pucalpa a estudiar pintura neoamazonica con Pablo Amaringo, el inventor de esta escuela. En todo caso, yo creo que ni la pintura ni el arte tienen género.

Entrar al paisaje

Siempre he pintado en grande, me gustan los formatos que permiten pararte y contemplar. El proyecto de ahora fueron pinturas en gran tamaño en contra del formato comercial y el objeto fetiche. Ahora efectivamente hay mucha pintura decorativa. Mi idea es romper con

esto y volver a este valor antiguo, que es la pintura para contemplarla, para entrar en ella. Siempre he tenido una relación de enamoramiento con el paisaje. La atmósfera, el frío o la tibieza que te transmite un paisaje, lo encuentro sublime. Prefiero la pintura in situ, irme a parar con frío. Ayer cuando fui a Pucatrihue, había medialuna y el mar brillaba con destellos. Eso es lo que trato de capturar en mi pintura, pero una es humana y tiene limitaciones, entonces a veces se entra y otras veces no. Cada pintura tiene su proceso, a veces puede ser muy largo o puede salir muy rápido la solución. No es algo que controle.

Comencé a trabajar con otras disciplinas después de estudiar Técnica en Estructuras Aeronáuticas, donde hice el plano de un avión. Ahora tengo un ala y los materiales de la otra ala están en mi taller. Esto fue un proyecto que lo presenté el 2008 al Fondart, donde tuve apoyo del Bellas Artes y de un montón de otros museos que creyeron en mi idea. Pero Bruñoli, el director de ese entonces de Bellas Artes, al final me consoló y me dijo que era un proyecto utópico. Este año me metí a «Laboratorio de proyecto» y me dieron unos datos de cómo podía hacerlo.

A solas y en equipo

La pintura para mí es más neoplatónica. Me gusta la escultura en piedra que aprendí con Matías Vial. En ese momento no usábamos ninguna herramienta eléctrica. La piedra tiene todas las cualidades de la escultura clásica. No se te va a echar a perder, es para siempre. Ahora descubrí las máquinas, el año pasado participé en tres simposios internacionales de escultura también haciendo piedra. La piedra no requiere de trabajo en equipo.

Las cosas más tecnológicas y educativas sí deben ser en equipo. Los proyectos artísticos colaborativos, donde cada uno trabaja en su área pero los une con los otros y genera el lenguaje de encuentro. Pero para mí el arte todavía es neoplatónico, donde una porta el asunto, es sufrir y meterse adentro.

El espíritu absoluto del arte

El arte depende de cómo los tomes. Como clásico, romántico, realista o posmoderno, con máquinas. Yo creo que el arte todavía tiene este espíritu absoluto, que debe reflejar la época, que no tiene género. Tampoco creo que un arte que trasciende deba preocuparse de temas políticos, pero sí de los espíritus de las épocas. En este caso, en lo que estoy pintando ahora, me preocupé de retratar algunos elementos que van a desaparecer: las torres de alta tensión, las represas, el paisaje viene así hace mucho tiempo. No sabemos desde cuándo estaba este paisaje de aquí afuera, los cerros... pero nosotros vamos a pasar. Es como una nostalgia del extractivismo.

Dependiendo del estado uso distintas técnicas. Suelo ocupar bases acrílicas que secan más rápido y después remato en óleo, que para mí es más noble. En mis últimos trabajos, empecé a trabajar con la proyección del color digital, que es otro tono. De ahí apareció en mi trabajo la paleta de acrílicos CMYK, que es cian, magenta y amarillo, y también acrílicos fluorescentes para acercar la pintura al tono digital. En algunas pinturas, el cielo lo hice con acrílico y con óleo la parte de abajo, que son los árboles, la tierra. El acrílico no te da el tono de los árboles. El óleo no cambia de color, el acrílico baja su intensidad, entonces después uno tiene que colocarle otro producto arriba para subirlo.

Trabajo mezclando materias, de hecho hice un libro de texturas cuando estaba en la universidad. Así fue como empecé a hacer un estudio de materias y pinturas. Si bien mi especialidad es escultura, siempre pinté mucho. Escultura ha sido mi cable a tierra, porque se requiere sobriedad y concentración total para trabajar, por ejemplo, con una motosierra. Una escultura la resuelvo mucho más fácilmente que una pintura. En la escultura se es más físico, aparece el cansancio. En cambio en la pintura una piensa demasiadas tonteras, muchos rollos que tienen que ver con la tela y con el contexto, los enamoramientos... te deja demasiado tiempo para pensar. Y cuando sales de la pintura es difícil volver a entrar, encontrar el momento para hacerlo.

La mano de artista

Creo que la mejor forma para enseñar arte es través del asombro. A través del contacto cercano entre profesora y estudiante. Intercambiando nuestros trabajos. Invitándolos a exposiciones. Enseñándole las diversas escuelas del arte, porque primero tienen que conocer los estilos para dejarlos afuera y sacar su propia voz. En este caso su propio *ductus*, que es la mano del artista. También siempre les doy las gracias.

Cuando empezamos a pintar paisajes durante la pandemia, a mis estudiantes yo les dije: tiene que ser *in situ*. Salgamos afuera y veamos las nubes, así que salimos con el atril y pintamos rápido para capturar el movimiento, a través de google-meet, tomando como referencia la escuela de lo pintoresco de Alexander Cozens. Ese día yo me conecté a través del teléfono, porque sirve como cámara. Y la clase pasada invité a mi amiga la Katerina Gutierrez para que les explicara a los estudiantes cómo se hacía un charco.

La evolución de una obra

Cuando estaba estudiando arquitectura hice unas series azules. Entre el colegio y la universidad, entre los 17 y los 18 años uno tiene una mente surrealista. Entonces hay que aterrizar eso y enseñarle al ojo a ver la realidad. En la universidad mi especialidad era escultura, pero igual tomaba cursos de pintura. Mi evolución en los estudios fue desde el surrealismo al realismo. Salía a pintar, hice unas series pintando a mano en Bellavista, captando las luces nocturnas, o en la piojera. Me robaron varias veces. En esa época pintaba a mano, probaba otros formatos fuera del cuadro, reventaba los óleos en la tela. De hecho, si ponía mi mano a ojos cerrados sobre el rojo, por la temperatura yo sentía que ese era el color. Después cuando empecé a trabajar en la universidad pintaba muy poco, y ahora estoy recuperando el ritmo, que es trabajar de noche, casi no dormir y acercarme nuevamente al espíritu del arte. Uno es un instrumento de ese espíritu raro que es el arte. En ese sentido, a mí la pandemia me ha favorecido. En la universidad hice más de doscientos cuadros, era obsesiva:

esos son valores artísticos que son antivalores pedagógicos. No son tan sanos mis procesos creativos, porque duermo tres horas, a veces una, hasta que termino la pintura, y durante ese proceso sigo con mi vida, hago clases, mantengo la casa, me preocupo de mis animales. Es que todavía no he hecho una relación directa con el mercado del arte.



POR CLAUDIA CASTILLO HAEGER (OSORNO, 1975)

Arquitecta, Universidad de Los Lagos, Chile.

Doctora en Periferias, Sostenibilidad y Vitalidad Urbana de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura ETSa de la Universidad Politécnica de Madrid, España.

Posdoctorado Entorno Construido en el Centro de Desarrollo Urbanos Sustentable CEDEUS de la Universidad Católica de Chile.

Académica del Departamento de Arquitectura, Campus Puerto Montt, ULAGOS, Chile.

Una familia colaborativa

Bajo una óptica práctica de resolver asuntos cotidianos y asumir desafíos de forma colectiva, mi familia siempre ha sido creativa, propositiva e innovadora para enfrentar el diario vivir. A pesar de vivir en la ciudad de Osorno recuerdo muy bien nuestra huerta, cada año distinta, los trazados, los colores, las hortalizas, los árboles, las frutas, las flores. La diversidad de plantas en cuanto a tamaños, colores y formas, creaban

un paisaje distinto en todas las estaciones del año, con mucho trabajo y esfuerzo en la siembra de otoño e invierno, y mucho trabajo y alegría en cada primavera, por las promesas de cada flor, o cada verano en las jornadas de cosecha familiar. El diseño de la huerta, la creación anual junto con la naturaleza y sus tiempos, desde una familia reunida, era una actividad colorida, enriquecedora y transformadora.

Mi padre es una persona ingeniosa, trabaja con las manos desde que tengo memoria, es profesor de ciencias por vocación y trabajador manual incansable, siempre con proyectos nuevos, astuto, busquilla, terco y feliz con las cosas simples del quehacer con su propio esfuerzo. Carpintería, metales, piedras: desde un tallado para adornar la sala hasta la obra completa de un galpón de trabajo. Mi madre es una persona dedicada y perspicaz, conociódora de una repostería exquisita de tradición alemana, creativa en lo cotidiano, desde los tejidos y las costuras para todos, hasta la cocina de cada día ajustada a la economía simple de los alimentos de cada estación.

Recuerdo mi infancia inquieta y feliz, desde los rompecabezas y juegos de ingenio que mi padre promovía, hasta las discusiones con mis hermanos por la asignación y distribución de las tareas domésticas. Todos colaborábamos en la casa, el patio, la mesa y el aseo. Recuerdo que me gustaba organizar las habitaciones y redistribuir los muebles cada temporada para ir probando nuevas formas de estar; hacía costuras y tejidos con mi madre, aprendiendo a leer patrones de crochet e interpretando moldes de la revista *Burda*; tomaba medidas y practicaba con las herramientas de mi padre para ayudar en los arreglos de muros, puertas o techos que había que reparar o mejorar en casa. Sin querer (queriendo) se me daban bien las dimensiones, las planificaciones, las ideas para mejorar o cambiar las cosas.

Recuerdo pasar muchas vacaciones de invierno y verano en el campo de mis abuelos alemanes maternos, entre Puerto Varas y Los Muermos, ayudando en las labores diarias. Siempre había algo entretenido y organizado para hacer, y todo estaba relacionado: los animales (grandes y chicos), la siembra, la cocina, la huerta, el taller de herramientas, las máquinas. Hay un orden lógico producto de la herencia y la experiencia. Entrar en el sistema de actividades del campo me hacía sentir útil y

parte importante del engranaje familiar. Recuerdo una vez que intenté dibujar el campo, la entrada, los galpones, la casa grande, el gallinero, la huerta, la quinta de manzanos, la lechería, el establo, el jardín. Así fue como comencé a pensar en las formas, medidas y distancias de y entre las construcciones, los caminos o senderos que las unían; no sabía entonces que identificar esas relaciones era parte fundamental del pensamiento abstracto, urbano arquitectónico, diseñar la organización de un espacio o un territorio, pensar la relación entre el paisaje natural y lo construido, orientarme con el sol para calentar o cuidarme de la lluvia y la humedad, introducir pequeñas mejoras en el funcionamiento del habitar diario; curiosamente, visto desde ahora, podría parecer premeditado o al menos acertado con mi profesión y vocación.

La creación no es lineal

Las clases de arte en mi colegio eran desordenadas; para ser un colegio de monjas donde el orden y el silencio imperaban en todas las clases, las de arte no eran así. Se nos daba un encargo, todas conversaban o se movían de sus asientos, había muchas ideas y ejercitamos muchas técnicas. El dibujo a mano alzada no me resultaba muy bien, mi manera de resolver las tareas siempre era ordenada, planificada o con ayuda de una regla, a veces un tanto fome y con poco arte, pero cumplía... Nunca destaque mucho en artes como sí lo hacía en otras materias, no se me daba bien la creatividad forzada en horarios fijos, quizás porque mi cabeza era muy estructurada y no veía un fin inmediato o útil en una tarea de artes.

Ahora entiendo mejor todo lo que me perdía, en un afán de orden no dejaba espacio para el desorden y como la creación no es lineal ni a la fuerza, estudiar arquitectura me dio el marco técnico científico para crear espacios diversos, donde los proyectos resuelven de manera creativa problemas objetivos, y donde el diseño permite pensar de manera positiva el futuro.

Pienso que las artes y la creación aportan diversidad y autoestima a la enseñanza en general, y creo fundamental motivar en los niños las distintas técnicas y ejercicios creativos de las artes visuales, plásticas,

manuales y/o sonoras, promoviendo un orden/desorden creativo que suma experiencia y explora el quehacer propio o habitual del aprendizaje en todas las materias. Creo en la inquietud y en la búsqueda constante por conocer y expresar ideas nuevas para uno mismo y para los otros, mediante un pensamiento constructivo, expresivo y colectivo.

Joven madre universitaria

Mi formación ha sido intensa, diversa y complementaria, intentando hacer lo que me gusta, y sin saber a ciencia cierta si todo confluye en un punto o no.

Ver a mi padre como profesor me inspiró para la docencia y la ciencia; en casa había muchos libros y estudiar se nos daba bien. Estudié Arquitectura en la Universidad de Los Lagos, en el siglo pasado y sin salir de la casa de mis padres. Fui joven madre en la universidad y con mi pareja compañero de carrera (y de vida), alternamos el estudio y la crianza en el sur. Recuerdo las tareas de proyectos encerrados muchas horas en una habitación que transformamos en taller, con planos y dibujos en las paredes, tableros individuales y ocupando a ratos el computador familiar. La atención de mi hija marcaba los horarios y las actividades del día, ella creció viéndonos estudiar, pensar, crear, diseñar. Sus juguetes eran también los trozos de maquetas o modelos de estudio, los distintos lápices, los dibujos borradores, los planos a medias y los materiales diversos para armar y construir ideas arquitectónicas o urbanas, de paisajes y territorios²⁵ a través del estudio de casas, techos, puentes, plazas y parques. Creo que el entorno del taller en casa, donde siempre llegaban compañeros, y el trabajo colaborativo con mi pareja, fueron determinantes en una formación reflexiva y creativa, donde la discusión, la búsqueda y la exploración formal y abstracta motivó constantemente mi quehacer como estudiante de arquitectura.

25. En arquitectura, el paisaje es cultural: es lo habitado y lo vivido por las personas en un lugar, y el territorio es natural: tiene que ver con lo geográfico, con los relieves de una escala mayor.

Pienso que la inquietud formativa y creativa te acompaña siempre. Luego del Doctorado en Madrid y el Posdoctorado en Santiago, me di cuenta de la importancia de la paciencia y la perseverancia en todo proceso creativo, donde los mayores aprendizajes han sido producto de sobrellevar los errores, con paciencia y perseverancia, donde *la inspiración nos encuentra trabajando*, como repetía hace años un profesor y claramente no he parado de trabajar en todo este tiempo.

Urbanismo verde / repensar el sistema

Ahora de regreso al sur y como académica de Arquitectura de la Universidad de los Lagos, entiendo la creación como un proceso, una búsqueda de solución innovadora para los problemas nuevos y habituales, donde investigar y enseñar arquitectura, urbanismo, paisaje y planificación requiere de esa inquietud como soporte. Apuesto entonces por un desarrollo creativo motivado siempre por nuevas preguntas, junto con una capacidad de cuestionar positiva y constructivamente el quehacer arquitectónico en el mundo de hoy y particularmente en el sur de Chile.

Para pensar en nuestro entorno, Osorno está en la hoyo hidrográfica de los ríos Rahue y Damas, esto hace que la configuración interior de la ciudad no promueva una ventilación urbana favorable, y si a eso le sumas una sobreexplotación de los medios de calefacción tradicionales (generalmente leña verde sin certificar), la producción de contaminación atmosférica es muy alta. ¿Qué se puede hacer desde el urbanismo y la arquitectura? Mucho: planificar sistemáticamente una infraestructura verde urbana, promover la ventilación a través del diseño estratégico de cordones verdes bioclimáticos, mediante la plantación de árboles que absorben el CO₂. También es hora de pensar en promover apoyos o subsidios al cambio de la matriz energética y pasar de un sistema de calefacción contaminante a uno eléctrico o eólico, dejando de quemar el bosque. Hay estudios que comprueban que en Osorno, Coyhaique y Temuco la contaminación dentro de las casas es mucho mayor que en el exterior urbano, donde también se ha medido y ya se sabe que es peligroso. Es necesario repensar el sistema completo.

La nueva malla de la carrera de Arquitectura, proyecto académico curricular que me tocó liderar y que se empezó a aplicar en el año 2019, tiene la sustentabilidad como un eje del Taller de Proyectos, tanto de arquitectura como de urbanismo. En ese sentido, pensamos desde la eficiencia energética y el diseño bioclimático (pasivo y activo), hasta el cuestionamiento del modelo de desarrollo, la extensión urbana y los límites del crecimiento. Se trata de explorar, cuestionar y promover un diseño urbano más sustentable desde la academia. En términos de sostenibilidad urbana, también es necesario trabajar de manera integrada, sistémica: sistema ambiental, de movilidad y del entorno construido, los usos y actividades, lo histórico cultural, socioeconómico, etc. Mediante indicadores de sostenibilidad y determinantes del diseño urbano - arquitectónico, los estudiantes aprenden a planificar un desarrollo responsable con el ambiente y consciente de sus propios impactos. La construcción y la vialidad, el desarrollo ilimitado que el modelo económico de crecimiento vigente promueve es, en gran medida, uno de los mayores responsables de la contaminación ambiental, del agotamiento de algunos recursos, o de la extensión de una mancha urbana que genera segregación y deterioro en la calidad de vida de la gente que habita en el perímetro o la periferia. Somos conscientes de las consecuencias de una mala arquitectura o de un mal urbanismo, y estamos tratando de integrar medidas, indicadores y determinantes del diseño para promover una arquitectura y un urbanismo menos insostenible.

Somos varios los que pensamos que la arquitectura en sus bases siempre fue sostenible, integrada al ambiente, responsable con el entorno. En algún momento se transformó en un pensamiento con hechos que responden únicamente al capital. En ese camino, de la monetarización del espacio, de la arquitectura y del urbanismo; donde la única razón es abaratar costos; se perdió toda relación del sistema arquitectónico con el lugar, con el habitante, con el vecino, con el material; y en esa distancia también se disminuyó en calidad de vida, espacio público, cohesión social y sostenibilidad.

Pero nos estamos recuperando, los estudiantes y los académicos son conscientes y críticos de esta realidad local, regional, nacional, mundial. Somos un grupo diverso, rural y urbano, de distintos orígenes, lugares y

religiones, habitantes de pueblos y barrios históricos o vulnerables, por lo tanto conocemos los errores pasados y de ciertos arquitectos y urbanistas (públicos y privados) que privilegiaron más casas en poco espacio o callejitas muy angostas que además se inundan. Juntos estamos recuperando esa responsabilidad social de la arquitectura y ese sentido de lo colectivo en el urbanismo; de que tu obra o diseño impacta y no vive solo, sino que es parte de un sistema mayor, que toma insumos y deja residuos, que convive y perdura en el tiempo.

Desde la academia tenemos que hacer el llamado de alerta, debemos ser reflexivos y propositivos sobre el sistema completo: estudiarlo, analizarlo, canalizarlo, despiezarlo, volverlo a unir, sacar ideas, darlo vueltas, explorar y promover. No tenemos la receta, sólo estamos conscientes del problema y de la necesidad de ejercitar ideas de respuestas; reflexionando sobre la innovación y el emprendimiento desde una crítica constructiva y propositiva desde el diseño.

Las mujeres de mi vida

Fuera de la disciplina mi oma Ana Delia Brintrup Birke y mi madre Ana Delia Haeger Brintrup han sido referentes claves en mi desarrollo personal y creativo, la perseverancia optimista, la ayuda oportuna, la inquietud por mejorar lo habitual, la planificación de tareas y el arduo trabajo diario son un claro ejemplo a seguir siempre.

Dentro de mi disciplina y en mi trayectoria formativa quiero mencionar como referente a mi amiga, compañera y colega arquitecta Sandra Reyes Guzmán, quien pese a su temprano fallecimiento, a los 27 años de edad, fue una persona excepcional y sencilla, inteligente, talentosa y muy creativa. Sandra me ha inspirado desde que éramos estudiantes y compañeras de generación, las conversaciones con ella siempre aportan perspectivas diferentes e ideas nuevas para el desarrollo de proyectos y tareas; me enseñó el valor de la paciencia y la capacidad de dar vueltas las ideas; la importancia de la palabra pensada y del silencio determinado a la hora de argumentar y reflexionar.

Ahora en mi desarrollo académico actual y dentro de la disciplina del paisaje como un constructo creativo y sensible integrado a la arquitectura y el territorio, quiero mencionar como referente a la arquitecta Cristina Felsenhardt Rosen, con quien he tenido la suerte de compartir inquietudes de vida, de investigación y de academia en pre y posgrado. Sus palabras generosas, siempre definidas y determinadas han sido orientaciones clave en mis decisiones como arquitecta y académica. La emoción informada y la dedicación profunda, expresada en su historia de vida volcada al trabajo con estudiantes de arquitectura en diferentes universidades a lo largo del tiempo, demuestran el valor de esta gran mujer en la academia que es necesario reconocer, felicitar y seguir.

Entre el arte y la técnica

Mi trabajo se ha cruzado con otras disciplinas: se ha alterado, transformado, informado, deconstruido y vuelto a construir desde el intercambio crítico y reflexivo de los distintos saberes. Se dice que la arquitectura se encuentra a medio camino entre el arte y la técnica, como una discusión abierta sobre el diseño abstracto y creativo a favor de una calidad de vida y habitabilidad real, se estructura a través de la construcción en obra, con materiales diversos y distintas tecnologías.

Interesantes ejemplos de los cruces disciplinares y creativos se encuentran entre la música, la escultura, el dibujo, la pintura y la arquitectura, las distintas artes informan y moldean la arquitectura sensible para el diseño de espacios singulares. Desde las ciencias naturales, por ejemplo, se promueve un cruce con la ecología, el paisaje, la topografía, la hidrología y/o la bioclimática, saberes que se convierten en determinantes de un diseño ajustado al medio y al entorno, en términos de sostenibilidad ambiental e impacto de la obra construida. Me ha tocado trabajar con sociólogos, antropólogos, historiadores y periodistas, en un claro afán por construir creativamente un relato informado de un problema social urbano o arquitectónico específico para resolver a través del diseño, con propuestas integradas a las comunidades receptoras o lugares con un fuerte componente sociocultural e histórico patrimonial.

Avanzar desde una suma de especialidades hacia la multidisciplina y en algunos casos lograr la transdisciplina, es siempre un valor agregado al diseño creativo de la arquitectura, paisaje, urbanismo o territorio; reconocer las interdependencias físicas, matemáticas, sociales, ambientales, económicas y materiales nos hace conscientes de lo finito, y ayuda a proponer ideas fundadas en conocimientos colectivos, cruzados y/o específicos para argumentar las innovaciones, las propuestas o proyectos, la investigación y la creación, desde las ciencias de la ingeniería hasta los medios de representación, arte y comunicación de la arquitectura.

Quiero mencionar también el cruce del trabajo creativo de la arquitectura con la vocación docente universitaria, la enseñanza en disciplinas proyectuales demanda una capacidad de cruce interdisciplinar no menor. ¿Cómo promover un modelo educativo del diseño de la arquitectura (urbanismo, paisaje, planificación o territorio) ajustado a los tiempos actuales y al sur de Chile? Con el rediseño curricular de la carrera de Arquitectura ULAGOS, que se implica ahora con la docencia en línea (a través de la pandemia Covid-19), con distintas tecnologías y sistemas de comunicación, con las nuevas metodologías y/o instrumentos de evaluación basados en competencias, entre otros; lo que ha significado un proceso flexible y positivo de adaptación interdisciplinar y creativa necesaria para el avance de la disciplina en este siglo xxi.

Con ánimo constructivo

El enfoque que practico en la creación, es más bien una aproximación racional y estructurada para abordar los desafíos o imaginarme una manera de ir creando una obra o una solución innovadora, parte por parte. Exploro y estudio el ámbito creativo, los proyectos previos, las imágenes, las personas, el contexto y el arte en el que me inserto, me informo e intento aprender y conocer un poco de lo esencial antes de comenzar a proponer o diseñar. Además tengo que querer... La emoción y el ánimo constructivo es muy importante en el compromiso temporal con la obra creativa, la intuición juega también un papel fundamental en el diseño, al principio como una vaga idea que va tomando forma y a la que le doy

varias vueltas, hasta que me deja más o menos conforme: se desarrolla, crece, se transforma, ajusta y se sacrifica a sí misma, en una auto negociación constante con el resultado, la calidad, las condiciones previas y los plazos comprometidos.

Las herramientas más habituales son diferentes lápices y una croquera de hojas limpias (a veces mejor con algún papel cuadriculado...) para escribir conceptos, trazar las ideas, reforzar líneas o ensayar dibujos con dimensiones y alternativas que permiten ir pensando y creando a la vez. Intentar varias exploraciones gráficas con distintas perspectivas o diferentes jerarquías de aproximación, permite agrupar conceptos o esquematizar ideas y estrategias para abordar la obra creativa en un diseño desde la arquitectura hasta el paisaje y viceversa, con tiempo y paciencia. La investigación previa, el alfabeto gráfico o el análisis de proyectos, aportan procedimiento, errores y aciertos, experiencia, conceptualización y técnica a la creación y al diseño.

En general y sobre los medios digitales, pienso que suman rapidez al proceso creativo y sistematizan acciones repetitivas, facilitando muchísimo el proceso del diseño y la creación. Sin embargo para mí, antes que lo virtual, es necesario pensar de manera análoga, material y manual, es decir, sentir el desarrollo de una idea a través de su escritura, abstracción, trazado y dimensión, para esquematizar y reconocer las variables determinantes de una creación; se habla de una relación invisible, multidireccional y personal: *cabeza, ojo y mano*, para que el dibujo de un croquis plasme una idea de diseño, para que la definición de un plano de arquitectura exprese sus relaciones en planta o elevaciones, o para que una propuesta abstracta de arte sume y signifique un paisaje o territorio.

Perspectiva sostenible y colectiva

Me inspira la naturaleza en el tiempo: fauna, territorio, aguas, vegetación, climas y energía; la comprensión de los sistemas subyacentes y su sinergia, el estudio de las relaciones y las dependencias multiescalares circulares²⁶,

26. La *dependencia multiescalar* es la capacidad de crear, de pensar y de diseñar espacios

para poder comprender mejor los límites generales de la técnica o las innovaciones tecnológicas para integrar de manera coordinada y sensata las propuestas creativas de arquitectura, urbanismo, paisaje y territorio.

Me interesa la humanidad, la historia y su perspectiva en el espacio que ocupan: conocer las sociedades y cómo se han desarrollado en el tiempo en distintos territorios, valorando el patrimonio y el diseño de las diferentes formas de habitar. Es muy interesante asociar cultura, arte, historia, creación, diseño y desarrollo en el devenir de una comunidad, país o colectivo local. Entender las formas y las lógicas de organización de los usos y las actividades en el espacio y lugar, junto con la creación implícita en el desarrollo humano que promueve un diseño y una planificación sostenible para un futuro común.

Para crear y diseñar me apasiona una perspectiva sostenible, ambiental y colectiva; la complejidad del sistema natural en el que vivimos posibilita un revisión constante desde el diseño del paisaje hasta la organización del territorio o la ciudad, y a la vez desde la sostenibilidad en la arquitectura o desde la arquitectura a la sostenibilidad; no sólo desde el punto de vista ambiental o tecnológico, sino que también considerando lo histórico social y lo productivo económico. Entender la gran responsabilidad asociada al diseño de la arquitectura y del territorio implica para el arquitecto comprender el rol ético y social de la creación.

La experiencia creativa trabajando sobre encargos específicos en mi etapa formativa ha sido clave para motivar las alternativas del diseño o el pensamiento estético y artístico aplicado al diseño del paisaje y la arquitectura. En lo profesional, el estudio y creación de proyectos urbanos arquitectónicos desde las posibilidades diversas de las técnicas y soportes

de manera sistémica, de traspasar distintas escalas (desde la manilla de una puerta, la relación entre las habitaciones, el diseño de la casa, el entorno, la relación con los vecinos, el barrio en sí mismo, el barrio con el otro barrio, la calle y el parque, el conjunto de barrios, hasta la ciudad y sus límites), y ser consciente de que cualquier diseño tiene dependencias con la escala menor y mayor en la que se inserta. Y con *circular* me refiero a las economías circulares, que se hacen cargo de los impactos, de los consumos y de las emisiones. En cambio, se habla de la insostenibilidad de un sistema cuando los consumos, los impactos y los residuos son elevados y cargados a otros agentes externos del sistema, colapsando las redes, los materiales y/o posibilidades de resiliencia.

audiovisuales, gráficos o digitales, fomentan la inquietud creativa, la innovación en la resolución de problemas y la comunicación efectiva de la arquitectura. En lo académico, la enseñanza de la arquitectura demanda un proceso de pensamiento creativo que se renueva cada semestre con cada taller y con cada grupo de estudiantes comprometidos con la disciplina, el arte y la innovación.

Una oportunidad para inventar

El arte puede ser una expresión y una característica de excelencia de la creación. Puede ser una actividad con soportes, criterios o técnicas definidas en la que nos recreamos y expresamos libremente. Desde la materia, la imagen, el sonido o la experiencia, el arte activa y produce ideas con un fin estético, simbólico, discursivo, personal, colectivo. Significa para mí cariño, admiración, talento, rigor y disciplina, una expresión muy cuidada que mueve emociones y genera experiencia.

La creación puede ser una acción precisa para generar algo donde antes no había nada, puede ser una acción material o inmaterial, con o sin arte, algo que surge de manera inédita u original y que relaciona un tren de pensamientos previos de manera singular. Significa para mí un valor agregado en el diseño y una habilidad a ejercitarse sobre todo desde una disciplina proyectual; promover la creación en la arquitectura, en distintas escalas físicas y temporales, es un llamado a pensar y hacerse preguntas, creer positivamente en un mundo donde podemos innovar, intervenir y aportar.

La creación artística en el diseño de arquitectura, urbanismo, paisaje y territorio es la oportunidad de inventar, establecer parámetros, definir ideas organizadas, proponer y elaborar planes y proyectos para un *mejor estar*, desde las competencias y técnicas integradas del arte: la literatura, la música, la danza, la pintura, la escultura, la arquitectura y el cine como expresiones y medios para la creación original de obra y su comunicación. Significa para mí que la creación artística surge de un ingenio motivado y propositivo: investigar, explorar, experienciar, compartir, mejorar, promover, transmitir, construir, elaborar, desarrollar, diseñar.

NO ES POSIBLE CONCLUIR SINO COMPARTIR UNA REFLEXIÓN EN CURSO

A continuación se plantean algunas respuestas a las preguntas abiertas en la introducción de este libro; ya que la posibilidad de concebir la investigación y la creación hoy día y desde una universidad en el sur del mundo, plantea el desafío único y oportuno de co-construir un territorio desde el conocimiento situado e inclusivo.

Yo creo que el asunto de fondo es romper la idea esencialista de lo que es una mujer y lo que es un hombre y reconocer que hay muchas maneras de ser hombre y muchas de ser mujer. Marta Lamas.

En ese sentido, ser mujer investigadora, ser mujer creadora, ser ambas en ese orden y/o al revés, y desde una universidad estatal en el rol de académicas ofrece claramente una perspectiva desde el bien público y social que demanda la enseñanza en el sur de Chile. Y como no hay únicas maneras de ser, son válidas y extremadamente valiosas las aproximaciones diversas desde las disciplinas aplicadas con innovación y experiencias de vida, como las relatadas en este volumen II de la serie Expertas.

Las trayectorias aquí narradas dan cuenta de que sí es posible conjugar la vida académica con el impulso autodidacta y creativo. Esto permite pensar de manera optimista en una investigación para el futuro de la sociedad del sur y desde el sur como una decisión consciente y necesaria de impulsar colectivamente la investigación hacia una transdisciplina, en colaboración, erradicando sesgos, sumando géneros, identidades y significados, a un quehacer académico situado, pertinente y de calidad.

En este segundo volumen de la serie, el equipo del proyecto institucional de innovación en educación superior ANID, INES Género en I+D+i+e de la Universidad de Los Lagos, INGE210006: *Más mujeres, más ciencia e innovación*; ha hecho hincapié en trabajar el género referencial desde la trayectoria personal; sin prejuicios establecidos: desde la carencia y la abundancia, desde los fracasos y los aciertos, desde la exploración y el

oficio, y desde aquellos aspectos de la vida cotidiana a veces denostados por un sistema de producción científica capitalista y patriarcal.

La mirada de estas diez mujeres recupera experiencias de vida difíciles y las transforma en herramientas de superación y resiliencia. Un precepto para las autoras fue escribir con honestidad. Gracias a esto fue posible acercar indistintamente la valoración de los procesos investigativos con los creativos. Las académicas de esta versión no solo escriben desde el lugar que ocupan en la sociedad como mujeres académicas y autónomas con mirada crítica y transformadora, de sus trayectorias de profesionales y de vida, de sus elecciones; sino que también vinculan y sacan a la luz la voz de sus recuerdos, de sus descubrimientos más remotos y tiernos de la propia infancia recorrida.

Algunos elementos en común que se pueden desprender de las lecturas son las dudas e incertidumbres que tuvieron al momento de escoger una carrera. Algunas de ellas persistieron y encontraron su voz dentro de una disciplina que en un inicio no las convencía del todo, mientras otras optaron por abdicar de una primera elección en pos de esa voz interna que las urgía a buscar algo más acorde a sus intereses de vida. También se encuentra una mirada crítica en relación con los modos tradicionales de encarar la educación formal, cada una lo hace desde sus disciplinas y sus vivencias, y alejadas de la norma de la competencia habitual.

Muchas de ellas, hablan de cómo desde su infancia les han sido vedados ciertos espacios que antes estaban reservados únicamente para los hombres: desde ciertas lecturas, hasta la posibilidad de reunirse en grupos a pensar alrededor de un tema. Ellas ponen en valor la libertad, el cruce de fronteras, la autonomía, la autogestión, y algo antes denostado pero que recién hoy comienza a verse como otra posibilidad de realizar la enseñanza: la ternura, un abrazo, el cariño; visibilizar el amor por la práctica docente. En ese sentido, cada recorrido es único, y de cada uno se pueden desprender diversas lecturas y aprendizajes. Todas las mujeres de este volumen han tenido obras y experiencias que compartir y sobre las cuales es posible reconocer, aprender y reflexionar.

Muchos de estos textos —citándolas explícitamente o no, y sin que se pretenda hacer una cartografía sobre la historia de los diversos feminismos existentes— hacen recuerdo a autoras que han escrito sobre la

trayectoria de ser mujer, el pensamiento académico, la investigación, la creación y la educación. Es posible retomar desde el Hemisferio Norte a Rebecca Solnit y *Una guía sobre el arte de perderse* donde el viaje, la pérdida y la atracción por lo desconocido son pensados como disparadores creativos, un tipo de pensamiento femenino digresivo y dinámico, a diferencia del pensamiento lógico argumentativo de una estructura alejada de los naturales procesos sinápticos de las personas; o *Nuestra casa está ardiendo* de Malena Ernman, la madre de Greta Thumberg, quien además de escribir de manera muy cercana sobre el cambio climático y los desafíos para hacer frente a los grandes poderes, reflexiona sobre el autismo, el trastorno obsesivo compulsivo y el déficit atencional que han sufrido cada una de las mujeres de su familia, y cómo estas aparentes debilidades han podido convertirlas en fortalezas para la militancia en sus causas de vida.

En Latinoamérica, cabe recordar la prosa siempre vigente de Gabriela Mistral —y sus reflexiones sobre la mujer, la docencia, la identidad americana y la infancia, en libros como *Pensamiento pedagógico* o *Por una humanidad futura*, que reúne sus artículos políticos y sus reflexiones sobre la práctica docente—; o a nuestras primeras feministas como Rosario Orrego, la primera mujer académica en Chile que a fines del siglo xix funda la *Revista Valparaíso*, donde vincula literatura, artes y ciencias; o a Elena Caffarena, quien dedicó gran parte de su vida a luchar por el derecho a voto de la mujer; o a Julieta Kirkwood quien se emparenta con Solnit al escribir en *Feminarios* (1989) que

el paradigma científico «reconocido» (patriarcal) no admite conocimientos que puedan poner en cuestión el orden posible (ideado y explicado por él) y menos aún admite aquellos conocimientos que se atreven a postular ordenamientos teóricos alternativos.

La serie Expertas pretende, desde la innovación en educación superior, dar a conocer a las nuevas generaciones de nuestra región sur, el trabajo personal y colectivo que realizan las académicas que respondieron a la convocatoria y se sumaron a compartir sus experiencias de vida, desde el campo investigativo y creativo hacia el de la docencia universitaria.

Escrito en un lenguaje coloquial y ameno este volumen quiere ser otra fuente de inspiración, *un ordenamiento teórico alternativo*, para que personas de distintas edades puedan acercarse a una disciplina desde una experiencia inspiradora de investigación/creación, junto con la docencia en una universidad estatal en el sur de Chile. Aquí donde confluyen posibilidades de desarrollo integral, creativo y ético; además del aporte comunitario, que ofrece cada una de las disciplinas en las cuales se han especializado estas expertas.

EQUIPO INGE210006

ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE GRACIAS AL TRABAJO DE

Autoridades Universidad de Los Lagos

Óscar Garrido Álvarez, Rector

Roberto Jaramillo Alvarado, Prorrectoría

Óscar Díaz Carrasco, Vicerrectoría de Investigación y Postgrado

Marcia Adams Monsalve, Vicerrectora Académica

Cristina Pérez Vásquez, Directora de Igualdad de Género

Claudia Castillo Haeger, Directora de Investigación

Sergio Arce Molina, Director de Bibliotecas

Consejo Editorial

Claudia Castillo Haeger, Arquitecta, Doctora en Sostenibilidad Urbana

Mónica Gallardo González, Ingeniera Civil en Informática,

Master Ingénierie des Médias pour l'education.

Betzabeth Marín Nanco, Trabajadora Social, Master en Política Social

Trabajo y Bienestar con Especialidad en Trabajo y Género;

Doctora en Sociología.

Comité Editorial Especializado Estudios de Género

Betzabeth Marín Nanco, Licenciada en Historia y Licenciada en Trabajo Social, Trabajadora Social, Master en Política Social Trabajo y Bienestar con Especialidad en Trabajo y Género;

Doctora en Sociología.

Cristina Pérez Vásquez, Psicóloga, Magíster en Educación mención Política y Gestión Educativa.

Ninoska Schenffeldt Ulloa, Socióloga, Magíster (c) en Estudios de Género y Cultura

Unidad Editorial

Ricardo Casas Tejeda, Director

Gabriela Balbontín Steffen, Editora

Alexis Hernández Escobar, Diseñador Editorial

Área de Administración

Marcia Fuentes Delgado,

Ingeniera Comercial, Profesional seguimiento, control y rendiciones

ANID - INGE210006

Omar Altamirano Altamirano,

Ingeniero y Magíster en Administración Empresas.

Profesional Administracion interna INGE210006

Ana Cabezas Apablaza

Jefa Biblioteca Pablo Neruda

Karin González González

Bibliotecóloga y Abogada especialista en Propiedad Intelectual

Nayurette Hernández Velozo

Secretaria Dirección de Bibliotecas

Patricio Rogel Aros

Encargado de Procesos Técnicos

Cristina Navarro García

Jefa Unidad Logística, Adquisiciones y Bodega

**Desde el Sur cultivamos saberes,
cosechamos libros**

Equipo Proyecto INGE210006
"Más Mujeres, Más Ciencia e Innovación: Fortalecimiento de las
Capacidades Institucionales con Enfoque de Género en I+D+i+e en
la Universidad de Los Lagos"

Claudia Castillo Haeger,
directora
Mónica Gallardo González,
coordinadora académica
Betzabeth Marín Nanco,
profesional contenidos
Julio Rocha Rivera,
profesional contenidos
Ninoska Schenffeldt Ulloa,
profesional contenidos
Marcia Fuentes Delgado,
profesional de gestión financiera
Omar Altamirano Altamirano,
profesional de gestión administrativa

